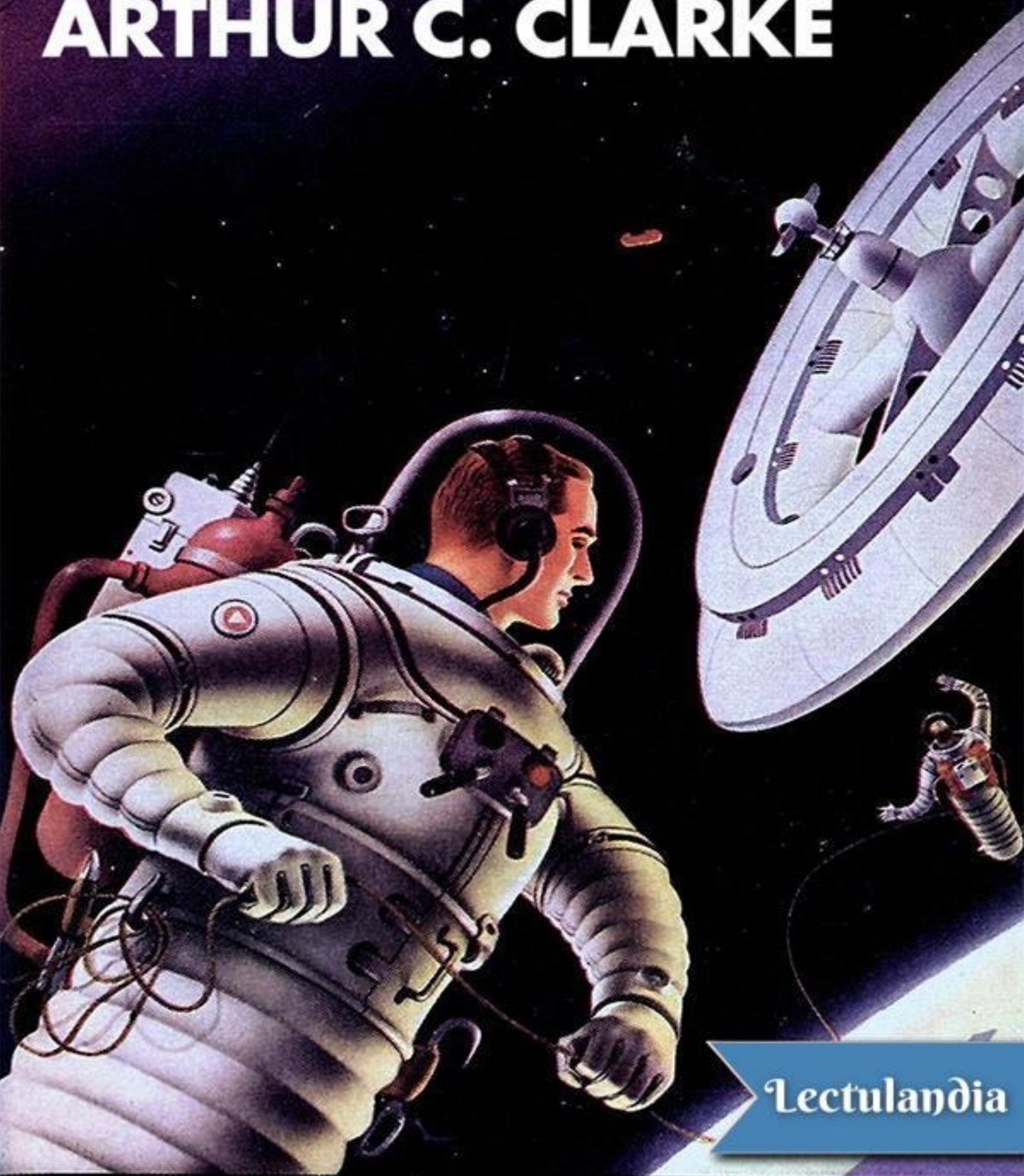


Islas en el cielo

ARTHUR C. CLARKE



Lectulandia

Al ganar Roy Malcolm el certamen de preguntas sobre temas de aviación, la Corporación Airways no imaginó que el joven podría exigir como premio un viaje a la Estación Espacial Interior. Situada a mediados del siglo veintiuno, esta extraordinaria novela de fantasía científica relata las aventuras y conflictos de un jovencito que se encuentra en un satélite artificial que gira alrededor de la Tierra a una altura de ochocientos kilómetros.

Lo que prometía ser sólo un corto viaje por el espacio se convirtió pronto en una aventura maravillosa, pues a poco de su llegada a la estación, «ancla» a poca distancia un navío sideral de aspecto misterioso cuyos movimientos encienden la imaginación del personal del satélite. El sorprendente desenlace de la inesperada visita y una peligrosa carrera a bordo de una vetusta nave espacial, así como un extraño accidente que les obliga a dar la vuelta alrededor de la Luna, llenan este libro de emociones y suspense.

Lectulandia

Arthur C. Clarke

Islas en el cielo

ePUB v1.0

TabernaHormiga 12.09.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Islands of the Sky*

Arthur C. Clarke, 1952.

Traducción: Julio Vacarezza

Editor original: TabernaHormiga (v1.0)

Aportes y Correcciones: Dirdam, GusiX, Werth, Seasunny

ePub base v2.0

Ciudades en el Espacio

No solamente los escritores del nuevo género denominado «fantasía científica», sino también muchos hombres de ciencia creen que las estaciones espaciales — similares a la que se describe en este libro— serán construidas aun antes de que se hagan las primeras tentativas de llegar a la Luna.

Empleado en sentido general, el término «estación espacial» se refiere a cualquier estructura construida por el hombre y situada en una órbita permanente e invariable. Es probable que ya a comienzos de 1960 se establezcan más allá de la atmósfera numerosos proyectiles automáticos dotados de instrumentos. Sin duda alguna les seguirán muy pronto los proyectiles con pilotos, aunque sólo permanecerán en sus órbitas por un tiempo breve. No obstante, se atribuirá el significado de «estación espacial» a las bases dotadas de personal permanente, las que con el tiempo pueden ir agrandándose hasta convertirse en pequeñas ciudades construidas en el espacio.

Estas estaciones espaciales, según sea su tamaño, costarán alrededor de los mil millones de dólares cada una y se espera que comenzarán a ser instaladas para fines del presente siglo. Al principio se usarán casi exclusivamente como observatorios y para reabastecer y reparar cohetes o navíos espaciales. Más adelante quizá se conviertan en paradas para los colonizadores, si es que resulta posible colonizar otros planetas.

Sin duda alguna, la primera estación se construirá desde naves del espacio que hayan partido de la Tierra y alcanzado una velocidad orbital. Como el peso no existe en el espacio, las naves cohetes no harán más que descargar los materiales y dejarlos allí hasta que se necesiten. El armado de las diversas partes de la estación lo efectuarán hombres vestidos con trajes espaciales o atmosféricos, los que se trasladarán de un lado a otro en diminutos navíos del espacio impelidos por pistolas de reacción o cohetes de gas.

Es seguro que la primera estación en el espacio se empleará como vivienda para el personal. Probablemente se asemejará a una enorme bola dotada de su atmósfera

propia similar a la de la Tierra. Más adelante quizá se ideen otras formas como las de discos chatos parecidos a los supuestos platos voladores. Algunas, especialmente las que sirvan de alojamiento al personal, rotarán con lentitud a fin de que en los bordes parezca existir una fuerza de gravedad normal, la que no existirá en el eje, donde podrán efectuarse con toda facilidad los experimentos más difíciles.

La distancia de la Tierra a la que se colocarán estas estaciones dependerá principalmente del propósito al que se las destine. Por ejemplo, las de reabastecimiento de combustible estarán lo más cerca posible del planeta, quizás a unos ochocientos kilómetros de altura. Pero los observatorios astronómicos —una de las posibilidades más interesantes ofrecidas por las estaciones— se hallarán a una distancia diez o cien veces mayor. El hecho de que los cuerpos que recorren una órbita libre carezcan de peso permitiría la construcción de instrumentos tales como el radio-telescopio de varios kilómetros de diámetro y perfectamente movable. Actualmente el radio-telescopio más grande de la tierra tiene sólo sesenta metros de diámetro, y no se puede trasladar debido a su tamaño.

Como gran parte de esto es teoría que no se podrá probar hasta que se construya la primera estación espacial, resulta difícil predecir con exactitud lo que serán los mundos del futuro. Tal vez los mundos artificiales que hemos creado llegarán a ser tan importantes como los planetas originales. Estos mundos podrán crear su propio clima, sus áreas productoras de alimentos y sus actividades especializadas. Posiblemente, de aquí a mil años, no quedará en el planeta más que una fracción pequeña de sus habitantes humanos y la familia del Sol será tal vez mucho mayor de lo que es ahora.

1. Grandes perspectivas

Fué mi tío Jim quien dijo:

—Roy, pase lo que pase, no te aflijas. Mantente sereno y diviértete.

Recordé aquellas palabras al seguir a los otros competidores al interior de la amplia sala, y no creo que me sentí muy nervioso. Al fin y al cabo, por más que deseara ganar el premio, no era aquello más que un juego.

El público ya ocupaba sus asientos y todos conversaban mientras esperaban que comenzara el programa. Todos aplaudieron al salir nosotros al escenario y ocupar nuestras sillas. Lancé una mirada rápida a los otros cinco competidores y me sentí un tanto decepcionado. Cada uno de ellos parecía seguro de ganar el premio.

Hubo otro aplauso general al aparecer Elmer Schmitz, el director de la audición y encargado de las preguntas. Naturalmente, ya le había visto en las semifinales, y supongo que todos ustedes le ven a menudo en la televisión. Nos dio las instrucciones de último momento, situóse en su puesto bajo los reflectores e hizo una señal a los encargados de las cámaras. Acto seguido se hizo el silencio al encenderse una luz roja y vi a Elmer que preparaba ya su sonrisa de costumbre.

—¡Buenas noches, amigos! Les habla Elmer Schmitz que viene a presentarles los finalistas de nuestro programa de preguntas sobre aviación, ofrecido a ustedes por cortesía de la Corporación World Airways. Estos seis jóvenes que están aquí esta noche...

Pero supongo que no sería modesto repetir lo que dijo respecto a nosotros. Sus palabras dejaron sentado el hecho de que sabíamos mucho sobre toda clase de aparatos voladores y habíamos aventajado a otros cinco mil miembros del Club de Futuros Pilotos en una serie de certámenes nacionales. Ahora había llegado la prueba de eliminación final para elegir al ganador entre los seis que quedaban.

El comienzo fué bastante sencillo, como en los concursos preliminares. Elmer nos hizo una pregunta a cada uno, concediéndonos veinte segundos para contestarla. La mía era fácil, ya que me preguntó el record de altura al que habían llegado los cohetes experimentales. Los demás también respondieron correctamente, por lo que opino que aquellas primeras preguntas tuvieron por motivo infundirnos confianza.

Después se fué tornando más difícil el certamen. No podíamos ver los puntos que íbamos acumulando, pues aparecían en una pantalla situada a nuestras espaldas; pero los aplausos indicaban cuando habíamos dado una respuesta acertada. Por otra parte, perdíamos un tanto al responder de manera errónea. De ese modo evitaban que contestáramos al azar. Si no sabía uno qué contestación dar, era mejor no decir nada.

Hasta el momento había cometido un solo error; pero había un muchacho de Nuevo Washington, que, según creo, no había cometido ninguno... aunque no estaba seguro de ello, ya que resultaba difícil llevar la cuenta de lo que hacían los otros

mientras nos preguntábamos qué sorpresa nos tenía reservada Elmer. Sentíame algo abatido cuando amenguaron de pronto las luces y entró en acción un proyector de cine.

—Ahora, la última vuelta —anunció Elmer—. Cada uno de ustedes verá un avión o nave espacial durante un segundo, y en ese tiempo tendrá que identificar el aparato. ¿Están listos?

Un segundo parece muy poco tiempo, aunque no lo es en realidad. En ese lapso se pueden captar muchos detalles que bastan para reconocer algo que conoce uno bien. Pero algunos de los aparatos que nos mostraron databan de cien años atrás, y dos de ellos hasta tenían hélices. Esto fué una suerte para mí; siempre me había interesado la historia de la aviación y no tuve dificultad en reconocer aquellas antiguallas. Precisamente fué en ello en lo que falló mi competidor de Nuevo Washington. Le mostraron la foto del biplano original de los hermanos Wright, el que se puede ver todos los días en el Instituto Smithsonian, y sin embargo no supo reconocerlo. Después dijo que sólo le interesaban los aparatos impulsados con cohetes y que la prueba no era válida, mas no le prestaron la menor atención.

A mí me probaron con el Dornier DO-X y un B-52, los que reconocí con toda facilidad. Así, pues, no me sorprendí cuando se encendieron las luces y Elmer pronunció mi nombre en alta voz. No obstante, me sentí muy orgulloso al adelantarme hacia él seguido por el ojo de las cámaras y oyendo los aplausos de los espectadores.

—¡Te felicito, Roy! —exclamó Elmer con entusiasmo, mientras me estrechaba la mano—. Sólo te equivocaste en una pregunta. Me es grato anunciarte que has ganado el certamen de la Corporación World Airways. Como sabes, el premio es un viaje con todos los gastos pagos a cualquier parte del mundo. Nos gustaría saber qué eliges. ¿Dónde piensas ir? Puedes elegir cualquier punto que te agrade entre ambos polos.

Sentí que se me secaba la garganta. Aunque había trazado mis planes hacía ya varias semanas, las cosas cambiaban de aspecto ahora que llegaba el momento de ponerlos en práctica. Tuve una impresión de extraordinaria soledad en aquella enorme sala, mientras que a mi alrededor esperaban todos en silencio lo que iba a decir. Mi voz sonó muy débil cuando repliqué:

—Quiero ir a la Estación Interior.

Elmer se mostró intrigado, sorprendido y fastidiado al mismo tiempo. Hubo un movimiento entre el público y oí que alguien dejaba escapar una risita. Quizá fué esto lo que hizo que Elmer decidiera hacerse el gracioso.

—¡Ja, ja! ¡Muy gracioso, Roy! Pero el premio se refiere a un punto de la Tierra. Tienes que ajustarte al reglamento.

Comprendí que se estaba burlando de mí, lo cual me encolerizó no poco. Por eso le contesté:

—He leído el reglamento de manera detenida, y no dice «sobre la Tierra», sino «A cualquier parte *de* la Tierra». La diferencia es bastante importante.

Elmer no era tonto. Se dio cuenta de que le esperaban dificultades y borróse su sonrisa al mirar ansiosamente hacia las cámaras de televisión.

—Continúa —me pidió.

Me aclaré la garganta y proseguí:

—En el año 2054, los Estados Unidos, así como otros países componentes de la Federación Atlántica, firmaron el Pacto Tycho, en el que se fijó hasta qué altura del espacio se extendían los derechos legales de los planetas. En virtud de ese pacto, la Estación Interior es parte integrante de la Tierra porque está dentro del límite de los mil kilómetros.

Elmer me lanzó una mirada llena de suspicacia. Calmóse luego e inquirió:

—Dime, Roy, ¿Tu padre es abogado?

—No, señor —respondí.

Naturalmente, podría haber agregado: «Pero mi tío Jim sí lo es». Mas decidí no hacerlo; bastante lío había ya.

Elmer hizo algunas tentativas más para lograr que cambiara de opinión, mas no le di el gusto. Corría el tiempo y el público estaba de mi parte, de modo que se rindió al fin, diciendo en tono risueño:

—Se ve que eres un joven muy decidido. Comoquiera que sea, has ganado el premio, y parece que de ahora en adelante tendrán que aclarar el caso los abogados. Espero que quede algo para ti una vez que se aclare la parte legal del asunto.

La misma esperanza abrigaba yo.

Naturalmente, Elmer estaba acertado al pensar que el plan no lo había ideado yo solo. Mi tío Jim, que es consejero legal de una gran empresa productora de energía atómica, atisbó la oportunidad poco después que empecé a intervenir en el certamen. Me indicó entonces lo que debía decir, asegurándome que la World Airways no podría librarse del compromiso. Aunque les fuera posible hacerlo, eran tantas las personas que habían presenciado la audición que se perjudicarían mucho al intentarlo. «Insiste en tu pedido», habíame dicho, «y no aceptes nada hasta que hayas hablado conmigo».

Mis padres estaban muy molestos por el asunto. Habían presenciado la audición y se dieron cuenta de lo sucedido no bien comencé yo a discutir. Papá telefoneó en seguida a tío Jim para reñirle —según me enteré después—, pero ya era demasiado tarde para volverse atrás.

La verdad es que desde que tengo uso de razón había anhelado viajar por el espacio. Ahora contaba dieciséis años y era bastante alto y robusto para mi edad. Había leído todo lo que pude sobre aviación y astronáutica, visto todas las películas y teleproyecciones del espacio, decidiendo que algún día sería yo quien viera la Tierra

perdiéndose a la distancia. Había hecho modelitos de naves espaciales y colocado en ellas cohetes para impulsarlas. En mi habitación tenía centenares de fotografías, no sólo de casi todas las naves conocidas, sino también de todos los lugares importantes de los planetas principales.

A mis padres no les incomodó mi interés por estas cosas, y siempre creyeron que con el tiempo se me pasaría el entusiasmo.

—Mira a Joe Donovan —solían decirme. (Joe es el dueño del taller de reparaciones de helicópteros)—. Él quería ser colono en Marte cuando contaba tu edad. La Tierra no le bastaba. Pues bien, jamás ha llegado ni a la Luna, ni creo que lo haga nunca. Aquí es completamente feliz.

De esto no estaba yo muy seguro. Había visto a Joe mirar hacia el cielo cada vez que veía ascender una nave-cohete hacia la estratosfera, y a veces me pareció que hubiera sido capaz de sacrificarlo todo para ir en una de ellas.

Tío Jim, hermano de papá, era el que realmente comprendía mi estado de ánimo. Él había estado dos o tres veces en Marte, una vez en Venus y viajado a la Luna con gran frecuencia. Tenía un trabajo especial y hasta le pagaban para efectuar aquellos viajes. Por eso temo que se le considerara una influencia poco recomendable para mí.

Tuve noticias de la World Airways una semana después de haber ganado el certamen. Se mostraron fríamente corteses y me informaron que concordaban en que las cláusulas del reglamento me permitían hacer el viaje a la Estación Interior. Empero, había dos condiciones: Primeramente debía obtener el consentimiento de mis padres, y luego someterme al examen médico acostumbrado para las personas que componen las tripulaciones de naves espaciales.

Mis padres se portaron muy bien; aunque seguían fastidiados, no quisieron interponerse en mi camino. Al fin y al cabo, los viajes por el espacio no eran muy peligrosos, y en realidad no me iría más que a unos centenares de kilómetros de la capa atmosférica. Estoy seguro de que la World Airways esperaba que se negaran a concederme el permiso.

Quedó, pues, el segundo obstáculo que era el examen médico. No me pareció justo que me obligaran a someterme a él; a juzgar por lo que decían, era muy difícil, y si fracasaba no me sería posible efectuar el viaje.

El lugar más próximo en el que tomaban estos exámenes era el Departamento de Medicina del Espacio, en el Hospital Johns Hopkins, de modo que tendría que hacer un vuelo de una hora en el cohete Kansas-Washington y un par de viajes en helicóptero. Aunque no era esto una novedad para mí, sentíame tan entusiasmado que me pareció una gran experiencia. En cierto modo lo era realmente, pues se me abrirían nuevos horizontes si todo salía bien.

Ya tenía listo mi equipaje desde la noche anterior, aunque estaría alejado de mi hogar apenas unas horas. El tiempo se presentaba sereno, de modo que me llevé

afuera mi telescopio para echar un vistazo a las estrellas. No es un gran instrumento el mío —apenas un par de lentes en un tubo de madera— pero lo había hecho yo mismo y estaba orgulloso de él, ya que me permitía ver las montañas más altas de la Luna así como los anillos de Saturno y los satélites de Júpiter.

Empero, aquella noche buscaba otra cosa, algo más difícil de localizar. Conocía su órbita aproximada, ya que había hecho las averiguaciones necesarias en el club astronómico local. Así, pues, situé el telescopio con gran cuidado y me puse a observar las estrellas hacia el lado del sudoeste, consultando de tanto en tanto el mapa que tenía preparado.

La búsqueda me llevó quince minutos. En el campo visual del instrumento había un puñado de estrellas..., y algo más que no lo era. A duras penas pude ver el diminuto cuerpo de forma oval, demasiado pequeño para que se notaran sus detalles. Relucía brillantemente a la luz cegadora del Sol, fuera de la sombra de la Tierra, y se movía con rapidez. Un astrónomo del siglo anterior hubiérase asombrado al verlo, ya que era algo nuevo en el cielo. Tratábase de la Estación Meteorológica Número Dos, situada a diez mil kilómetros de altura, en cuya órbita daba la vuelta alrededor de la Tierra cuatro veces por día. La Estación Interior se hallaba demasiado al sur para ser visible desde la latitud en que me encontraba; era necesario vivir cerca del Ecuador para ver brillar en el cielo aquella «estrella» que era la más reluciente y la más veloz de todas.

Traté de imaginar qué impresión se experimentaría al estar en aquella burbuja flotante, rodeado por la inmensidad del espacio. En ese mismo momento los hombres de ciencia que se hallaban en ella debían estar mirando hacia abajo, tal como miraba yo hacia ellos. Me pregunté qué vida harían..., y recordé que con un poco de suerte podría saberlo por experiencia propia.

El diminuto disco brillante que estaba observando adquirió de pronto un tono anaranjado que se trocó luego en rojo para desaparecer poco a poco a la manera de un rescoldo que se apaga. En pocos segundos desapareció por completo, aunque las estrellas seguían luciendo como siempre en el campo visual del telescopio. La Estación Meteorológica Número Dos había entrado en el cono de sombra de la Tierra y permanecería en eclipse hasta emerger nuevamente, al cabo de una hora, por el sector sudeste. Era de «noche» a bordo de la Estación Espacial, tal como lo era en la Tierra. Con un suspiro, guardé el telescopio y me fuí a la cama.

Al este de la ciudad de Kansas, donde tomé el cohete para Washington, la tierra se extiende en un llano de ochocientos kilómetros hasta llegar a las Apalaches. Un siglo antes habría volado sobre millones de acres de tierras cultivadas; mas todo aquello desapareció cuando se trasladó al mar la agricultura mundial a fines del siglo veinte. Ahora volvían a reverdecer las antiguas praderas y con ellas reaparecían los numerosos rebaños de bisontes que vagaran por nuestro oeste cuando los indios eran

amos y señores de aquellas tierras. Las principales ciudades industriales y centros mineros no habían cambiado mucho; pero habían desaparecido ya los pueblos más pequeños, y en pocos años no quedarían señales de su existencia.

Creo que cuando ascendí la ancha escalinata del Departamento de Medicina del Espacio me sentía mucho más nervioso que cuando intervine en la final del certamen de la World Airways. De haber fracasado en el torneo, podría haberseme presentado una segunda oportunidad; mas si los médicos decían que no, jamás podría viajar por el espacio.

Me sometieron a pruebas físicas y psicológicas. Tuve que hacer toda clase de cosas tontas, como correr sobre una plataforma movable mientras contenía la respiración, tratar de oír sonidos muy leves en una cámara a prueba de ruidos e identificar luces de colores apenas visibles. En una oportunidad ampliaron el sonido que producía el palpar de mi corazón por lo menos mil veces. Me emocioné un poco al oírlo, pero los doctores dijeron que no tenía importancia mi reacción.

Todos ellos parecían muy amables, y al cabo de un rato tuve la impresión de que estaban de mi parte y se esforzaban por ayudarme. Naturalmente, esto me resultó muy útil y a poco me hice la idea de que aquello no era más que un juego.

Cambié de opinión luego de una prueba en la que me sentaron dentro de un cajón al que hicieron girar en todas direcciones. Cuando salí me descompose y no pude tenerme de pie. Fué éste el peor momento para mí, pues estaba seguro de haber fracasado. Pero en realidad no era así; si no me hubiera descompuesto me habrían rechazado de plano.

Luego de todo esto me dejaron descansar una hora antes de someterme a las pruebas psicológicas. Éstas no me preocuparon mucho, pues ya las conocía. Me dieron a resolver cuatro rompecabezas y a responder varias series de preguntas, así como algunas pruebas para demostrar la rapidez de mi vista y los movimientos de las manos. Finalmente me colocaron en la cabeza un casquete con gran cantidad de cables y me condujeron a un corredor angosto y oscuro en cuyo extremo opuesto había una puerta cerrada.

—Escúchame bien, Roy —dijo el especialista que me sometía a estas pruebas—. Cuando salga yo se apagarán las luces. Quédate aquí hasta que recibas más instrucciones; luego haz exactamente lo que te indiquen. No te preocupes por los cables; te seguirán a medida que avances. ¿Estamos?

—Sí, señor —repose, preguntándome qué estaría por suceder.

Se apagaron las luces y estuve unos minutos en la oscuridad más completa. Después apareció un rectángulo de luz roja apenas visible y me hice cargo de que se estaba abriendo la puerta del otro extremo, aunque no pude oír ningún sonido. Me esforcé en ver qué había más allá de la abertura, mas la iluminación era demasiado débil.

Sabía que los cables fijados al casquete registraban los impulsos de mi cerebro, razón por la cual decidí mantenerme sereno. A poco oí que me decían por un altavoz invisible:

—Pasa por la puerta que ves delante de ti y detente no bien estés del otro lado.

Obedecí la orden, aunque no me resultó fácil avanzar con derechura en la penumbra y con aquellos cables que arrastraba a mis espaldas. No oí el ruido de la puerta; pero me hice cargo de que se había cerrado, y al tender la mano hacia atrás me di cuenta de que estaba más allá de una pulida superficie de plástico. Ahora era completa la oscuridad, pues se había apagado también la lucecilla roja.

Tuve la impresión de que transcurría un lapso muy largo antes de que sucediera nada. Debo haber estado de pie en la oscuridad durante casi diez minutos, esperando la orden siguiente. Silbé por lo bajo una o dos veces para ver si había algún eco que me indicara la amplitud del recinto. Aunque no pude estar seguro de ello, tuve la impresión de que era muy grande.

Sin aviso alguno se encendieron las luces, aunque no de manera súbita, lo que me hubiera cegado, sino paulatinamente y en tres o cuatro segundos. Pude ver perfectamente lo que me rodeaba y no me avergüenza decir que lancé un grito.

Me encontraba en una habitación normal en todo sentido menos en uno. Había una mesa con algunos papeles encima, tres sillones, una biblioteca contra una pared, un escritorio y un receptor de televisión. El sol parecía brillar por la ventana, cuyas cortinas se agitaban levemente a impulsos de la brisa. En el momento en que se encendían las luces abrióse la puerta y entró un hombre que recogió un diario de sobre la mesa y fué a sentarse en uno de los sillones. Estaba por empezar a leer cuando miró hacia arriba y me vió. Digo que miró «hacia arriba» y así es, pues esto es lo que tenía de raro aquella habitación. No me hallaba yo parado en el suelo, allí con los sillones y otros muebles. Estaba a cuatro metros de altura, atontado por el miedo y aplastado contra el «cielo raso», sin medio alguno de sostén ni nada a la vista que me sirviera para asirme. Traté de tomarme de la pulida superficie que tenía a la espalda, pero era tan resbaladiza como un cristal. No había manera de impedir la caída, y el piso parecía ser muy duro y estar a gran distancia.

2. Fuera de la Tierra

La caída no se produjo y el momento de pánico pasó en seguida. Aquello era una ilusión, pues el piso estaba firme bajo mis pies aunque mis ojos dijeran otra cosa. Dejé de aferrarme a la puerta por la que había entrado, aquella puerta que mi vista me decía estaba en el techo.

Naturalmente, era algo tan absurdo que resultaba sencillo. La habitación que parecía estar abajo la veía en realidad reflejada en un gran espejo situado frente a mí y situado a un ángulo de cuarenta y cinco grados de la vertical. Me encontraba parado a un extremo de una alta habitación que estaba «doblada» horizontalmente en ángulo recto; pero debido al espejo era casi imposible darse cuenta de esto.

Me puse sobre manos y rodillas y avancé a gatas. Me exigió esto el empleo de toda mi fuerza de voluntad, pues los ojos seguían diciéndome que me estaba arrastrando hacia abajo por el costado de una pared vertical. No tardé mucho en detenerme y mirar por sobre el borde. Allí abajo, realmente *abajo*, estaba la habitación que había visto poco antes. El hombre sentado en el sillón me miraba sonriente, como diciéndome: «Te dimos un buen susto, ¿eh?». Por supuesto, le veía perfectamente bien reflejado en el espejo que tenía delante.

Se abrió entonces la puerta a mis espaldas y entró el psicólogo con una larga tira de papel en la mano. Al mostrármela dejó escapar una risita.

—Ya tenemos grabadas todas tus reacciones —me dijo—. ¿Sabes cuál es el objeto de esta prueba?

—Me lo figuro —repuse—. ¿Es para descubrir cómo reacciono al cambiar las condiciones de gravedad a que estoy acostumbrado?

—Así es. Lo llamamos prueba de orientación. En el espacio no existe la gravedad, y algunas personas no pueden acostumbrarse a ello. Esta prueba elimina a casi todos los postulantes.

Abriqué la esperanza de que no me eliminara a mí, y pasé una media hora muy poco agradable mientras esperaba que se decidieran los médicos. Mas no necesitaba haberme preocupado. Como dije antes, estaban de mi parte y tenían tanto interés como yo en que pasara el examen.

Las montañas de Nueva Guinea, que se hallan al sur del Ecuador y se elevan en algunas partes hasta más de cinco kilómetros por sobre el nivel del mar, deben haber sido en otra época uno de los lugares más agrestes e inaccesibles del mundo. Aunque con el empleo de helicópteros se ha hecho muy fácil llegar a ellas, recién en el siglo veintiuno adquirieron importancia al convertirse en el trampolín obligado para saltar al espacio.

Hay tres buenas razones para esto. La primera de todas es el hecho de que se

hallan tan cerca del Ecuador que, merced a la rotación de la Tierra, se trasladan de oeste a este a razón de mil seiscientos kilómetros por hora. Este impulso es muy útil para las naves que parten hacia el espacio.

Debido a su gran altura, las capas más densas de la atmósfera están debajo de sus picos, de modo que se reduce la resistencia del aire y los cohetes rinden el máximo de su capacidad. Quizá más importante que todo esto es el detalle de que se hallan en medio del Océano Pacífico, con veinte mil millas de mar abierto en dirección al este. No se pueden lanzar naves al espacio desde áreas habitadas porque, aparte del peligro que significaría un accidente, el ruido increíble de los navíos que ascienden ensordecería a todos los que se encontraran en muchos kilómetros a la redonda.

El Puerto Goddard está ubicado en una amplia meseta alisada por las descargas atómicas y situada a unos cuatro kilómetros de altura. No es posible llegar a ella por tierra, y todo lo que se lleva allí debe viajar por aire. Es allí donde se encuentran los aviones atmosféricos y las naves espaciales.

Cuando lo vi por primera vez desde el avión, parecía un diminuto rectángulo perdido entre las montañas. A su alrededor se extendían en todas direcciones amplísimos valles de exuberante vegetación tropical. Me dijeron que en uno de aquellos valles existen todavía tribus salvajes aisladas del mundo. Me pregunté entonces qué pensarían de los monstruos que pasaban por lo alto, llenando todos los ámbitos del cielo con sus rugidos ensordecedores.

El poco equipaje que me permitían llevar había sido enviado de antemano y no volvería a verlo hasta que llegara a la Estación Interior. Cuando descendí del avión en medio de la atmósfera enrarecida de Puerto Goddard, me sentí ya tan por encima de la Tierra que miré involuntariamente hacia el cielo para ver si podía avistar el satélite artificial. Mas no me dieron tiempo para buscarlo. Los reporteros me estaban esperando y de nuevo tuve que posar para las cámaras.

No tengo la menor idea de lo que dije y, por suerte, me rescató en seguida uno de los funcionarios del aeródromo. Tuve que llenar luego los formularios de costumbre, me pesaron cuidadosamente y me dieron unas píldoras a tomar, tras de lo cual me hicieron subir a un camión pequeño que me llevaría a la plataforma de despegue. En este viaje era yo el único pasajero, pues tenía pasaje en un cohete de carga.

Como es de suponer, la mayoría de los navíos espaciales tienen nombres astronómicos. Volaría yo en el *Sirio*, y aunque era una de las naves más pequeñas, me pareció bastante imponente cuando me acerqué. Ya la habían colocado en los soportes verticales, de modo que la proa apuntaba directamente al cielo y estaba apoyada en los enormes triángulos de sus aletas. Éstas entrarían en funcionamiento sólo cuando volvieran a deslizarse por la atmósfera al regresar a la Tierra: por el momento no servían más que de soportes para los cuatro voluminosos tanques de combustible, semejantes a bombas gigantes, que serían despedidos no bien los

hubieran agotado los motores. Estos tanques de líneas aerodinámicas eran casi tan grandes como el casco de la nave.

La plataforma de abastecimiento estaba aún en posición, y al entrar en el ascensor me di cuenta por primera vez que ya me había despedido de la Tierra. Comenzó a rugir un motor y el casco metálico del *Sirio* fué deslizándose hacia abajo ante mis ojos. Poco a poco se amplió el radio visual de que gozaba y ahora pude ver todos los edificios de la administración del aeródromo agrupados a un costado de la meseta, los enormes tanques de combustible, las extrañas máquinas de la planta de producción de ozono líquido y el campo de aterrizaje para los aviones comunes y helicópteros. Más allá de todo esto, indiferente a todo lo que hiciera el hombre, destacábase la selva eterna.

Se detuvo al fin el ascensor y abriéronse las puertas sobre una breve plataforma que daba acceso al *Sirio*. Marché por sobre ella, traspuse las puertas abiertas de la cámara de compresión atmosférica que servía de entrada a la nave, y la brillante luz del sol tropical cedió su puesto al resplandor de las luces eléctricas de la cabina de mandos.

El piloto ya estaba en su asiento, ocupado en constatar el funcionamiento de diversos aparatos del tablero de gobierno. Volvióse al entrar yo y me obsequió con una amable sonrisa.

—Tú eres el famoso Roy Malcolm, ¿eh? —dijo—. Trataré de llevarte hasta la estación sin tropiezos de ninguna especie. ¿Ya has volado antes en naves-cohetes?

—No.

—Entonces no te aflijas; no es tan malo como dicen muchos. Ponte cómodo en el asiento, ajústate el cinturón de seguridad y deja relajar los músculos. Todavía nos faltan veinte minutos para la partida.

Subí al asiento neumático, mas no me resultó fácil mantenerme tranquilo. No creo que estuviera atemorizado, pero sí me sentía nervioso. Luego de soñar durante tantos años al fin me encontraba a bordo de una nave espacial. Unos minutos más y volaría por el espacio.

Pasé la vista por la cabina de mandos. La mayor parte de su contenido me era familiar por haberla visto en fotografías y películas; además, sabía perfectamente el destino que cumplían casi todos los instrumentos. El tablero de mandos de una nave del espacio no es en realidad muy complicado, ya que la mayor parte del trabajo se hace de manera automática.

El piloto hablaba por radio con la torre de control del aeropuerto, cambiando los informes de práctica en aquellos casos. Cada tanto oíase el anuncio del transcurso del tiempo:

—Quince minutos... Diez minutos... Cinco minutos.

Aunque ya había oído otras veces esas cosas, no pude menos que sentirme

emocionado. Y esta vez no lo estaba presenciando en un programa de televisión, sino que lo experimentaba yo mismo.

Al fin dijo el piloto:

—Mando automático.

Acto seguido bajó una gran palanca de color rojo. Lanzando luego un suspiro, estiró los brazos y arrellanóse en el asiento.

—Siempre es agradable la partida —expresó—. Durante una hora no hay nada de trabajo.

Naturalmente, no lo decía en serio. Aunque los controles automáticos gobernarían la nave durante un tiempo, el piloto tendría que vigilar que todo marchara bien. En caso de emergencia, o si el piloto robot llegaba a fallar, tendría que hacerse cargo del gobierno del aparato.

La nave comenzó a vibrar con el movimiento giratorio de las bombas de combustible. En la pantalla del televisor había aparecido un complicado diseño *de* líneas entrecruzadas que, según supuse, tendrían alguna relación con el rumbo del navío. Vi cambiar una serie de líneas de color rojo que se trocaron verdes. Al cambiar de color las luces, el piloto me dijo en seguida:

—Quédate tendido.

Me acomodé mejor en el asiento neumático, sintiendo casi de inmediato como si me hubiera saltado alguien encima. Sonó un rugido terrible en mis oídos y tuve la impresión de que pesaba una tonelada. Me costó bastante respirar, pues no era ya una función automática de los pulmones, sino algo que debí gobernar a fuerza de voluntad.

Esta molestia duró apenas unos segundos antes de que me acostumbrara a ella. Los motores del navío no habían iniciado aún su funcionamiento, y ascendíamos impelidos por los cohetes de partida, los que se agotarían en pocos segundos para caer a Tierra, cuando estuviéramos ya a muchos kilómetros de altura.

Me di cuenta cuando ocurrió esto por la súbita falta de peso, detalle que duró apenas un momento; después hubo un cambio sutil en el sonido al entrar en acción los cohetes de la nave, los que continuarían atronando furiosamente durante cinco minutos más. Al cabo de ese lapso tendríamos ya tal velocidad que la Tierra no podría volver a atraernos.

El impulso de los cohetes había triplicado mi peso normal, pero mientras me mantuviera inmóvil no sufriría molestias serias. A fin de experimentar, quise ver si podía alzar el brazo y comprobé que me resultaba cansador, aunque no muy difícil. Así y todo, me alegré de volver a dejarlo caer. De ser necesario, creo que podría haberme sentado, aunque me hubiera sido imposible mantenerme de pie.

En la pantalla del televisor manteníase sin cambio el diseño de líneas brillantes. Empero, ahora vi un punto que ascendía con lentitud y representaba sin duda al navío

que se elevaba. Lo observé con atención, preguntándome si se desconectarían los motores cuando llegara el punto a la parte superior de la pantalla.

Mucho antes de que sucediera esto hubo una serie de explosiones breves y la nave se estremeció ligeramente. Por un momento creí que habría ocurrido algo malo; pero luego me hice cargo de lo sucedido. Habíanse agotado los tanques adosados a la nave y acababan de saltar automáticamente los cierres que los sostenían. Ahora caían detrás de nosotros y poco después se hundirían en las aguas desiertas del Pacífico que se extienden entre Tahití y Sud América.

Al fin comenzó a amenguar el estallido de los cohetes y poco a poco desapareció la sensación de peso enorme que me oprimía. El navío espacial comenzaba a entrar en su órbita final, a ochocientos kilómetros de altura sobre el Ecuador. Los motores habían cumplido su misión y ahora no hacían otra cosa que dirigir el rumbo.

Volvió a reinar el silencio al cesar por completo el rugir de los cohetes. Aun sentía las leves vibraciones de las bombas de combustible que funcionaban con suavidad, pero en la cabina de mando no había ya sonido alguno. Había ensordecido parcialmente, pero poco a poco recobré la facultad de oír.

El piloto terminó de hacer la lectura de sus instrumentos y se soltó el cinturón de seguridad. Le miré fascinado al verle flotar por el aire hacia mí.

—Te llevará un tiempo acostumbrarte a esto —me dijo, mientras desprendía mi cinturón—. Recuerda que debes moverte con suavidad y no soltar una agarradera hasta no tener otra al alcance de la mano.

Me incorporé con cierto recelo, tomándome del asiento en el momento en que estaba por volar hacia lo alto de la cabina. Ya no había allí «arriba» y «abajo»; el peso había dejado de existir y no tenía más que dar un ligero empujón para trasladarme hacia donde quisiera.

Es algo extraño, pero aun ahora hay personas que no logran comprender la carencia absoluta de peso. Parecen creer que es algo relacionado con el hecho de estar «fuera de la fuerza de atracción de un planeta», lo cual es erróneo, naturalmente. En una estación espacial o en un cohete que se traslada por su propio impulso a ochocientos metros de altura, la gravedad es casi tan poderosa como sobre la superficie de la Tierra. La razón de que desaparezca la sensación de peso no se debe a que se halle uno fuera del radio hasta el que alcanza la gravedad de la Tierra, sino porque no opone una resistencia a su atracción. Aun sobre el planeta podría sentirse esa carencia de peso en el interior de un ascensor que cayera y durante el lapso que durara la caída. La estación orbital o el cohete está siempre en caída permanente, una «caída» que puede durar eternamente porque no va dirigida hacia la Tierra sino en sentido paralelo a la misma.

—¡Cuidado! —me advirtió el piloto—. No quiero que te rompas la cabeza contra el tablero de instrumentos. Si quieres echar un vistazo por la ventanilla, tómate de

esta agarradera.

Luego de obedecerle miré por el ojo de buey cuya cubierta de grueso plástico era todo lo que había entre mi persona y la inmensidad del espacio.

Sí, ya sé que existen tantas películas y fotografías que ya todos saben el aspecto que presenta la Tierra al contemplarla desde el espacio. Por eso no emplearé mucho tiempo en describirla. A decir verdad, no había mucho que ver, ya que mi campo visual estaba ocupado casi por completo por el Océano Pacífico. Allí abajo destacábase con reflejos profundamente azulados que se suavizaban para perderse en una especie de bruma en los confines del horizonte. Pregunté al piloto a qué distancia nos hallábamos del horizonte.

—A unos tres mil kilómetros —contestó—. Se puede ver casi hasta Nueva Zelandia por el sur y hasta Hawai por el norte. Es impresionante, ¿verdad?

Una vez acostumbrado a la proporción de las cosas, pude reconocer muchas islas del Pacífico, muchas de ellas rodeadas de arrecifes de coral que eran perfectamente visibles. Muy hacia el oeste cambiaba de pronto el color del mar, el que era allí de un verde intenso. Me hice cargo entonces de que estaba mirando las enormes granjas flotantes que proveen de alimento al continente de Asia y que cubren ahora gran parte de todos los océanos en la zona tropical.

Se estaba presentando a mi vista la costa de Sud América cuando comenzó a prepararse el piloto para aterrizar en la Estación Interior. Ya sé que el empleo de la palabra «aterrizar» no es del todo correcto, pero es la expresión que se ha adoptado. En el espacio, muchas palabras comunes tienen un significado diferente del que les corresponde.

Todavía estaba mirando con profunda absorción por el ojo de buey cuando recibí orden de volver a mi asiento a fin de no andar dando tumbos por la cabina al efectuarse las maniobras finales.

La pantalla del televisor era ahora un rectángulo negro con una diminuta estrella doble que brillaba cerca de su centro. Nos hallábamos a unos doscientos kilómetros de la estación, acercándonos a ella con lentitud. Las dos estrellas fueron tornándose más brillantes y separándose, mientras que a su alrededor aparecían diminutos satélites apenas visibles. Me hice cargo de que estaba viendo navíos estacionados junto a la estación para ser reabastecidos o reparados.

Súbitamente estalló una de aquellas diminutas estrellas en una explosión de luz. A ciento cincuenta kilómetros de nosotros, una de las naves de la flota acababa de poner en marcha sus motores y se alejaba de la Tierra. Interrogué al respecto a mi compañero.

—Debe ser el *Alfa Centauro* que va rumbo a Venus —me informó—. Es un buen navío, pero ya deberían retirarlo del servicio; está muy viejo. Ahora déjame atender al aterrizaje; éste es uno de los trabajos que no hace el mando automático.

La Estación Interior se hallaba a pocos kilómetros de distancia cuando empezamos a frenar. Se oyó un silbido agudo proveniente de los cohetes direccionales situados en la proa y por un momento volví a experimentar la sensación de peso. Esto duró unos segundos; luego adquirimos la misma velocidad que los otros satélites flotantes de la estación y nos unimos a ellos.

Cuidándome de pedir permiso al piloto, me levanté del asiento y fui de nuevo hacia la ventanilla. La Tierra estaba ahora del otro lado de la nave y me encontré mirando a las estrellas y la estación espacial. Era tan impresionante el espectáculo que lo contemplé un minuto entero antes de que mi cerebro asimilara las sensaciones que le telegrafiaban mis órganos visuales. Ahora comprendía el propósito de la prueba de orientación a la que me sometieran los médicos.

Mi primera impresión fué que reinaba allí el caos más completo. Flotando en el espacio, a uno o dos kilómetros de nuestra nave, vi un gran enrejado abierto compuesto de delgadas vigas metálicas que le daban el aspecto general de un disco chato. En diversos puntos de su superficie había edificios esféricos de diverso tamaño que se comunicaban unos con otros por medio de tubos lo bastante amplios como para permitir el tránsito de seres humanos. En el centro del disco vi la esfera más grande de todas. Noté en ella numerosos ojos de buey y muchísimas antenas radiales que sobresalían en todas direcciones.

Unidos a diversos puntos del enorme disco vi varios navíos espaciales, algunos de ellos casi completamente desmantelados. La primera impresión que daban era la de ser moscas atrapadas en una gigante telaraña. Trabajaban en ellos varios hombres vestidos con trajes espaciales y de tanto en tanto me encandilaba el reflejo de las soldadoras eléctricas.

En el espacio, alrededor de la estación, flotaban otras naves sin orden ni concierto. Algunas tenían líneas aerodinámicas y eran aladas como la que me llevara hasta allí desde la Tierra. Otras eran las verdaderas naves del espacio, armadas allí fuera de la atmósfera y diseñadas para transportar cargas entre uno y otro planeta sin aterrizar jamás en ellos. Eran artefactos raros, no muy sólidos, por lo general con una cámara esférica en la que se alojaban la tripulación y pasajeros, y enormes tanques para el combustible. Naturalmente, no tenían líneas aerodinámicas: las cabinas, tanques y motores estaban unidas sencillamente por medio de delgadas pértigas de metal. Al observar aquellos navíos no pude menos que pensar en las anticuadas revistas en las que una vez había visto representadas gráficamente las ideas que tenían nuestros abuelos acerca de las naves del espacio. Las mostraban largas y afiladas, muy semejantes a proyectiles dotados de aletas. Los artistas que trazaron aquellos dibujos se habrían sorprendido mucho ante la realidad, y es posible que no reconocieran en aquellos extraños objetos a las naves siderales tan comunes para nosotros.

Me estaba preguntando cómo entraríamos en la estación cuando vi presentarse algo en mi radio visual. Era un cilindro apenas lo bastante espacioso como para dar cabida a un hombre, cuya cabeza vi a través del panel de plástico transparente que cubría un extremo del aparato. Del cuerpo del cilindro proyectábanse largos brazos articulados y por detrás llevaba a la zaga un delgado cable. Alcancé a atisbar la leve estela nebulosa del escape del diminuto motor que impulsaba a aquella nave espacial en miniatura.

El piloto del artefacto debió haber visto que le miraba, pues me sonrió al pasar. Un momento más tarde resonó un golpe alarmante contra el casco de nuestra nave y mi compañero de viaje rompió a reír al notar el susto que me llevaba.

—No es más que el cable de remolque que acaban de fijar. Empezaremos a movernos dentro de un momento.

Sentí un tirón y la nave rotó lentamente hasta quedar paralela al gran disco de la estación. El cable magnético había sido fijado a la parte central del casco y de la estación nos acercaban como un pescador que recoge la línea con su pez. Vi que el piloto oprimía un botón en el tablero de instrumentos y se oyó el zumbar de motores al descender el tren de aterrizaje. Era esto algo que jamás hubiera esperado yo que se usara en el espacio, más en seguida comprendí lo acertado del método, ya que los amortiguadores absorberían el suave impacto al tocar el navío la estación.

Nos acercaron con tal lentitud que el breve viaje insumió casi diez minutos, tras de lo cual sintióse un leve impacto cuando «tocamos tierra» y llegamos a destino.

—Bien —rió el piloto—, espero que te haya gustado el viaje. ¿O hubieras querido que fuera más emocionante?

Le miré con recelo, mientras me preguntaba si se estaría burlando de mí.

—Gracias, pero fué bastante emocionante. ¿Qué otras emociones podría haberme brindado?

—Pues, unos cuantos meteoros, un ataque de piratas, una invasión procedente de los confines de la galaxia o alguna otra de las cosas que se leen en las revistas.

—No leo más que los libros serios como la *Introducción de la Astronáutica*, de Richardson, o *Naves Espaciales Modernas*, de Maxwell.

—No te creo —replicó de inmediato—. Por lo menos yo leo revistas e historietas, y estoy seguro de que tú también lo haces. Te aseguro que no me engañas.

Naturalmente, estaba acertado, y fué aquélla una de las primeras lecciones que aprendí en la estación. Todos los que se encuentran en ella han sido elegidos tanto por su inteligencia como por sus conocimientos técnicos y saben descubrir una mentira de inmediato.

Me estaba preguntando cómo íbamos a salir de la nave cuando oí una serie de golpes y rasguños en la cámara de compresión que sirve de entrada y salida. Poco después sé oyó el silbar del aire que escapaba y casi en seguida un ruido sibilante que

era la puerta interior que se abría.

—Recuerda lo que te recomendé acerca de no hacer movimientos bruscos —me dijo el piloto, mientras tomaba su cuaderno de bitácora—. Lo más conveniente será que te tomes de mi cinturón y te remolque, ¿Listo?

No me pareció aquél un método muy digno de entrar en la estación; pero era mejor no correr riesgos, de modo que así viajé por el tubo flexible que habían acoplado a la entrada de la nave. El piloto dió un fuerte envión con las piernas y fué volando por el aire que llenaba el tubo, llevándome a mí a la zaga. Aquello era como aprender a nadar debajo del agua y al principio tuve la alarmante impresión de que me ahogaría si trataba de respirar.

A poco salimos a un amplio túnel de metal que, según calculé, debía ser uno de los pasajes principales de la estación. A lo largo de las paredes se extendían caños y cables de diverso grosor, y a intervalos regulares traspusimos enormes puertas dobles con la palabra emergencia escrita en ellas en letras rojas. En el trayecto nos cruzamos sólo con dos personas cuya habilidad para trasladarse de un lado a otro me llenó de envidia y me hizo tomar la decisión de llegar a ser tan hábil como ellas antes de irme de la estación.

—Te llevo a presencia del comandante Doyle —me informó el piloto—. Él es el encargado de entrenar a los novatos y con él tendrás que tratar.

—¿Es buena persona?

—No te aflijas por eso; ya lo descubrirás en seguida. Aquí estamos.

Nos detuvimos frente a una puerta circular sobre la que leí: «Comandante R. Doyle, a cargo de Entrenamiento. Llame y pase». El piloto llamó con los nudillos y entró conmigo a la zaga.

—Capitán Jones con un pasajero, señor Doyle — anunció.

Me puso entonces delante de él y vi al hombre a quien se dirigía. El individuo se hallaba sentado a un escritorio común, cosa sorprendente en aquel lugar donde nada parecía ser normal. Al observarlo noté que era el hombre más fornido que he visto en mi vida. Sus dos enormes brazos cubrían casi todo el escritorio y me pregunté dónde hallaría ropas que le sentaran bien, ya que sus hombros eran anchísimos.

Al principio no le pude ver bien la cara, pues estaba leyendo unos papeles. Después levantó la cabeza y me vi frente a una profusa barba roja y dos cejas abundantísimas, cosas tan raras en esta época que tardé un momento antes de estudiar el resto de sus facciones. Después me hice cargo de que el comandante Doyle debía haber sufrido algún accidente, pues tenía una leve cicatriz que le cruzaba la frente en diagonal. Considerando las maravillas que se hacen actualmente en el campo de la cirugía plástica, el hecho de que aquella cicatriz fuera todavía visible indicaba que la herida original debía haber sido enorme.

La verdad es que el comandante no era un hombre muy atractivo, aunque sí era

imponente, y aun habría de darme la sorpresa más grande.

—De modo que tú eres el joven Malcolm, ¿eh? —dijo con voz agradable y cadenciosa que no armonizaba con su belicoso aspecto—. Mucho hemos oído hablar de ti. Bien, capitán Jones, yo me hago cargo de él.

El piloto se retiró luego de hacer el saludo militar, y durante los diez minutos siguientes me interrogó el comandante con gran interés, enterándose de todo lo concerniente a mi persona. Le dije que había nacido en Nueva Zelandia y vivido unos años en China, Sud África, Brasil y Suiza, ya que mi padre, que es periodista, era trasladado de un punto a otro del planeta. Habíamos ido a Missouri porque mamá estaba harta de montañas y deseaba un cambio. En realidad no habíamos viajado mucho y nunca llegué a visitar ni la mitad de los lugares que conocían nuestros vecinos. Tal vez fuera ésta una de las razones por las que quise salir al espacio.

Cuando hubo terminado de anotar todo esto y de agregar comentarios propios que mucho me hubiera gustado leer, el comandante dejó de lado la anticuada pluma fuente que estaba usando y me miró como si fuera yo algún animal raro. Mientras tanto tamborileaba sobre el escritorio con aquellos dedos enormes que parecían capaces de romper la superficie que tocaban. Me sentía algo atemorizado y, para empeorar aún más las cosas, habíame elevado del suelo y estaba flotando en el aire, no pudiendo moverme, a menos que hiciera el ridículo y tratara de bracear como cuando se nada, lo que podría no darme resultado. Después vi que el comandante sonreía alegremente.

—Me parece que esto va a ser muy divertido —comentó.

Mientras me preguntaba si me atrevería a preguntarle por qué, lanzó una mirada a unos mapas que había sobre la pared y continuó:

—Las clases de la tarde recién acaban de finalizar. Te llevaré para que conozcas a los muchachos.

Tomó luego un largo tubo de metal que debía haber estado debajo del escritorio y, dando un envión con el brazo izquierdo, saltó de su sillón.

Fué tan rápido su movimiento que me tomó completamente de sorpresa. Un momento después tuve que hacer un esfuerzo para no lanzar una exclamación de sobresalto, pues al apartarse el comandante del escritorio, vi que no tenía piernas.

Cuando se va a una nueva escuela o se muda uno a un barrio desconocido, sigue siempre un período algo confuso y tan lleno de nuevas experiencias que luego no se puede recordar con claridad. Así fué mi primer día en la estación espacial; jamás me habían ocurrido tantas cosas en un lapso tan breve. No se trataba solamente de que empezaba a conocer a muchas personas; también tenía que aprender a vivir de nuevo.

Al principio me sentí tan indefenso como un bebé recién nacido y no sabía calcular el esfuerzo que requería cada movimiento de mi parte. Aunque no tenía peso, seguía existiendo para mí la inercia y necesitábase un impulso para poner algo en

movimiento y era necesario apelar a la fuerza para detener el impulso inicial. En esto entraban en juego los «palos de escoba».

Los había inventado el comandante Doyle, tomando el nombre de los viejos cuentos en los que las brujas cabalgaban sobre escobas. No hay duda alguna de que en la estación las imitábamos. Nuestros palos de escobas consistían de dos tubos huecos que se deslizaban el uno dentro del otro; ambos estaban unidos por un fuerte resorte de espiral, terminando uno en un gancho y el otro en un amplio redondel de goma. Esto era todo. Si uno deseaba trasladarse, no tenía más que apoyar el redondel contra la pared más cercana y dar un envión. La reacción lo enviaba a uno al espacio, y al llegar al punto deseado, el resorte absorbía el choque, aminorando la velocidad y deteniendo la marcha.

Naturalmente, no era esto tan fácil como parece, pues en caso de no tener cuidado se podía rebotar en la misma dirección de la que llegaba uno.

Pasó mucho tiempo antes de que descubriera lo que le había sucedido al comandante. La cicatriz habíala ganado en su juventud al sufrir un accidente automovilístico ordinario, pero las heridas más graves correspondían a algo mucho más serio, algo que le sucedió en la primera expedición a Mercurio. Era entonces todo un atleta, de modo que la pérdida de sus piernas debió haber sido para él un golpe más rudo que para la mayoría. Evidentemente, por esa razón vivía en la estación, único lugar donde no sería un inválido. En verdad, gracias al extraordinario desarrollo de sus brazos, era sin duda el hombre más ágil de la estación espacial. Había vivido en ella durante los últimos diez años y jamás retornaría a la Tierra. Ni siquiera se trasladaba a las otras estaciones del espacio donde había gravedad, y nadie cometía el error de sugerirle un viaje a ellas.

Había en la Estación Interior alrededor de cien personas, diez de ellas aprendices poco mayores que yo. Al principio se mostraron éstos un tanto fastidiados por mi presencia; pero después de mi pelea con Ronnie Jordan marchó todo bien y me aceptaron como uno de la familia. Pero ya contaré el incidente más adelante.

El aprendiz principal era un canadiense circunspecto y de elevada estatura que se llamaba Tim Benton. Hablaba poco, pero cuando decía algo todos le prestaban atención. Fué él quien me mostró toda la estación luego que el comandante me hubo puesto a su cargo.

—Supongo que ya sabes lo que hacemos aquí, ¿no? —me dijo entonces dubitativo cuando nos dejó solos el comandante.

—Reabastecen de combustible a los navíos del espacio que parten de la Tierra y efectúan las reparaciones necesarias.

—Sí, ése es el trabajo principal. Las otras estaciones, que están más lejos de la Tierra, cumplen otras funciones, pero no hablaremos de ello ahora. Hay algo importante que quiero aclararte en seguida. Esta Estación Interior está compuesta de

dos partes y la otra se halla a unos tres kilómetros de aquí. Ven a verla.

Me llevó hacia uno de los ojos de buey y me encontré mirando hacia el espacio. Pendiente entre las estrellas, y tan cerca que parecía al alcance de la mano, vi lo que parecía ser una rueda gigantesca que giraba lentamente alrededor de su eje, dejando ver el resplandor del sol sobre sus ventanillas de observación. No pude menos que comparar su compacta solidez con la aparente fragilidad de la maraña de vigas y tubos que componían la estación en la que me hallaba. La gran rueda tenía un eje central parecido a un cilindro largo y estrecho que terminaba en una estructura muy curiosa. Cerca de ella maniobraba un navío sideral.

—Es la Estación Residencial —me dijo Benton en tono poco aprobador—. No es otra cosa que un hotel. Ya habrás visto que gira. Debido a eso tiene la misma gravedad de la Tierra en los bordes. Rara vez vamos a ella: una vez que se acostumbra uno a no tener peso, la gravedad resulta muy molesta. Pero todos los pasajeros de Marte y la Luna son trasbordados allí. No sería conveniente que fueran directamente a la Tierra luego de haber vivido en lugares donde hay una fuerza de gravedad mucho menor. En la Estación Residencial se aclimatan poco a poco. Entran en el centro, donde no hay gravedad, y se van trasladando poco a poco hacia los bordes, donde la fuerza centrífuga crea condiciones similares a las de la Tierra.

—¿Cómo consiguen entrar si está girando constantemente? —pregunté.

—¿Ves esa nave que está maniobrando allí cerca? Si miras bien verás que el eje de la estación no está girando; lo mueve un motor en dirección contraria a la de la rueda, de modo que en realidad se mantiene estático en el espacio. El navío se adhiere a él y trasborda los pasajeros por medio de un tubo de unión que lleva la misma velocidad que la rueda. Parece complicada la maniobra, pero da resultados perfectos.

—¿Tendré una oportunidad de ir allá? —inquirí.

—Supongo que se puede arreglar, aunque no sé qué ganarás con ello, ya que estarás igual que en la Tierra. Precisamente para eso la han instalado.

No insistí sobre el punto, y recién al finalizar mi visita pude ir hasta la Estación Residencial que flotaba a tres kilómetros de la nuestra.

Debe haber sido molesto tener que mostrarme la estación, pues era necesario empujarme o arrastrarme por todos lados hasta que logré acostumbrarme a mi nuevo estado. Una o dos veces me rescató Tim justo a tiempo cuando me había lanzado con demasiado vigor y estaba por irme de cabeza contra un obstáculo. Pero era muy paciente, y al fin logré dominar el nuevo medio de locomoción y pude moverme por mi propia cuenta.

Pasaron varios días antes de que supiera orientarme en el gran laberinto de corredores conectados entre sí y numerosas cámaras atmosféricas que componían la Estación Interior. En aquel primer viaje no hice más que echar un vistazo rápido a los talleres, instalaciones de radio, planta de fuerza motriz, aparatos de

acondicionamiento de aire, dormitorios, depósitos y observatorios.

A veces resultaba difícil creer que todo aquello había sido llevado al espacio y armado allí a ochocientos kilómetros de la Tierra. Hasta el momento en que Tim lo mencionó en tono casual no supe que la mayor parte de los materiales de la estación provenían de la Luna. La gravedad mínima del satélite hacía más económico el traslado del equipo desde allí que desde el planeta, a pesar de que la Tierra estaba mucho más cerca.

Mi primera gira de inspección terminó dentro de una de las cámaras de compresión que sirven de entrada y salida. Nos paramos frente a la gran puerta circular que daba paso al vacío exterior. A nuestro alrededor había numerosos trajes espaciales sujetos a la pared por medio de perchas magnéticas, y los miré con profundo interés. Siempre había ambicionado ponerme uno de ellos y convertirme en un diminuto mundo individual aislado de todo.

—¿Te parece que me dejarán probar uno de éstos mientras estoy aquí? —pregunté.

Tim mostróse algo pensativo y miró luego su reloj.

—No entro de servicio hasta dentro de media hora y quiero ir a buscar algo que he dejado en el borde. Saldremos los dos.

—Pero... —balbucí, sintiendo que se apagaba mi entusiasmo de inmediato—. ¿No hay peligro? ¿No se necesita mucha preparación para usar estos trajes?

—Supongo que no tendrás miedo, ¿eh?

—Por supuesto que no.

—Bueno, vamos entonces.

Tim respondió a mi pregunta mientras me enseñaba cómo introducirme en el traje.

—Es verdad que se necesita mucha preparación para maniobrar uno de éstos, de modo que no te permitiré que lo intentes siquiera. Tendrás que quedarte quieto adentro y seguirme. Estarás tan seguro como aquí, siempre que no toques los gobiernos. Para asegurarme de ello, los pondré en cero.

Me resentí un poco, mas no dije nada; al fin y al cabo, él era el que mandaba.

Para la mayoría de la gente el término «traje espacial» significa algo así como un traje de buzo con el que el hombre puede caminar y emplear los brazos. Naturalmente, los trajes de este tipo se usan en lugares como la Luna; pero en una estación del espacio, donde no existe la gravedad, las piernas no son de gran utilidad, ya que en el exterior es necesario trasladarse por medio de disparos de cohetes pequeños.

Por esta razón, la parte inferior del traje no es más que un cilindro rígido. Cuando me introduje en él descubrí que podía usar los pies sólo para hacer funcionar algunos pedales de control, los que me cuidé de no tocar. Había dentro un asiento pequeño, y la bóveda transparente que cubría la parte superior del cilindro me permitía ver

perfectamente. Descubrí luego que podía usar las manos y los brazos. Debajo de la barbilla tenía un pequeño tablero con algunas perillas y medidores. Si quería tocar algo fuera del traje, debía introducir las manos en unas mangas flexibles terminadas en guantes que, aunque parecían muy bastos, permitían efectuar trabajos realmente delicados.

Tim tocó algunas de las palancas que tenía el traje y me colocó la bóveda transparente sobre la cabeza. En seguida me sentí como si me hallara dentro de un ataúd dotado de una mirilla. Después eligió un traje para sí y lo unió al mío por medio de un delgado cordel de nylon. A nuestras espaldas cerróse la puerta interior de la cámara de compresión y a poco oí la vibración de las bombas que dirigían el aire hacia el interior de la estación. Las mangas de mi traje comenzaron a ponerse rígidas, mientras que Tim me dirigía la palabra y su voz me llegaba desfigurada luego de atravesar ambos cascos.

—Todavía no conectaré la radio, pues aun puedes oírme. Escucha. —Hizo una pausa y empleó la fórmula acostumbrada para las pruebas de radio—: Probando: Uno, dos, tres, cuatro, cinco...

Al llegar al cinco empezó a apagarse su voz, y cuando estaba en el nueve ya no pude oírla más, aunque vi que seguía moviendo los labios. Ya no había suficiente aire para que se esparcieran las ondas de sonido. El silencio resultaba impresionante, y me sentí aliviado cuando entró en funcionamiento la radio de mi traje.

—Ahora voy a abrir la puerta exterior. No hagas ningún movimiento; yo me ocuparé de todo.

Se abrió con lentitud la gran puerta exterior y sentí un leve tirón al escaparse hacia afuera los últimos vestigios de aire. Frente a mí vi un círculo de estrellas y a un costado alcancé a atisbar el reborde nebuloso de la Tierra.

—¿Listo? —preguntó Tim.

—Listo —repuse, esperando que mi voz no traicionara mi nerviosidad.

El cordel de nylon se puso tenso al entrar en funcionamiento los cohetes de Tim, y poco después salimos volando por la abertura. Fué aquélla una sensación aterradora, empero no me la hubiera perdido por nada del mundo. Aunque las palabras «arriba» y «abajo» no tenían allí significado alguno, me pareció que salía flotando por un agujero practicado en una gran pared de metal y que la Tierra se hallaba abajo y a gran distancia. Me dijo mi razón que estaba perfectamente seguro, pero el instinto me gritaba: «Estás por caer ochocientos kilómetros hacia la Tierra».

En verdad, cuando la Tierra llenó la mitad del cielo, me resultó difícil no considerar que la tenía debajo. En ese momento nos hallábamos a la luz del sol, pasando sobre África, y pude ver el Lago Victoria y las grandes selvas del Congo. Me pregunté qué habrían pensado Livingstone y Stanley si hubieran sabido que un día volarían los hombres a través del Continente Negro a veinticinco mil kilómetros por

hora. Y la época de aquellos dos exploradores estaba sólo a doscientos años de la nuestra. No se puede negar que aquellos dos últimos siglos vieron adelantar mucho a la especie humana...

Aunque resultaba fascinador mirar hacia la Tierra, descubrí que me mareaba un poco, de modo que me volví en mi traje para concentrarme en la estación. Tim me había remolcado ya a cierta distancia de ella, y nos hallábamos casi entre las naves que la rodeaban. Traté de olvidar la Tierra, y ahora que no la veía ya, me pareció muy natural considerar que era la estación la que tenía debajo.

Esto es algo que todos debemos aprender en el espacio. Se puede llegar a sufrir enorme confusión si no se halla algo a lo que pueda considerarse como punto de partida y base de las excursiones. Lo importante es elegir la dirección más conveniente, según sea lo que esté uno haciendo en el momento.

Llevábamos suficiente velocidad como para hacer el viaje en el tiempo razonable, de modo que Tim detuvo el funcionamiento de sus cohetes y fué mostrándome los alrededores mientras seguíamos avanzando impulsados por el primer envi6n. Aquella vista aérea de la estación completó la idea que me había hecho ya con mi visita al interior, y comencé a tener la idea de que ya la conocía.

El borde exterior no era más que una maraña de vigas y caños extendidos en el espacio. Aquí y allá había enormes cilindros, talleres dotados de atmósfera propia y lo bastante espaciosos como para contener a dos o tres hombres. En ellos se efectuaban los trabajos que era imposible hacer en el vacío.

Cerca de allí flotaba una nave espacial desarmada a medias y asegurada a la estación por un par de cuerdas que en la Tierra no habrían bastado para sostener el peso de un hombre. Varios mecánicos que vestían trajes como los nuestros trabajaban en el casco. Me hubiera gustado oír su conversación y averiguar lo que hacían, pero empleaban una longitud de onda diferente de la nuestra.

—Voy a dejarte aquí un minuto —me dijo Tim, soltando el cordel para atarlo a la viga más cercana—. No hagas nada hasta que regrese.

Me pareció una tontería eso de quedar allí flotando como un globo cautivo, y me alegré de que nadie se fijara en mí. Mientras aguardaba experimenté con los guantes de mi traje y traté en vano de hacer un nudo sencillo en el cordel de nylon. Tiempo después supe que era posible hacer esas cosas, pero que se requería mucha práctica. Por cierto que los operarios que trabajaban allí cerca parecían manejar sus herramientas sin la menor dificultad a pesar de sus guantes.

De pronto comenzó a oscurecer. Hasta ese momento, la estación y su cohorte de navíos siderales habían estado bañados en una luz tan cegadora que no me había atrevido yo a dirigir la vista hacia los lugares donde daba de lleno el Sol. Pero ahora pasaba el astro rey hacia detrás de la Tierra mientras entrábamos nosotros en la parte sombreada del planeta. Volví la cabeza y vi un espectáculo tan maravilloso que me

quedé sin aliento. La Tierra era ahora un enorme disco negro que eclipsaba las estrellas, aunque a lo largo de uno de sus bordes veíase un glorioso arco de luz dorada que se iba empequeñeciendo a medida que lo miraba. Observé la línea del ocaso que se extendía por espacio de mil kilómetros a través de África. En su centro había un gran halo de luz cegadora, donde aun era visible una parte del Sol, el que se fué hundiendo rápidamente hasta desaparecer; sus últimos destellos se contrajeron en seguida a lo largo del horizonte y cedieron al fin su puesto a las sombras. Todo ello no duró más de dos minutos, y los que trabajaban a mi alrededor no le prestaron la menor atención. Al fin y al cabo, todos nos acostumbramos con el tiempo a los espectáculos más maravillosos, y la estación giraba alrededor de la Tierra con tal rapidez que esos ocasos se repetían cada cien minutos.

No reinaba una oscuridad completa, pues la Luna estaba en cuarto menguante y el cielo veíase cubierto de millones de estrellas, todas las que brillaban sin titilar en lo más mínimo. Debido a esto me pregunté cómo era posible que se hablara de la «negrura» del espacio.

Tan entretenido estaba buscando en vano otros planetas que no noté siquiera el regreso de Tim hasta que sentí un tirón del cordel. Lentamente regresamos hacia el centro de la estación, moviéndonos en medio de un silencio completo. Cerré los ojos durante unos segundos y al abrirlos no vi que hubiera cambiado la escena. Allí estaba el disco umbrío de la Tierra en la que vi relucir los océanos a la luz de la Luna. Aquella misma luz hacía brillar las vigas a mi alrededor como hilos plateados en una telaraña fantasmal salpicada de innumerables estrellas. En ese momento comprendí que al fin había llegado al espacio y que la vida no volvería ya a ser la misma para mí.

3. El «*Estrella Matutina*»

—¿Sabes cuál fué la dificultad mayor que tuvimos en la Estación Número Cuatro? —preguntó Norman Powell.

—No —contesté, como se esperaba de mí.

—Los ratones —declaró en tono solemne—. Lo creas o no, eran los ratones. Se escaparon algunos del laboratorio, y antes de que supiéramos qué pasaba, se habían multiplicado enormemente y estaban por todas partes.

—No creo una sola palabra —intervino Ronnie Jordan.

—Eran tan pequeños que se metían en todos los conductos de aire —continuó Norman sin prestarle atención—. Se los oía andar por todas partes cuando acercaba uno la oreja a las paredes. No necesitaban abrir agujeros, pues los había ya a montones, y ya imaginarán lo que pasó con la ventilación. Pero al fin acabamos con ellos. ¿Y saben cómo lo hicimos?

—Pidieron prestados un par de gatos.

Norman lanzó a Ronnie una mirada desdeñosa.

—Se probó eso, pero a los gatos no les gusta la falta de gravedad. No servían para nada y los ratones solían reírseles en los mostachos. No: usaban búhos. ¡Tendrían que haberlos visto volar! Naturalmente, las alas les fueron muy útiles, y solían hacer las cosas más fantásticas. En muy pocos meses terminaron con todos los ratones.

Hizo una pausa al tiempo que exhalaba un suspiro.

—Claro que después tuvimos el problema de librarnos de los búhos. Para ello...

No supe lo que iba a decir, pues el resto del grupo decidió que estaba harto de los embustes de Norman y todos se lanzaron sobre él al mismo tiempo. El muchacho desapareció en medio de una maraña de cuerpos que flotaba ruidosamente por la cabina. Sólo Tim Benton, que jamás se mezclaba en aquellos juegos, continuó estudiando, qué era lo que debían hacer todos los demás.

Diariamente reuníanse todos los aprendices en la sala de clase para escuchar una lección dirigida por el comandante Doyle o uno de los técnicos de la estación. El comandante había sugerido que asistiera yo a esas clases, y una sugestión de él no se diferenciaba mucho de una orden. Opinaba que así adquiriría algunos conocimientos útiles, en lo cual no estaba desacertado. Naturalmente, no entendía más que una cuarta parte de lo que se decía, y pasaba el resto del tiempo leyendo algunos de los volúmenes extralivianos de la biblioteca con que contaba la estación.

Luego de las clases había un período de estudio de treinta minutos, y de vez en cuando se estudiaba realmente. Estos intervalos eran para mí mucho más útiles que las lecciones, ya que los muchachos hablaban siempre de su trabajo y de las cosas que habían visto en el espacio. Algunos llevaban allí dos años, sin haber ido a la Tierra más que unas pocas veces.

Naturalmente, muchas de las cosas que me contaron eran algo exageradas. Norman Powell, nuestro principal humorista, trataba siempre de tomarme el pelo; al principio creí alguno de sus cuentos, pero más adelante aprendí a ser más incrédulo.

Descubrí también que había ciertas tretas y bromas que podían llevarse a cabo en el espacio. Una de las mejores se efectuaba con un simple fósforo. Estábamos una tarde en la sala de clase cuando Norman se volvió de pronto hacia mí para decirme:

—¿Sabes cómo se prueba el aire para averiguar si es respirable?

—Si no lo fuera lo sabría muy pronto —repliqué.

—En absoluto; podrías perder el sentido antes de poder remediarlo. Pero hay una prueba sencilla que se ha usado mucho en la Tierra, en minas y cavernas. Llevas delante de ti una llama cualquiera y si se apaga..., también te apagas tú si no escapas a tiempo.

Rebuscó en su bolsillo para sacar una caja de fósforos, y me sorprendió no poco ver algo tan anticuado en la estación espacial.

—Naturalmente, aquí dentro la llama arderá a la perfección —continuó Norman—. Pero si el aire no estuviera bueno, se apagaría de inmediato.

Con ademán distraído rascó un fósforo en la caja, encendiéndolo. Me adelanté para observar la llama que se formaba y noté que era muy rara, ya que no tenía la forma alargada y puntuda de costumbre, sino completamente esférica. La estaba mirando cuando se apagó de pronto.

Es raro cómo suele funcionar la mente; pero el caso es que hasta ese momento había estado respirando de manera normal; sin embargo me pareció que ahora me sofocaba. Mirando a Norman, le dije en tono nervioso:

—Prueba de nuevo; ese fósforo no debe ser normal.

Así lo hizo él y el segundo fósforo se apagó tan rápidamente como el primero.

—Vámonos de aquí —jadeé—. Debe haberse atascado el purificador de aire.

Vi entonces que los otros se reían de mí.

—No te asustes, Roy —intervino Tim—. El misterio es muy sencillo.

Tomando la caja de fósforos de manos de Norman, continuó:

—El aire está perfectamente bien; pero si piensas un momento te darás cuenta de que aquí no puede arder una llama de manera normal. Ya que no hay gravedad, el humo no se levanta y la llama se ahoga sola. La única manera de conseguir que siga ardiendo es hacer esto.

Encendió otro fósforo, pero en lugar de tenerlo quieto, lo movió de un lado a otro. Al moverlo iba dejando una estela de humo, de modo que la llama siguió ardiendo hasta que se hubo consumido todo el fósforo.

—El aire no ha dejado de renovarse ni un momento —agregó—. Por eso no se ahogó el fósforo con los gases consumidos. Y si crees que se trata de una treta divertida y sin importancia práctica, te equivocas por completo. Esto indica que

debemos mantener el aire en movimiento constante para no ahogarnos nosotros como la llama. ¿Norman, quieres poner de nuevo en marcha los ventiladores ahora que ya hiciste tu bromita?

Fuera broma o no, la lección resultó muy efectiva. Pero al mismo tiempo me hizo tomar la firme decisión de vengarme de Norman uno de esos días. No era que me desagradara el muchacho, pero ya me estaba hartando su sentido del humor.

En ese momento gritó alguien:

—¡Parte el *Canopus*!

Corrimos todos hacia las ventanillas circulares para mirar hacia el espacio. Pasó un momento antes de que pudiera ver nada, pero a poco logré abrirme paso hasta la primera fila y apreté la cara contra el grueso cristal de plástico.

El *Canopus* era la nave más espaciosa de la línea de Marte y había estado allí varias semanas mientras ponían en condiciones sus motores. Durante los últimos dos días habían estado cargando combustible y pasajeros, y ahora habíase alejado de la estación hasta hallarse a varios kilómetros de distancia. A semejanza de la Estación Residencial, el *Canopus* rotaba lentamente para dar a los pasajeros la sensación de gravedad. Tenía una forma similar a la de un buñuelo gigantesco, estando ubicadas las cabinas en un círculo alrededor de la planta motriz y los impulsores. Durante el viaje iríase aminorando gradualmente la rotación de la nave, de manera que al llegar los pasajeros a Marte ya estarían acostumbrados a la gravedad correcta. En el viaje de regreso se efectuaría la misma operación a la inversa.

La partida de una nave espacial desde una órbita ya establecida no es tan espectacular como el despegue desde la Tierra. Todo ello ocurre, naturalmente, en el mayor silencio y con gran lentitud. Además, no hay llamaradas ni humo alguno. Todo lo que pude ver fué una leve estela proveniente de los cohetes impulsores. Las grandes aletas comenzaron a tornarse rojas al partir hacia el espacio el gran calor de los disparos. Poco a poco adquirió velocidad aquel monstruo de varias toneladas, aunque tardaría aún varias horas antes de adquirir el impulso necesario para escapar de la Tierra. El cohete que me llevara hasta la estación había viajado con una aceleración cien veces mayor que la del *Canopus*, pero el gran navío de pasajeros mantendría sus impulsores en funcionamiento durante semanas enteras a fin de adquirir la velocidad final necesaria de casi ochocientos mil kilómetros por hora.

Cinco minutos más tarde se hallaba ya a varios kilómetros de distancia y avanzaba a velocidad apreciable, alejándose de nuestra órbita para tomar un rumbo que la llevaría a Marte. La miré con profundo interés, preguntándome cuándo haría yo también un viaje así. Norman debió haber notado mi expresión, pues dijo riendo:

—¿Tienes la idea de embarcarte como polizón en el próximo navío? Si es así, olvídalo, pues es imposible. Ya sé que en las novelas se habla de ello, pero jamás ha ocurrido en la práctica; hay demasiados obstáculos. ¿Y sabes lo que le harían a un

polizón si lo descubrieran?

—No —repuse, esforzándome por no demostrar gran interés, aunque la verdad es que había estado pensando en el asunto.

Norman se restregó las manos.

—Verás, una persona de más en la nave reduciría el alimento y el oxígeno para los otros, además de echar por tierra todos los cálculos para el consumo de combustible. Por eso no vacilarían en arrojar el intruso al espacio.

—Entonces es una gran cosa que nadie lo haya hecho, ¿eh?

—Por cierto que sí..., aunque te aseguro que el supuesto polizón sería descubierto antes de iniciarse el viaje. En una nave del espacio no hay sitio alguno para esconderse.

Tomé nota de este informe para cualquier contingencia futura. Alguna vez podría serme útil.

La Estación Interior era muy amplia, pero los aprendices no se pasaban todo su tiempo a bordo de ella, como lo descubrí muy pronto. Tenían un lugar de reunión que debía ser muy exclusivo, y pasó un período más o menos largo antes de que me permitieran visitarlo.

No muy lejos de la estación había un verdadero museo astronáutico, un cementerio flotante de naves que habían visto mejores días y sido retiradas del servicio. A la mayoría habíanle sacado sus instrumentos y no eran otra cosa que esqueletos. Naturalmente, en la Tierra habríanse oxidado largo tiempo atrás; pero allí en el vacío se mantendrían bruñidas y flamantes para toda la eternidad.

Entre aquellas reliquias se contaban algunas de notable historia, el primer navío que llegó a Venus, el primero en tocar los satélites de Júpiter, el primero que dio la vuelta alrededor de Saturno. Al cabo de sus largos viajes habían entrado en la órbita que rodeaba la Tierra y otros cohetes de transportes fueron a retirar sus tripulaciones. Todavía estaban allí donde los dejaran para no volver a utilizarlos.

Es decir, todos menos el *Estrella Matutina*. Nadie ignoraba que fué la primera nave que circunnavegó por primera vez el planeta Venus allá por el 1985. Pero son muy pocos los que saben que se encuentra aún en estado excelente, pues los aprendices habíanla adoptado, convirtiéndola en su lugar de reunión, y, con la idea de divertirse un poco, la habían puesto de nuevo en condiciones de navegar. En realidad, opinaban que estaba tan bien como cuando la estrenaron y en todo momento trataban de «tomar prestado» suficiente combustible para efectuar un viaje breve. Se sentían muy ofendidos porque nadie quería darles lo que solicitaban.

Naturalmente, el comandante Doyle estaba enterado de todo esto y aprobaba la idea de los aprendices, ya que era buena práctica para ellos hacer aquellas cosas. A veces iba al *Estrella Matutina* para ver cómo marchaban las cosas, pero se sobreentendía que la nave era de propiedad privada de los muchachos y se necesitaba

una invitación especial para entrar en ella. Tuve oportunidad de visitarla recién después que hubiese pasado unos días en la estación y me hubieron aceptado como uno de los miembros integrantes del grupo.

Fué el viaje más largo que hacía fuera de la estación, pues el cementerio se hallaba a unos ocho kilómetros de distancia y moviéndose en la misma órbita, aunque algo más adelante. No sé cómo describir el curioso vehículo en el que efectuamos el salto. Habíanlo construido con partes de desecho procedentes de varias naves y no era en realidad más que un cilindro hermético y dotado de atmósfera propia que tenía capacidad para unas doce personas. A un extremo habían atornillado un impulsor de cohetes, contaba con otros cohetes más pequeños para maniobrar, una cámara atmosférica de entrada muy sencilla, una radio para mantenerse en contacto con la estación y nada más. Esta extraña nave podía llegar hasta el *Estrella Matutina* en diez minutos, ya que desarrollaba una velocidad máxima de cincuenta kilómetros horarios. Los muchachos habíanla bautizado *La Alondra del Espacio*^[1], nombre tomado sin duda alguna de una famosa novela fantástico-científica del siglo veinte.

Por lo general tenían a la *Alondra* amarrada al anillo exterior de la estación, donde no resultaría un obstáculo para nadie. Cuando se la necesitaba, un par de aprendices salían en sus trajes espaciales, soltaban las amarras y la remolcaban hasta la cámara de compresión más cercana. Luego de conectada con uno de los tubos de pasaje, subían todos a bordo como si se entrara en un verdadero navío sideral.

Mi primer viaje en la *Alondra* se diferenció mucho de mi ascensión desde la Tierra. El aspecto de la pequeña nave era tan poco recomendable que temí se deshiciera en cualquier momento, aunque la verdad es que era bastante segura. Con diez de nosotros a bordo, la cabina estaba atestada, y al funcionar el motor, todos nos deslizamos hacia la popa del cilindro debido a la aceleración. Tan débil era su impulso que me hizo pesar no más de medio kilo, contraste muy marcado con mi partida de la Tierra, oportunidad en que hubiera jurado que llegué a pesar una tonelada. Al cabo de un minuto o más desconectamos el motor y nos dejamos llevar por la inercia unos diez minutos, tras de lo cual un nuevo disparo del cohete nos llevó hasta la meta.

Había espacio de sobra en el *Estrella Matutina*; al fin y al cabo, había servido de alojamiento a cinco hombres durante casi dos años. Todavía estaban allí sus nombres, marcados en los tabiques de la cabina de mandos, y al ver aquellas firmas se avivó mi imaginación, llevándome hacia una época situada un siglo atrás, en los días en que recién se iniciaban los vuelos al espacio, cuando la Luna era un mundo nuevo y nadie había llegado aún a los planetas.

A pesar de la vejez de la nave todo lo que había en la cabina daba la impresión de ser flamante. Según me pareció, el tablero de instrumentos podría haber pertenecido a cualquier navío de mi época. Tim Benton lo tocó con suavidad.

—¡Está como nuevo! —expresó con orgullo—. Te aseguro que podría llevarnos hasta Venus en cualquier momento.

Llegué a conocer bastante bien aquellos instrumentos, ya que no había peligro en jugar con ellos, pues los tanques de combustible estaban vacíos y lo único que sucedía al apretar el botón del impulsor principal era que se encendía una luz roja. Así y todo, resultaba emocionante ocupar el asiento del piloto y dar rienda suelta a la imaginación al manejar los controles.

Detrás de los tanques principales habían instalado un taller en el que los muchachos construían modelos y hacían experimentos de toda clase. Varios de los aprendices habían inventado aparatos que deseaban probar y trataban de constatar si daban resultados positivos en la práctica antes de seguir adelante con sus experimentos. Karl Hasse, nuestro genio matemático, esforzábese por diseñar un nuevo aparato para el gobierno automático de las naves espaciales; pero lo ocultaba siempre que se acercaba alguno, de modo que nadie sabía de qué se trataba.

Al recorrer el interior del *Estrella Matutina* aprendí mucho más de lo que podrían haberme enseñado los libros o lecciones. Verdad es que la nave tenía ya un siglo; pero aunque los detalles se hubieran alterado, los principios fundamentales han cambiado menos de lo que podría suponerse. Todavía se necesitan aparatos de bombeo, tanques de combustibles, purificadores de aire, reguladores de temperatura y otras cosas por el estilo. Los aparatos podrán cambiar, pero la función que cumplen es siempre la misma.

Claro está que los conocimientos que absorbí a bordo de la nave no fueron exclusivamente técnicos. Allí terminé de acostumbrarme a la carencia de peso y aprendí también a pelear en aquellas condiciones extraordinarias..., lo cual me obliga a hablar de Ronnie Jordan.

Ronnie era el más joven de los aprendices, y me llevaba unos dos años de ventaja. Era un australiano rubio y lleno de energía que había pasado casi toda su vida en Europa, como resultado de lo cual hablaba tres o cuatro idiomas y pasaba a veces de uno a otro sin darse cuenta de ello.

Bien humorado y alegre, daba la impresión de no haberse acostumbrado nunca a la ausencia de gravedad y de considerar esto como algo muy gracioso. Por esto estaba siempre haciendo experimentos nuevos como el de fabricar un par de alas y ver cómo volaba con ellas. No lo hacía muy bien, pero quizá debíase esto a que las alas no estaban bien confeccionadas. Debido a su exuberante vigor y espíritu travieso, estaba siempre buscando pendencia y peleando en broma con sus compañeros. Puedo asegurar de paso que una pelea en un lugar donde no existe la gravedad es algo fascinador.

El primer problema consiste en atrapar al oponente, lo cual no es fácil, pues si el otro se rehúsa a colaborar, puede escapar en cualquier dirección. Pero aunque decida

entrar en el juego, hay otras dificultades. Es casi imposible pelear a puñetazos, ya que el primer golpe lo envía a uno volando por el espacio, razón por la cual la única forma práctica de combate es la lucha. Por lo general se inicia estando los dos contrincantes flotando en el aire, lo más lejos posible de objetos sólidos. Se toman luego de las muñecas, con los brazos extendidos..., y luego resulta muy difícil ver exactamente lo que sucede, ya que empiezan a batir el aire con los brazos y girar lentamente por todos lados. Según las reglas del juego, gana el que pueda retener a su oponente contra una pared mientras se cuenta hasta cinco. Esto es más difícil de lo que parece, pues el contrario no tiene más que dar un buen empujón para salir volando con su apresador. Por otra parte, como no hay fuerza de gravedad, no puede uno sentarse sobre la víctima hasta cansarla con el peso de su cuerpo. Mi primer encuentro con Ronnie ocurrió a consecuencia de una discusión política. Tal vez parezca raro que en el espacio se tenga en cuenta la política de la Tierra. En cierto modo el asunto no interesa; por lo menos nadie se preocupa de que sea uno ciudadano de la Federación Atlántica, la Unión Panasiática o la Confederación del Pacífico; pero se suscitaban vivas discusiones respecto a cuál era el mejor país para vivir, y como la mayoría habíamos viajado mucho, cada uno tenía una idea diferente al respecto.

Cuando dije a Ronnie que estaba hablando tonterías, me respondió que lo había insultado, y antes de que me diera cuenta de lo que pasaba, me tenía apretado contra un rincón mientras Norman Powell contaba lentamente hasta diez para darme una oportunidad de defenderme. No pude escapar porque mi antagonista había afianzado bien las piernas contra las dos paredes que formaban el rincón de la cabina.

La vez siguiente me fué un poco mejor, aunque Ronnie volvió a ganar con facilidad. No sólo era más fuerte que yo: también poseía más habilidad que yo para aquellas cosas.

Empero, al fin logré ganarle una vez. Tuve que formular un cuidadoso plan de campaña y en ello me ayudó quizás el hecho de que Ronnie confió excesivamente en su pericia.

Comprendí que si le dejaba acorralarme estaría perdido, ya que me apretaría contra las paredes cuando nos encontráramos. Por otra parte, si me quedaba en el centro de la cabina, su superioridad física y su mayor habilidad me pondría en seguida en situación desfavorable. Por lo tanto era necesario apelar a alguna treta para equilibrar la ventaja.

Pensé mucho en el problema antes de hallarle solución, y luego practiqué bastante en los momentos en que me hallaba a solas, pues necesitaba calcular muy bien todos mis movimientos.

Al fin creí estar listo. Nos hallábamos sentados a una mesa fija a uno de los costados de la cabina del *Estrella Matutina* en lo que generalmente se consideraba como el piso. Ronnie estaba frente a mí y hacía un rato que discutíamos, por lo que

adiviné que se produciría la pelea en cualquier momento. Cuando comenzó a desprenderse el cinturón de seguridad, comprendí que había llegado el momento de emprender vuelo.

Acababa de soltarse cuando le grité:

—¡Ven a atraparme!

Acto seguido me lancé hacia el «techo», que estaba a cinco metros de distancia. Esto era lo que había ensayado muy cuidadosamente. Una vez que hubo calculado mi rumbo, Ronnie se lanzó en mi seguimiento.

Donde no existe la gravedad, una vez que se ha lanzado uno por un curso definido, es imposible detenerse hasta que se golpea contra algo. Ronnie esperaba encontrarse conmigo en el techo; lo que no esperaba era que no llegara yo hasta allí. La verdad es que había tomado la precaución de enganchar un pie en un cordel que de antemano tenía asegurado al piso. No acababa de elevarme más que un par de metros cuando me detuve de pronto, volviendo a mi punto de partida. Ronnie no pudo hacer otra cosa que seguir viaje. Tanto le sorprendió verme volver que rodó sobre sí mismo mientras ascendía para enterarse de lo sucedido, y fué entonces cuando dió contra el techo con bastante fuerza. No se había recobrado de la sorpresa cuando volví a lanzarme hacia lo alto, y esta vez no estaba ya prendido del cordel. Ronnie estaba todavía medio atontado cuando llegué hasta él con la velocidad de un meteoro. No pudo apartarse a tiempo, de modo que le dejé sin aliento del primer golpe, tras de lo cual me resultó fácil retenerlo contra el techo mientras duró la cuenta. Es más, Norman llegó hasta diez antes de que mi contrincante diera señales de vida.

Tal vez no fué aquélla una gran victoria, y varios de los muchachos opinaron que había hecho trampa. No obstante, nada decían las reglas respecto al empleo de aquellas tretas.

Nuestros otros entretenimientos no eran tan bruscos. Jugábamos mucho al ajedrez, con piezas imantadas, pero como no tengo habilidad para ese juego, no solía practicarlo. El único en el que triunfaba a menudo era el de la «natación», no en el agua, por supuesto, sino en el aire.

Era esto tan agotador que no solíamos hacerlo con frecuencia. Se necesitaba un espacio bastante amplio, y los competidores empezaban flotando en hilera, bastante lejos de la pared más próxima. El juego consistía en llegar a la meta impulsándose uno con movimientos de brazos y piernas de manera muy semejante a lo que hacen los nadadores en e agua. No sé por qué, era yo más hábil en esto que los otros, cosa rara, ya que no soy un buen nadador.

Empero, no debo dar la impresión de que pasábamos todo nuestro tiempo en el *Estrella Matutina*. Hay trabajo de sobra para todos en una estación espacial, y quizá sea por esto que el personal aprovecha lo más posible su tiempo libre. Además, y este

detalle curioso no es conocido por todos, teníamos más oportunidades de divertirnos porque necesitábamos muy poco descanso, cosa muy lógica en lugares donde no existe la gravedad. En todo el tiempo que pasé en el espacio, creo que no necesité más de cuatro horas de sueño continuo por día.

Una de mis preocupaciones principales era no perder ninguna de las conferencias del comandante Doyle, aun cuando había otras cosas que deseaba hacer. Tim me advirtió con mucho tacto, diciéndome que haría buena impresión si asistía siempre a ellas..., y, de todos modos, el comandante hablaba muy bien. Puedo asegurar que jamás olvidaré su charla sobre meteoros.

Al recordarla, esto me resulta curioso, ya que pensé que la clase sería muy aburrida. La iniciación fué bastante interesante, pero muy pronto pasó el orador a referirse a estadísticas y tablas demasiado complicadas para mí. Ya sabemos todos que los meteoros son partículas diminutas de materia que viajan por el espacio y se tornan incandescentes a causa de la fricción cuando llegan a la atmósfera terrestre. En su gran mayoría son mucho más pequeños que granos de arena; pero a veces llegan hasta la Tierra algunos que pesan varios kilos, y en ocasiones muy raras caen en el planeta meteoros gigantes, de no menos de mil toneladas, que causan daños considerables.

En los primeros días de la conquista del espacio había muchas personas a las que amedrentaban en extremo los meteoros. No se daban cuenta de lo grande que es el espacio y creían que al salir de la capa protectora de la atmósfera se expondrían a un continuo tiroteo. Actualmente estamos mejor enterados; aunque los meteoros no son un peligro serio, ocasionalmente llegan algunos pequeños que atraviesan las estaciones o las naves, y es necesario tomar las precauciones del caso.

Me distraje por completo mientras el comandante hablaba de huestes enormes de meteoros y cubría el pizarrón con rápidos cálculos en los que demostraba el porcentaje mínimo de materia sólida existente entre los planetas. Me interesé más cuando comenzó a explicar lo que sucedería si llegáramos a recibir el impacto de un meteoro.

—Deben recordar que, debido a su velocidad, los meteoros no se parecen en absoluto a objetos tan lentos como las balas de un arma de fuego que avanzan apenas a mil seiscientos metros por segundo. Si un meteoro pequeño da contra un objeto sólido, aunque sea éste un trozo de papel, se transforma de inmediato en una nube de vapor incandescente. Ésa es una de las razones por las cuales tiene esta estación un casco doble; la capa exterior nos da una protección casi completa contra los meteoros que podrían llegar hasta aquí.

»Pero existe una posibilidad remota de que uno de los grandes atravesase ambas paredes y produzca un orificio de dimensiones regulares. Sin embargo, no hay gran peligro. Naturalmente, comenzaría a escapar el aire; pero todos los compartimientos

que dan al exterior tienen uno de estos discos.

Levantó la mano para mostrar un disco que se asemejaba mucho a la cubierta de una olla y el que estaba provisto de una guarnición de goma. A menudo había visto aquellos discos amarillos adosados a las paredes de la estación, aunque en ningún momento les di mayor importancia.

—Con esto se pueden obstruir agujeros de hasta quince centímetros de diámetro. No hay más que colocarlos contra la pared, cerca del orificio, y hacerlo correr hasta que lo cubra por completo. No intenten nunca ponerlo directamente sobre el agujero. Una vez que está en su lugar, la presión del aire lo mantendrá sujeto allí hasta que pueda efectuarse la reparación necesaria.

Así diciendo, arrojó el disco hacia los alumnos.

—Estúdienlo y vayan pasándolo —dijo—. ¿Quieren hacer alguna pregunta?

Hubiera querido inquirir qué pasaría si el agujero tenía más de quince centímetros de diámetro, pero temí que consideraran la pregunta como una broma de mal gusto. Al mirar a los otros para ver si alguno se disponía a romper el silencio, noté la ausencia de Tim Benton. Era raro que faltara a una de las clases, y me pregunté qué le habría pasado. Tal vez estaba prestando ayuda a algún otro en un trabajo urgente.

No tuve más tiempo para pensar en la ausencia de Tim, pues en ese preciso momento hubo una súbita explosión que nos ensordeció a todos en la reducida cabina. Siguió a ella el aterrador zumbido del aire que escapaba por un agujero que había aparecido como por arte de encanto en una de las paredes.

4. Piratas del espacio

Por un momento, mientras la fuerte corriente de aire nos agitaba las ropas y nos atraía hacia la pared, no pudimos hacer otra cosa que mirar con horror el orificio aparecido en la pared. Ocurrió todo con tal rapidez que no tuve tiempo para sentirme asustado. Nuestra parálisis duró un par de segundos y luego nos movimos todos a la vez. El disco estaba sobre el pupitre de Norman Powell y todos se dirigieron hacia allí. Hubo un momento de caos, tras del cual gritó Norman que le dejaran el paso libre. Después cruzó la cabina de una zancada y la corriente de aire le aprisionó de inmediato, arrojándolo contra la pared. Fascinado le observé mientras se esforzaba por evitar ser apretado contra el agujero y casi en seguida cesó el zumbido aterrador del viento. Norman había logrado deslizar la tapa sobre el orificio.

Por primera vez me volví para ver qué hacía el comandante Doyle durante la crisis. Para mi gran asombro, lo vi sentado todavía en su escritorio y, lo que es más, sonreía plácidamente mientras miraba su cronómetro. Me acudió a la mente una sospecha terrible que casi en seguida se convirtió en certeza. Los otros también lo estaban mirando en medio de un silencio muy poco agradable. Después tosió Norman y palpóse ostentosamente el codo que se golpeará contra la pared, impulsándose luego hacia su pupitre. Al llegar allí, dio rienda suelta a sus sentimientos tomando la banda elástica que sostenía sus papeles sobre el tablero y soltándola con gran fuerza. El comandante continuaba sonriendo.

—Lamento si te hiciste daño, Norman —dijo—. En realidad debo felicitarte por la prontitud con que obraste. Sólo tardaste cinco segundos en llegar al agujero, lo cual no está mal si se considera que todos se te ponían al paso.

—Gracias, señor —replicó Norman con sequedad—. ¿Pero no es un poco peligrosa la broma que nos ha gastado?

—En absoluto. Si es que quieren saber todos los detalles, les diré que al otro lado del agujero hay un caño de ocho centímetros de diámetro dotado de un cierre especial al otro extremo. Tim está allí fuera con su traje espacial, y si no hubiéramos detenido la pérdida en diez segundos, él habría cerrado el caño por el exterior.

—¿Cómo hicieron el agujero? —preguntó uno.

—Por medio de una pequeña carga explosiva —explicó el comandante.

Habíase borrado la sonrisa de sus barbados labios y le vi ponerse serio.

—No lo hice sólo por divertirme. Un día pueden verse en un apuro así, y la prueba que han pasado les servirá de lección práctica. Como han visto, un orificio de ese tamaño puede provocar una corriente de aire terrible y vaciar el aire de una cabina en menos de medio minuto. Pero es fácil de remediar si obran con rapidez y no se dejan dominar por el pánico.

Volvióse entonces hacia Karl Hasse, el que, como era uno de los mejores

estudiantes, sentábase siempre en primera fila.

—Karl, ya me fijé en que fuiste tú el único que no te moviste. ¿Por qué?

Karl le respondió sin vacilar:

—Hice una deducción muy simple. La posibilidad de que nos golpeará un meteoro grande es, como explicó usted, casi inadmisibile. La posibilidad de que ocurriera esto en el momento mismo en que terminaba usted de hablar del asunto me pareció absolutamente fuera de lugar. Por eso comprendí que no había peligro y que estaba usted haciendo algún experimento. Por lo tanto, me quedé aquí sentado, esperando a ver qué pasaba.

Todos lo miramos un poco avergonzados. Supongo que tenía razón, como siempre, y ese detalle no contribuía en mucho a hacerlo popular entre nosotros.

Uno de los acontecimientos más interesantes de la vida en una estación espacial es la llegada del cohete correo de la Tierra. Los grandes navíos interplanetarios llegan y se van; pero no son tan importantes como los diminutos cohetes amarillo brillantes que mantienen al personal de la estación en contacto con sus familias. Los mensajes radiales están muy bien, pero no pueden compararse con las cartas y con los paquetes que llegan de casa.

El correo de la estación hallábase instalado cerca de una de las cámaras de entrada, y por lo general se agolpaban allí casi todos aun antes de que se conectara el tubo al cohete-correo. No bien llegaban los sacos de correspondencia eran abiertos y ordenadas las cartas. Después se dispersaban todos con lo recibido.

El afortunado que recibía un paquete no podía guardárselo mucho tiempo para sí solo. La correspondencia del espacio es muy cara, y en los paquetes solían llegar aquellos lujos que no era posible obtener en la estación.

Me sorprendió descubrir que tenía una buena cantidad de cartas, la mayoría de ellas procedentes de desconocidos. Casi todas provenían de muchachos de mi edad que me habían visto en televisión y deseaban saber cómo era la vida en la Estación Interior. De haber contestado todas, no habría tenido tiempo para nada más. Lo que es peor, no podía darme el lujo de responder, aunque hubiera dispuesto de tiempo para hacerlo, ya que el estampillado me hubiera llevado todo mi dinero disponible.

Pregunté a Tim qué podía hacer al respecto y me respondió :

—Quizá sea un poco cínico, pero creo que casi todos andan a la pesca de timbres del correo espacial. Si te parece que debes contestar, espera hasta que vuelvas a la Tierra. Así te resultará mucho más barato.

Eso es lo que hice, aunque temo que muchos sufrieron una gran decepción.

Recibí también un paquete con algunas golosinas y una carta de mamá en la que me decía que me protegiera del frío. No dije nada respecto a la carta, pero el contenido del paquete me hizo muy popular durante un par de días.

Pocos habrá en la Tierra que no hayan visto en la televisión la serie «Dan

Drummond, Detective del Espacio». Casi todos habrán visto a Dan seguir la pista a los contrabandistas interplanetarios o contemplado sus batallas eternas contra Jarvis el Negro, el más diabólico de los piratas del espacio.

Cuando llegué a la estación, una de mis sorpresas fué la de descubrir lo popular que era Dan Drummond entre el personal. Si estaban libres, y aun estando de servicio, los componentes de la estación jamás dejaban pasar uno de los capítulos de sus aventuras. Claro que todos fingían interesarse sólo por divertirse un poco, mas esto no era verdad. En primer lugar, Dan Drummond no es tan ridículo como los personajes de otras novelas episódicas que se presentan en televisión. En realidad, los detalles técnicos son muy acertados, lo cual indica que los productores reciben consejos de gente experta. Existe la sospecha de que les ayuda con el libreto alguien que reside en la estación espacial, pero hasta ahora no se ha podido comprobar que así sea. Aun el comandante Doyle ha estado bajo sospecha, aunque es muy difícil que nadie se atreva a acusarlo abiertamente.

Todos estábamos muy interesados en el episodio del momento, ya que concernía a una estación espacial situada en la órbita de Venus. El *Reina de la Noche*, nave pirata de Jarvis, se estaba quedando sin combustible, de modo que los piratas proyectaban abordar la estación para llenar de nuevo sus tanques. Si al mismo tiempo podían llevarse un poco de botín y algunos rehenes mejor para ellos. Al finalizar el episodio, la nave pirata se acercaba a la estación y todos nosotros nos preguntábamos qué estaría por suceder.

Jamás ha existido la piratería en el espacio, y como sólo una sociedad propietaria de millones puede darse el lujo de construir navíos siderales y proveerlos de combustible, resulta difícil comprender cómo podía esperar Jarvis hacerse rico en sus empresas. Esto no nos impedía divertirnos con la novela, pero el detalle solía causar discusiones muy acaloradas respecto a las posibilidades del delito en el espacio. Peter van Holberg, que pasaba mucho tiempo leyendo revistas sensacionalistas y contemplando las novelas que se proyectaban en la televisión, estaba seguro de que se podría hacer algo si uno era realmente decidido. Divertíase inventando toda clase de crímenes ingeniosos y preguntándonos de qué manera era posible impedir que se cometieran. Todos opinábamos que había errado su verdadera vocación.

La última aventura de Jarvis el Negro hizo pensar mucho a Peter, quien anduvo un día o dos por todas partes, calculando qué valor podría tener el contenido de la estación para un pirata interplanetario. Llegó a la conclusión de que la suma era impresionante, especialmente si incluía el valor de los fletes. Si Peter no hubiera estado meditando de esta guisa, jamás se hubiera fijado en el extraño comportamiento del *Cygnus*.

Además de los navíos regulares había otros que tocaban la estación dos o tres veces por mes. Por lo general llevaban misiones especiales y a veces efectuaban

expediciones a los planetas exteriores. Cualquiera fuera la ocupación de sus tripulantes, la gente de la estación se enteraba siempre de todo.

Pero nadie sabía mucho respecto al *Cygnus*, salvo que figuraba en el Registro del Lloyd como un fletero de mediano tamaño a punto de ser retirado del servicio, ya que estaba en funcionamiento desde hacía cinco años sin que le hubieran efectuado el menor arreglo o ajuste. Atrajo muy poca atención cuando llegó a la estación y ancló (sí, tal es la expresión que se usa) a unos quince kilómetros. La distancia era mayor que lo acostumbrado; pero esto sólo podía significar que el piloto era demasiado cauto. El caso es que allí se quedó y todas las tentativas de descubrir qué misión llevaba fracasaron por completo. Nos enteramos de que llevaba una tripulación de dos personas, y lo descubrimos sólo porque ambos llegaron hasta la estación en sus trajes espaciales a fin de informar su presencia en las cercanías. No dieron fecha de partida y se negaron a decir de qué se ocupaban, lo cual, si bien era extraño, no tenía nada de ilegal.

Naturalmente, esto dio pábulo a numerosas teorías. Una de ellas era que la nave había sido fletada en secreto por el Príncipe Eduardo, quien desde hacía años deseaba navegar por el espacio. Al parecer, el Parlamento Británico no le permitía hacer el viaje, ya que el heredero del trono era una persona demasiado valiosa para que arriesgara la vida en entretenimientos tan peligrosos. Empero, el príncipe era un joven tan decidido que a nadie le sorprendería que apareciera un día en Marte, luego de haberse disfrazado para anotarse con nombre supuesto en la tripulación de cualquier navío sideral.

Pero Peter sostenía una teoría mucho más siniestra. La llegada de una nave misteriosa ajustaba perfectamente con sus ideas sobre el crimen interplanetario. Si uno quería asaltar una estación espacial —argüía—, ¿de qué otro modo iba a hacerlo?

Nos reíamos de él, señalando que el *Cygnus* no había hecho otra cosa que despertar sospechas en lugar de evitarlas. Además, era una nave pequeña y no podía llevar una tripulación numerosa. Probablemente no tenía a bordo más que los dos hombres que se presentaron en la estación.

Empero, para ese entonces estaba Peter tan entusiasmado con su idea que no quiso escuchar razones, y como nos divertía la situación, le dejamos seguir adelante y hasta le animamos a ello, aunque no lo tomamos en serio. Los dos hombres del *Cygnus* solían acudir a la estación por lo menos una vez al día a fin de retirar la correspondencia de la Tierra y leer diarios y revistas en el salón de lectura. Esto era muy natural si no tenían otra cosa que hacer, pero a Peter le resultó extraordinariamente sospechoso. Según él, aquello probaba que estaban explorando la estación a fin de conocer bien todos los pasajes y cámaras.

—Para guiar a un grupo de abordaje armado de machetes, ¿eh? —comentó alguien en tono sarcástico.

Pero de pronto presentó Peter nuevas pruebas que nos hicieron tomarle más en serio. Había descubierto en el Departamento de Comunicaciones que nuestros huéspedes misteriosos recibían continuos mensajes de la Tierra empleando una banda especial de radio que no usaban los servicios comerciales u oficiales. No era esto ilegal, ya que operaban en una de las bandas libres, pero el detalle resultaba muy raro, y, lo que es más, usaban un código especial para comunicarse.

Peter estaba muy entusiasmado.

—Esto demuestra que están dedicados a algo muy raro —declaró con firmeza—. No se portarían así si estuvieran ocupados en negocios honrados. No diré que se dedican a algo tan anticuado como la piratería. Pero ¿y si fueran contrabandistas de drogas?

—No creo que el número de adictos en las colonias marcianas y venusianas puedan rendirles muchos beneficios —comentó Tim Benton.

—No pensaba que llevaran la mercancía hacia allá —replicó Peter con desdén—. ¿Y si hubieran descubierto una droga en uno de los planetas y la trajeran de contrabando a la Tierra?

—Esa idea la sacaste de una de las últimas aventuras de Dan Drummond —le acusó uno de los muchachos—. Ésa del año pasado que ocurría en las tierras bajas de Venus.

—Sólo hay un medio para averiguarlo —continuó Peter sin ceder—. Voy a echar un vistazo por mi propia cuenta. ¿Quién me acompaña?

No hubo voluntarios. Yo me hubiera ofrecido, pero sabía que no me lo permitirían.

—¿Qué pasa? —preguntó Peter—. ¿Es que todos tienen miedo?

—No tenemos interés —dijo Norman—. Tengo otras ocupaciones mejores para perder mi tiempo.

Para la sorpresa de todos se adelantó Karl Hasse.

—Iré yo —manifestó—. Ya me está hartando todo este asunto, y es la única manera de conseguir que Peter deje de insistir.

El reglamento de seguridad no permitía que Peter hiciera solo un viaje tan largo, de modo que hubiera tenido que renunciar a sus propósitos si Karl no se hubiese ofrecido.

—¿Cuándo piensan ir? —preguntó Tim.

—Ellos vienen todas las tardes a buscar la correspondencia, y cuando estén ambos en la estación esperaremos el siguiente período de eclipse para salir.

Referíase a los cincuenta minutos durante los cuales pasaba la estación por el cono de sombra proyectado por la Tierra. En ese lapso era muy difícil ver objetos pequeños situados a cierta distancia, de modo que habría muy pocas probabilidades de que los descubrieran. También tendrían cierta dificultad en encontrar al *Cygnus*, ya

que la nave reflejaría un porcentaje muy bajo de la luz de las estrellas y sería casi invisible a más de un kilómetro de distancia. Tim Benton les señaló este detalle.

—Pediré un radar portátil al depósito —manifestó Peter—. Joe Evans me lo dará en préstamo.

El radar portátil es un instrumento no mayor que una linterna y se usa para localizar objetos que se alejan de la estación. Tiene un alcance de varios kilómetros para cosas del tamaño de un traje espacial y podían ubicar una nave hasta mucho más lejos. No hay más que moverlo en el espacio, y cuando su rayo da contra algo sólido, se oye una serie de sonidos agudos. Cuanto más se acerca uno al objeto sobre el que da el rayo, tanto más continuos son los sonidos, y con un poco de práctica se pueden calcular las distancias de manera muy acertada.

Tim Benton terminó al fin por dar su consentimiento, imponiendo como condición que Peter se mantuviera todo el tiempo en contacto radial con nosotros y le dijera todo lo que fuera ocurriendo. Así, pues, lo oí todo por el altavoz de uno de los talleres, y me resultó muy fácil imaginar que estaba allí fuera con Peter y Karl, en la oscuridad salpicada de estrellas y con la Tierra sombría allá a lo lejos, mientras la estación iba quedándose atrás muy poco a poco.

Habíanse fijado muy bien en el *Cygnus* mientras reflejaba la luz del sol, esperando luego cinco minutos después que entramos en eclipse para lanzarse luego en la dirección correcta. Tan acertado fué su rumbo que no necesitaron usar el radar; el *Cygnus* apareció ante ellos en el momento preciso y ambos se detuvieron.

—Todo marcha bien —anunció Peter, y noté el entusiasmo en su voz—. No hay señales de vida.

—¿Puedes ver algo por los ojos de buey? —preguntó Tim.

Hubo un momento de silencio interrumpido sólo por la respiración de los dos aventureros y el crujido ocasional de los mandos de los trajes espaciales. Después oímos un golpe sordo y una exclamación de Peter.

—¡Qué descuido! —gruñó Karl—. Si hubiera alguien adentro creerían que es un asteroide.

—No pude evitarlo —protestó Peter—. Toqué sin querer el pedal del cohete.

Después oímos otros ruidos que nos indicaron que andaba por el casco.

—No veo el interior de la cabina —anunció a poco—. Está demasiado oscura. Pero es seguro que no hay nadie. Voy a entrar. ¿Anda todo bien?

—Sí. Los dos sospechosos están jugando al ajedrez en el salón —repuso Tim—. Norman se fijó en el tablero y dice que tienen para rato.

Así diciendo, rió entre dientes. Saltaba a la vista que se estaba divirtiendo con la aventura, la que a mí me resultaba muy interesante.

—Cuidado con las trampas —continuó—. Ningún pirata que se respete dejaría su nave a merced de cualquier invasor. Quizá haya un robot esperando en la cámara de

entrada con una pistola de rayos.

Aun Peter opinó que esto era muy improbable y no vaciló en expresarlo así con bastante sequedad. Oímos otros ruidos vagos mientras avanzaba por el casco hacia la cámara de entrada, y luego hubo una larga pausa mientras examinaba las palancas y perillas. Son iguales en todas las naves, y no hay manera de asegurarlas por fuera, de modo que no esperaba encontrarse con ninguna dificultad.

—Ya se abre —dijo a poco—. Voy a entrar.

Sobrevino otro lapso silencioso. Cuando volvió a hablar Peter, su voz sonó mucho más débil, debido a la interferencia del casco de la nave, pero todavía nos era fácil oírle si levantábamos el volumen.

—La cabina de mandos parece normal —anunció luego con cierto desencanto—. Vamos a echar un vistazo a la carga.

—Es un poco tarde para mencionarlo —dijo Tim—, ¿pero se dan cuenta de que son *ustedes* los que están cometiendo el delito de piratería o algo por el estilo? Supongo que los abogados lo llamarían «violación de una nave privada sin el conocimiento de sus propietarios». ¿Sabe alguien cuál es la pena que se impone en esos casos?

Nadie lo sabía, aunque hubo varias sugerencias alarmantes. Después volvió a llamarnos Peter.

—¡Qué lástima! La escotilla que da a la bodega está cerrada con llave. Tendremos que renunciar; es seguro que se llevaron las llaves consigo.

—Quizá no —oímos que respondía Karl—. La gente suele dejar un juego de llaves extra por si pierden las que llevan encima. Siempre las ocultan en sitios que consideran seguros, pero que es muy fácil encontrar.

—Entonces hazlo, Sherlock. ¿Todavía están allá esos señores?

—Sí. Falta mucho para que terminen la partida. Parecen estar dispuestos a pasarse aquí la tarde.

Para sorpresa de todos, Karl halló las llaves en menos de diez minutos. Estaban ocultas en un nicho pequeño debajo del tablero de instrumentos.

—¡Ya estamos! —gritó Peter con gran alegría.

—¡Por amor de Dios, no vayan a tocar nada! —les advirtió Tim, lamentando ahora haber dado su consentimiento—. Echen un vistazo y vuelvan directamente aquí.

No hubo respuesta; Peter estaba demasiado ocupado con la puerta. Oímos un sonido apagado cuando logró abrirla al fin y el ruido de su entrada. Todavía llevaba puesto su traje espacial, de modo que podía seguir comunicándose con nosotros por radio. Un momento después le oímos chillar:

—¡Karl! ¡Ven a ver esto!

—¿Qué pasa? —inquirió Karl, todavía tan sereno como siempre—. Casi me

revientas los tímpanos.

Contribuímos nosotros con nuestras preguntas y pasó un momento antes de que Tim pudiera imponer un poco de orden.

—¡Dejen de gritar! A ver, Peter, cuéntanos qué has encontrado.

Oí que Peter inspiraba profundamente antes de contestar.

—¡Esta nave está *llena* de armas! —jadeó luego—. ¡De veras! Veo lo menos veinte aseguradas a las paredes, y no se parecen a las que conozco. Tienen caños raros y unos cilindros rojos y verdes fijados a la parte inferior. No sé qué pueden...

—Karl —intervino Tim—, ¿nos están tomando el pelo?

—No —fué la respuesta—. Es la pura verdad. No me gusta decirlo; pero si existen los fusiles de rayos, tienen que ser éstos que estamos mirando.

—¿Qué podemos hacer? —gimió Peter, a quien no parecía agradar la comprobación de sus teorías.

—¡No toquen nada! —ordenó Tim—. Den una descripción detallada de todo lo que ven y regresen de inmediato.

Mas antes de que pudieran obedecer, nos llevamos otra sorpresa peor que la primera, pues de pronto oímos a Karl que exclamaba:

—¿Qué es eso?

Hubo un momento de silencio y después nos llegó la voz de Peter que susurraba:

—Allí fuera hay un navío que está acoplando el tubo a la entrada. ¿Qué hacemos?

—Escapen —susurró Tim, como si no fuera lo mismo hablar en voz alta—. Salgan lo antes posible y vuelvan a la estación por dos rutas diferentes. Habrá diez minutos más de oscuridad; es probable que no les vean.

—Demasiado tarde —contestó Karl, aun sin perder del todo la compostura—. Ya están subiendo a bordo. Acabo de oír abrirse la puerta exterior.

5. Estrellas en el espacio

Por un momento no supimos qué decir. Luego susurró Tim por el micrófono:

—¡No pierdan la calma! Si les dicen que están en contacto radial con nosotros, no se atreverán a hacerles nada.

Esto, en mi opinión, era demasiado optimismo. Empero, podría servir para animar a nuestros compañeros, los que seguramente se sentirían bastante apabullados.

—Voy a tomar uno de esos fusiles —declaró Peter—. No sé cómo funcionan, pero es posible que los asuste. Karl, toma tú uno.

—¡Por favor, tengan cuidado! —les advirtió Tim, lleno de preocupación. Acto seguido volvióse hacia Ronnie, diciéndole—: Llama al comandante y avísale lo que pasa... Y apunta un telescopio hacia el *Cygnus* para ver qué nave es la que se le ha acercado.

Claro que esto debió habérsenos ocurrido antes, pero lo habíamos olvidado debido a la emoción de que éramos presa.

—Ahora están en la cabina de control —anunció Peter—. Ya los veo. No llevan trajes espaciales ni portan armas. Por lo menos tenemos una ventaja.

Sospeché que nuestro amigo se sentía ya un poco mejor y tal vez se creía todo un héroe.

—Voy a salirles al encuentro —dijo de pronto—. Es mejor que esperar aquí, donde nos encontrarán en seguida. Vamos, Karl.

Contuvimos el aliento. No sé qué esperábamos; supongo que cualquier cosa, desde una andanada de disparos hasta el zumbar impresionante de las armas misteriosas que tomaran nuestros amigos. En realidad sucedió lo que menos hubiéramos imaginado.

Oímos la voz calmosa de Peter que preguntaba:

—¿Quiénes son ustedes y qué hacen aquí?

Sobrevino un momento de silencio que pareció eterno y durante ese intervalo imaginé la escena con tanta claridad como si hubiera estado presente; vi a Peter y Karl allí parados con sus armas en alto, y a los intrusos mirándolos sin saber si rendirse o atacar.

De pronto sonó una risita. Se oyeron luego algunas palabras que no alcanzamos a captar y a las que ahogó un estallido de hilaridad. Parecía como si tres o cuatro personas rieran al mismo tiempo a carcajadas.

No pudimos hacer otra cosa que esperar y sufrir hasta que se hubo acallado aquel tumulto. Después nos llegó el sonido de otra voz, divertida y cordial:

—Bueno, muchachos, ya pueden dejar de lado esos artefactos. Con ellos no podrían matar ni a un ratón, a menos que lo golpearan con las culatas. Supongo que vienen de la estación, ¿eh? Si quieren saber quiénes somos, les diremos que

pertenecemos a la Empresa Filmadora Siglo Veintiuno. Yo soy Lee Thomson, ayudante de producción, y esas armas de aspecto tan formidable que empuñan ustedes son las que ideó el departamento de utilería para nuestra nueva película interestelar. Me alegra ver que convencen a alguien; a mí siempre me resultaron ridículas.

La reacción nos hizo estallar en carcajadas, y cuando llegó el comandante tuvo que esperar un buen rato antes de que pudiéramos contarle lo sucedido.

Lo más raro del caso fué que, aunque Peter y Karl habían pasado por tontos, ellos resultaron los beneficiados. Los de la compañía filmadora los saludaron con gran cordialidad y los llevaron a su nave, donde les dieron de comer muchos manjares que no figuraban en el menú de la estación.

Cuando llegamos al fondo del asunto, descubrimos que el misterio tenía una explicación sumamente sencilla. Los de la Siglo Veintiuno pensaban filmar una película épica, la primera con un argumento interestelar, y sería la primera cuyas tomas se efectuarían exclusivamente en el espacio y sin apelar a las triquiñuelas empleadas en todos los estudios.

Todo esto explicaba el secreto que guardaban. No bien se enteraran las otras empresas, todas ellas tratarían de imitarlos. La Siglo Veintiuno deseaba obtener la mayor ventaja posible. Ya habían embarcado una carga de elementos para aguardar la llegada de la nave principal con sus cámaras y el resto del equipo. Además de los «fusiles de rayos» que hallaran nuestros dos amigos, los cajones de la bodega contenían algunos extraños trajes espaciales dotados de cuatro piernas para seres que se suponía habitaran los planetas de la constelación Alfa del Centauro. La empresa quería hacer las cosas en debida forma, y nos enteramos de que ya había otro equipo trabajando en la Luna.

La filmación no se iniciaría hasta dos días más tarde, cuando llegaran los actores en un tercer navío. Hubo gran entusiasmo ante la noticia de que la estrella era nada menos que Linda Lorelli, aunque nos preguntamos todos si podría apreciarse su belleza dentro de un traje espacial. En el principal papel masculino figuraría Tex Duncan, uno de los actores más recios del momento. Ésta fué una gran noticia para Norman Powell, quien admiraba mucho a Tex y tenía una de sus fotos en su armario.

Todos estos preparativos a tan corta distancia nos resultaron muy absorbentes, y cuando terminaban las horas de servicio, el personal de la estación poníase sus trajes espaciales y cruzaba a ver cómo trabajaban los técnicos de la empresa filmadora. Éstos habían descargado ya sus cámaras, las que fijaron a cohetes pequeños a fin de poderlas trasladar de un lado a otro. En cuanto a la segunda nave espacial, la estaban disfrazando con el agregado de cúpulas, torrecillas y cañones de utilería para darle el aspecto de una nave de guerra de otro sistema solar. Puedo asegurar que su apariencia era impresionante.

Estábamos escuchando una de las clases del comandante cuando llegaron las estrellas a la estación. El primero en entrar fué Doyle, a quien seguían su ayudante y Linda Lorelli, quien sonreía con muy poco entusiasmo y parecía sentirse muy confundida con la falta de gravedad. Al recordar mis primeras experiencias, no pude menos que compadecerla. A la joven acompañaba una mujer madura que parecía sentirse perfectamente a sus anchas en aquellas condiciones y que dio a Linda un ligero empujón cuando la vio a punto de quedarse donde estaba.

Detrás de ellos apareció Tex Duncan, quien trataba de arreglárselas solo sin conseguir manejarse muy bien. Era mucho mayor de lo que parecía en sus películas y probablemente contaba unos treinta y cinco años de edad. Lancé una mirada a Norman, preguntándome cómo reaccionaría ante la presencia de su héroe. La verdad es que daba la impresión de sentirse algo desencantado.

Al parecer, todos habíanse enterado de la aventura de Peter y Karl, pues saludaron a ambos con gran cordialidad y le presentaron a la estrella. La señorita Lorelli hizo algunas preguntas sobre su trabajo, se estremeció al ver las ecuaciones escritas por el comandante en el pizarrón e invitó a todos a tomar el té en el *Orson Welles*, la nave más grande de la empresa. Tuve la impresión de que era mucho más simpática que Tex, quien parecía aburrido con aquella visita.

Después de esto olvidamos por completo al *Estrella Matutina*, especialmente cuando descubrimos que podíamos ganar un poco de dinero ayudando con la filmación. El hecho de que estuviéramos acostumbrados a la carencia de peso nos sirvió de mucho, pues aunque la mayoría de los técnicos de la compañía habían estado antes en el espacio, no se desempeñaban muy bien en aquellas condiciones y, por consiguiente, movíanse con demasiada lentitud. Nosotros podíamos hacer las cosas con mayor eficiencia una vez que nos decían lo que debíamos hacer.

Gran parte de la película se filmaba en escenarios especiales dentro del *Orson Welles*, al que habían preparado como una especie de estudio del espacio. Todas las escenas que se suponían ocurrieran dentro de una nave del espacio eran filmadas allí contra fondos apropiados de maquinarias, tableros de instrumentos y cosas similares. Empero, las secuencias realmente interesantes eran las que debían filmarse en el espacio.

Había un episodio en el cual Tex Duncan tendría que salvar a la señorita Lorelli de perderse en el espacio hacia el camino de un planeta que se acercaba. Todos esperábamos esto con gran interés, pues la Siglo Veintiuno ufanábase de que Tex jamás se dejaba suplantar y llevaba a cabo todas las hazañas que aparecían en sus películas. Supusimos que valdría la pena verlo, y resultó que así fué.

Llevaba yo ya dos semanas en la estación y me consideraba todo un experto en aquellas cosas. Parecíame perfectamente natural carecer de peso, y casi había olvidado el significado de las palabras «arriba» y «abajo». No era ya para mí una

novedad succionar líquidos por medio de un tubito en lugar de beberlos en tazas o vasos.

Creo que había una sola cosa que realmente echaba de menos. En la estación era imposible tomar un baño como lo hace uno en la Tierra. Me gusta mucho meterme en una bañera llena de agua caliente y quedarme en ella hasta que vienen a llamar a la puerta para preguntar si me he dormido. En la estación sólo era posible tomar duchas, y para ello teníamos que meternos dentro de un cilindro de tela que asegurábamos a nuestro cuello a fin de impedir que escapara el agua. Cualquier volumen grande de líquido formaba un gran globo que iba flotando basta dar contra una pared. Al ocurrir esto se rompía el líquido en gotas menores que flotaban por su cuenta molestando a todos.

En la Estación Residencial, donde existía la gravedad, tenían baños y hasta pequeñas piscinas de natación, lo cual resultaba muy tentador.

El resto del personal, así como los aprendices, habían llegado a aceptarme y a veces me permitían ayudar en ciertos trabajos. Por mi parte, aprendí todo lo que pude sin molestar a la gente haciendo demasiadas preguntas, y ya había llenado cuatro libretas voluminosas con informes y dibujos. Cuando regresara a la Tierra podría escribir un libro respecto a la estación si deseaba hacerlo.

Mientras me mantuviera en contacto con Tim Benton o el comandante, me permitían andar por donde quisiera. El lugar que más me fascinaba era el observatorio, donde tenían un telescopio muy poderoso con el que podía entretenerme cuando no lo usaban otros.

Jamás me cansaba de mirar a la Tierra que pasaba allá abajo. Por lo general había pocas nubes y me era posible observar claramente los países por sobre los que viajábamos. Debido a nuestra velocidad, el terreno de abajo pasaba debajo de nosotros a ocho kilómetros por segundo; pero como nos hallábamos a ochocientos kilómetros de altura, si el aparato de relojería del telescopio funcionaba correctamente, podía mantenerse cualquier objeto en el campo visual durante largo tiempo antes de que se perdiera en la bruma del horizonte. En la montura del instrumento había un aparato automático que permitía efectuar estas observaciones. Una vez que se apuntaba a algo, el telescopio se movía con la velocidad correcta para que no cambiara el campo de mira.

De tal modo, me era posible observar en cada cien minutos una franja que se extendía hacia el norte hasta Japón, el Golfo de México y el Mar Rojo. Hacia el sur podía ver hasta Río de Janeiro, Madagascar y Australia. Era aquélla una manera maravillosa de aprender geografía, aunque debido a la curvatura de la Tierra, los países más distantes veíanse algo desfigurados y resultaba difícil compararlos a lo que representaban los mapas ordinarios.

Situada como estaba sobre el Ecuador, la órbita de la estación pasaba

directamente sobre dos de los ríos más grandes del mundo: el Congo y el Amazonas. Con mi telescopio me era fácil ver las selvas y no tenía la menor dificultad en avistar árboles individuales o los animales más grandes. La gran Reserva Africana era un lugar magnífico para observar, pues en ella podía hallar cualquier animal que me interesara.

También pasaba mucho tiempo mirando hacia el lado opuesto a la Tierra. Aunque virtualmente no me hallaba más cerca de la Luna y los planetas que cuando estaba en la Tierra, fuera de la atmósfera me era posible verlo todo con mucha mayor claridad. Las grandes montañas de la Luna parecían tan cercanas que daba la impresión de que se podía tender la mano y tocar aquellas crestas de contornos tan abruptos. En la zona nocturna de la Luna podía ver algunas de las colonias lunares que brillaban como estrellas en el firmamento. Pero el espectáculo más maravilloso era el despegue de los navíos siderales. Cuando se me presentaba la oportunidad de hacerlo, escuchaba la radio y tomaba nota de las horas de partida. Después me iba al telescopio y, luego de apuntarlo hacia el lugar indicado, me ponía a esperar.

Al principio no veía otra cosa que un círculo negro. De pronto aparecía una chispa diminuta que se iba tornando cada vez más brillante. Al mismo tiempo comenzaba a expandirse al elevarse el cohete e iluminar su escape un área cada vez mayor del paisaje lunar. En aquel sector blanco azulado me era posible ver las montañas y llanos que relucían tanto como a la luz del sol. Al ascender el cohete, el círculo de luz íbase agrandando y debilitándose hasta que al fin era ya demasiado tenue para seguir revelando detalles de la superficie lunar. La nave que ascendía convertíase entonces en una diminuta estrella brillante que avanzaba con gran velocidad sobre la cara oscura del satélite. Unos minutos más tarde se apagaba casi tan repentinamente como había nacido. La nave acababa de escapar de la Luna y estaba ya a salvo en su ruta; treinta o cuarenta horas más tarde entraría en la órbita de la estación, tras de lo cual vería yo a sus tripulantes que subían a bordo del satélite artificial con toda tranquilidad, como si hubieran hecho un viaje en helicóptero de una ciudad a otra.

Creo que en el lapso que pasé en la Estación Interior escribí más cartas de las que escribo durante un año en mi casa. Todas eran muy breves y finalizaban de esta guisa: «P. D.: Por favor devuélvame el sobre para mi colección». Así me aseguré que tendría un juego de estampillas espaciales que provocarían la envidia de todos mis amigos. Dejé de hacerlo al quedarme sin dinero, y es muy probable que muchos parientes lejanos se sorprendieran mucho al tener noticias mías durante aquel intervalo.

También me presté a una entrevista por televisión, estando mi interlocutor en la Tierra. Al parecer, mi viaje a la estación había despertado gran interés, y todos querían saber lo que hacía en ella. Contesté que lo pasaba muy bien y que no deseaba regresar todavía. Aun me faltaban ver muchas cosas, entre ellas el trabajo de los que

filmaban una película allí cerca.

Mientras los técnicos de la Siglo Veintiuno hacían sus preparativos, Tex Duncan había estado aprendiendo a manejar su traje espacial. Uno de los ingenieros tenía la obligación de enseñarle, y nos enteramos de que no le resultaba muy inteligente el alumno. Duncan estaba seguro de saberlo todo, y porque podía gobernar un cohete, creía que el manejo del traje espacial era cosa fácil.

Estuve presente el día que empezaron las tomas en el espacio. El grupo estaba filmando a unos ochenta kilómetros de la estación, y nosotros habíamos ido hasta allí en el *Alondra*, nuestro yate privado.

La empresa había tenido que alejarse así por una razón muy lógica. Se habría creído que, como se tomaron tantas molestias y efectuaron tantos gastos en llevar sus actores y equipo al espacio, no tendrían más que iniciar la filmación lo antes posible. Pero muy pronto descubrieron que no podían hacerse así las cosas. En primer lugar, la luz no les favorecía en absoluto. Más arriba de la atmósfera, cuando se está expuesto a la luz directa del sol, es lo mismo que cuando lo ilumina a uno un solo reflector de gran intensidad. La parte de cualquier objeto que mira hacia el astro está brillantemente iluminada, mientras que la parte opuesta queda sumida en las sombras más densas. De ahí que, cuando mira uno a un objeto situado en el espacio, lo único que ve es una parte del mismo, de modo que hay que esperar hasta que haya dado una vuelta completa antes de hacerse una idea exacta de su totalidad.

Con el tiempo llega uno a acostumbrarse a este estado de cosas: pero la Siglo Veintiuno sospechó que el detalle podía chocar al público de la Tierra. Por esta razón decidieron obtener una iluminación adicional para llenar las sombras. Al principio hasta tuvieron la idea de sacar reflectores extra y situarlos en el espacio alrededor de los actores, pero era tal la potencia lumínica necesaria para competir con el Sol que al fin abandonaron este plan. Después se le ocurrió a alguien que podían usar espejos. También habrían desechado esta idea si otra persona no hubiera recordado entonces que el espejo más grande del sistema flotaba en el espacio a pocos kilómetros de allí.

Hacía ya más de treinta años que no se usaba la antigua estación de almacenamiento de rayos solares, pero su gigantesco reflector estaba en tan buenas condiciones como en sus mejores tiempos. Habíanlo construido en los primeros días de la astronáutica para absorber parte de la energía emanada del sol y aprovecharla para impulsar motores eléctricos. El reflector principal era un enorme cuenco de casi noventa metros de diámetro que tenía la forma de un reflector. La luz del sol que daba sobre él se concentraba en unos espirales situados en su punto central, donde convertía en vapor el agua contenida en sus depósitos y hacía mover turbinas y generadores.

El espejo en sí era una estructura frágil formada por vigas curvadas que sostenían delgadísimas hojas de sodio metálico. Habíase empleado este material porque era

muy liviano y formaba un buen reflector. Sus mil facetas almacenaban la luz del sol y la proyectaban sobre un solo sitio, donde habían estado situadas las espirales de calentamiento cuando funcionaba la estación solar. Empero, largo tiempo atrás habían retirado los generadores, quedando sólo el espejo que flotaba en el espacio. Nadie tuvo inconveniente en que lo empleara la Siglo Veintiuno si así lo deseaba la empresa, Pidieron permiso, se les cobró una renta nominal y se les dijo que lo usaran.

Lo que ocurrió entonces fué una de esas cosas que parecen obvias después que han pasado, pero que no previene nadie de antemano. Cuando llegamos allí, ya estaban en su sitio los fotógrafos, a unos ciento cincuenta metros del gran espejo y a cierta distancia de la línea entre el mismo y el Sol. Cualquier objeto situado en esa línea quedaba iluminado por el Sol por una parte y por la otra por la luz que enfocaba en el espejo y se esparcía al reflejarse. Lamento que esto parezca algo complicado, pero es importante que el lector comprenda bien la situación.

El *Orson Welles* flotaba detrás de los fotógrafos, quienes se hallaban ocupados en mover un muñeco de un lado a otro para estudiar los mejores ángulos de toma. Cuando estuvieran satisfechos, retirarían el muñeco para que Tex Duncan ocupara su lugar. Por desgracia, debido a nuestro veloz movimiento orbital, la Tierra entraba en sombra y volvía a iluminarse con tal rapidez que sólo era posible filmar durante diez minutos por hora.

Mientras se estaban efectuando estos preparativos, nos fuimos a la cabina de mandos de la estación solar. Era ésta un gran cilindro atmosférico situado al borde del espejo y dotado de ventanas que permitían ver en todas direcciones. Nuestros técnicos habíanlo puesto en condiciones de habitar y funcionaba ya allí el sistema de aire acondicionado. Además, los expertos habíanse ocupado de volver el espejo de manera que mirara de nuevo hacia el Sol, lo cual se hizo colocando algunos cohetes al borde y disparándolos durante unos segundos en un momento ya calculado.

Nos sorprendimos un poco al ver al comandante Doyle en la cabina. Por su parte, él pareció algo turbado ante nuestra presencia, más no hizo comentario alguno.

Mientras esperábamos el desarrollo de los acontecimientos, nos explicó cómo había funcionado la estación y por qué se abandonó la misma al idearse generadores atómicos baratos y menos difíciles de maniobrar. De vez en cuando miraba yo por una de las ventanas para ver lo que hacían los fotógrafos. Teníamos nuestras radios sintonizadas en el mismo circuito y oíamos perfectamente las continuas órdenes del director. Seguramente deseaba estar de regreso en su estudio de la Tierra, y debía maldecir a quien se le ocurrió la alocada idea de filmar una película en el espacio.

El gran espejo cóncavo presentaba un espectáculo realmente impresionante visto desde el borde. Le faltaban algunas de sus facetas y pude ver las estrellas que brillaban por los huecos; pero, aparte de esto, estaba intacto y, por supuesto, tan reluciente como cuando lo construyeron. Tuve la impresión de ser una mosca que se

arrastrara por el borde de un platillo de metal. Aunque todo el cuenco estaba bañado por la luz solar, parecía oscuro visto desde donde nos hallábamos. Toda la luz que llegaba al espejo reconcentrÁbase en un punto situado a unos sesenta metros de distancia. Aun había algunas vigas de soporte que se extendían hacia el punto del foco, donde estuvieran otrora los espirales de calentamiento. Actualmente terminaban esas vigas en el espacio vacío.

Al fin llegó el gran momento. Vimos abrirse la puerta del *Orson Welles* y salir Tex Duncan por ella. El actor había aprendido a manejar bastante bien su traje espacial, aunque estaba yo seguro de haberme ingeniado mejor si hubiera tenido tanta práctica como él.

Retiraron el muñeco, el director comenzó a dar instrucciones y las cámaras siguieron los movimientos de Tex. Éste tenía poco que hacer durante la toma, salvo efectuar algunas maniobras sencillas. Entendí que se lo suponía perdido en el espacio luego de la destrucción de su nave y ahora trataba de localizar a otros sobrevivientes. Es innecesario decir que la señorita Lorelli se contaría entre ellos, aunque aún no había aparecido en la escena.

Continuó el trabajo de las cámaras hasta que la Tierra presentóse en cuarto creciente y se tornó familiar la forma de los continentes. Ya entonces no había motivo para continuar, pues el detalle arruinaría la filmación. SuponÍase que la aventura se desarrollaba cerca de uno de los planetas de Alfa del Centauro, y sería ridículo que el público reconociera Nueva Guinea, India o el Golfo de México.

No quedaba otro remedio que esperar treinta minutos más, hasta que la Tierra entrara de nuevo en cuarto menguante y su geografía quedara oculta por la bruma o las nubes. Oímos al director ordenar a los fotógrafos que suspendieran el trabajo y todos se dispusieron a descansar. Tex anunció por la radio:

—Voy a encender un cigarrillo; siempre quise fumar dentro de un traje espacial.

Alguien que estaba a mis espaldas masculló:

—Otra vez fanfarroneando. Si se marea se lo habrá ganado.

Siguieron unas instrucciones más a los fotógrafos y luego oímos de nuevo a Tex:

—¿Veinte minutos más? No pienso quedarme aquí todo ese tiempo. Me voy a echar un vistazo a ese espejo tan grande.

—Piensa venir aquí —comentó Tim Benton con disgusto.

—Muy bien —replicó el director—. Pero no deje de volver a tiempo.

Estaba yo observando por uno de los ojos de buey y vi el escape del cohete del actor que partía hacia nosotros.

—Lleva mucha velocidad —comentó alguien—. Espero que pueda detenerse a tiempo. No estaría bien que hiciera otro agujero en nuestro espejo.

Después sucedió todo a la vez. Oí que el comandante Doyle gritaba a voz en cuello:

—¡Digan a ese idiota que se detenga! ¡Tiene que frenar! ¡Va hacia el foco..., y arderá en un segundo!

Pasó un momento antes de que comprendiera lo que quería decir. Después recordé que toda la luz y el calor absorbido por el gigantesco espejo se volcaba en aquel sector del espacio hacia el cual iba Tex. Alguien me había dicho que la temperatura era espantosa y se reconcentraba en un rayo de apenas un metro de diámetro. Empero, no había nada que apareciera a la vista ni era posible adivinar el peligro hasta que fuera ya demasiado tarde. Más allá del punto focal volvía a expandirse el rayo para tornarse inofensivo por completo. Pero en el punto donde estuvieran las espirales de calentamiento, en aquella abertura vacía entre las vigas, el calor era capaz de fundir cualquier metal en cuestión de segundos..., ¡y Tex iba directamente hacia allí! Si llegaba al lugar, no duraría más que una mariposa alcanzada por la llama de una soldadora de acetileno.

6. Hospital en el espacio

Alguien gritaba continuamente por la radio, tratando de advertir al actor. Aunque el aviso llegara a tiempo, me pregunté si Tex tendría suficiente sentido común para obrar como debía. Lo más probable era que se dejara dominar por el pánico y girara sin gobierno y sin alterar su curso.

El comandante debió haberse dado cuenta de esto, pues gritó de pronto:

—¡Agárrense todos! ¡Voy a torcer el espejo! Me tomé de la agarradera más próxima, mientras que el comandante daba un envión con sus poderosos brazos para lanzarse a través de la cabina hacia el tablero de instrumentos instalado temporariamente junto a la ventana de observación. Lanzó una mirada al inoportuno viajero que se acercaba e hizo un rápido cálculo mental. Un momento después volaron sus dedos sobre las palancas que gobernaban el disparo de los cohetes.

A noventa metros de distancia, sobre el lado opuesto del espejo, vi las llamaradas de los escapes. A nuestro alrededor tembló todo el armazón que no estaba diseñado para moverse de manera tan súbita. Así y todo, pareció girar con extrema lentitud, no obstante lo cual noté que el Sol se movía hacia un lado. Ya no apuntábamos directamente hacia el astro rey, y el invisible cono de fuego procedente del espejo se expandía inofensivamente en el espacio. Jamás supimos a qué distancia del mismo pasó el actor; pero después nos dijo que sintió una fugaz explosión de luz cegadora que le pasaba rozando y le dejó atontado durante unos segundos.

Los cohetes de gobierno ardieron por completo y lancé un suspiro de alivio al soltar la agarradera. Aunque había sido leve la aceleración, era más de la que podía soportar el espejo, de modo que se soltaron algunas de las superficies reflectoras que ahora vimos girar con lentitud por el espacio. Lo mismo ocurría con toda la estación solar; se necesitarían varias maniobras cuidadosas para detener el movimiento de rotación que le había dado el comandante. El Sol, la Tierra y las estrellas giraban con lentitud a nuestro alrededor, y tuve que cerrar los ojos antes de poder orientarme nuevamente.

Cuando volví a abrirlos, el comandante hablaba por radio con el *Orson Welles*, explicando lo que había sucedido y aclarando sin ambages alguno lo que pensaba del señor Tex Duncan. Así terminó el trabajo de ese día, y pasó bastante tiempo antes de que volviéramos a ver al actor.

Poco después de este episodio se alejaron nuestros visitantes, internándose más en el espacio. El hecho de que estuviéramos en la oscuridad la mitad del tiempo, mientras pasábamos por el cono de sombra de la Tierra era un inconveniente grande para su trabajo. Aparentemente, no habían tenido en cuenta este detalle, y cuando volvimos a oír de ellos, se hallaban a unos quince mil kilómetros de distancia de la Tierra en una órbita levemente oblicua que los mantenía constantemente a la luz del

sol.

Lamentamos que se alejaron, pues nos habían brindado un entretenimiento inesperado y todos estábamos ansiosos por ver en acción los famosos fusiles de rayos. Para sorpresa de todos, el grupo entero regresó eventualmente a la Tierra sin la menor novedad. Eso sí, todavía estamos esperando que estrenen la película.

Con ello terminó para Norman la adoración hacia su héroe. La foto de Tex desapareció de su armario y no volvimos a verla.

En mis andanzas había visitado ya casi todos los sectores de la estación en los que se permitía la entrada. El territorio prohibido incluía la planta de fuerza motriz —que era radiactiva, de modo que nadie podía entrar en ella—, los depósitos, vigilados por un fiero cuartelmaestre, y la cabina de mandos principal. Tenía muchos deseos de visitar este último lugar, pues era el «cerebro» de la estación y desde allí se mantenía contacto radial con todas las naves que se hallaban en aquella parte del espacio, así como con la Tierra. Hasta que consideraran todos que no sería una molestia, habría muy pocas posibilidades de que me dejaran entrar. Pero yo estaba decidido a hacerlo algún día, y al fin se me presentó la oportunidad deseada.

Una de las tareas de los aprendices menores era la de llevar café y algún sandwich al oficial de servicio a cierta hora de su guardia. Esto ocurría siempre que la estación cruzaba el Meridiano de Greenwich. Como tardábamos cien minutos exactos en dar una vuelta completa alrededor de la Tierra, todo se basaba en este intervalo, y nuestros relojes estaban arreglados para marcar la hora local en este momento. Al cabo de un tiempo se acostumbraba uno a calcular el tiempo mirando simplemente a la Tierra y viendo el continente sobre el que cruzábamos.

El café, como todos los líquidos, se llevaba en recipientes cerrados y había que beberlos sorbiéndolos por un tubito de plástico, ya que, no existiendo la gravedad, no era posible verterlos. Se llevaban a la cabina en un armazón con agujeros pequeños en los que se alojaban los recipientes, y su llegada era muy bien recibida por el personal de guardia, salvo cuando estaban ocupados en alguna emergencia y no podían prestar atención a nada que no fuera su trabajo.

Necesité apelar a toda mi persuasión antes de conseguir que Tim Benton me eligiera para aquella tarea. Le hice ver que así dejaba libres a otros muchachos para que atendieran ocupaciones más importantes, a lo cual replicó que eran muy pocas las cosas que les gustaba hacer. No obstante, al fin cedió a mis ruegos.

De acuerdo con las instrucciones recibidas, me detuve frente a la puerta de la cabina de mandos en el momento en que la estación pasaba sobre el Golfo de Guinea e hice sonar la campanilla que llevaba.

—¡Adelante! —gritó desde adentro el oficial de guardia.

Pasé con mi bandeja y me puse a repartir los alimentos y las bebidas. El último recipiente llegó a su consumidor cuando estábamos pasando por sobre la costa

africana.

Deben haber sabido que iría yo, pues nadie se sorprendió al verme. Como debía quedarme a llevar los recipientes vacíos, tuve oportunidad de sobra para estudiar la cabina. La misma estaba escrupulosamente limpia, tenía techo abovedado y un amplio panel de cristal que la rodeaba por completo. Además del oficial de guardia y su ayudante, se hallaban allí varios operadores de radio y otros hombres que atendían aparatos que no reconocí. Por todas partes había perillas y pantallas de televisión; vi también luces que se encendían y apagaban continuamente; sin embargo reinaba el silencio en el recinto. Los hombres sentados a sus escritorios tenían auriculares sujetos a las orejas y micrófonos de garganta, de modo que podían hablar sin molestar a los otros. Me resultó fascinante ver trabajar a aquellos expertos en sus respectivas tareas, dirigiendo naves que estaban a miles de kilómetros de distancia, hablando con otras estaciones espaciales y atendiendo los numerosos instrumentos de los que dependían nuestras vidas.

El oficial de guardia estaba sentado en un amplio escritorio sobre el que brillaban numerosas luces de colores. Bajo la cubierta de cristal del mismo veíase una representación de la Tierra, la órbita de otras estaciones y la ruta seguida por las naves siderales en nuestro sector del espacio. De vez en cuando decía algo en voz baja, moviendo apenas los labios, y me daba cuenta yo de que su orden contenía el avance de algún navío que se aproximaba o indicábale que podía tomar contacto con la estación.

No me atreví a quedarme allí una vez que hube cumplido mi labor; pero el día siguiente se me presentó otra oportunidad, y como no había mucho trabajo, uno de los ayudantes tuvo la gentileza de mostrarme las maravillas del lugar... Me permitió escuchar algunas de las conversaciones radiales y me explicó el funcionamiento del gran panel de cristal. Sin embargo, lo que más me impresionó fué el reluciente cilindro de metal cubierto de perillas y luces de colores que ocupaba el centro de la cabina.

—Éste es CAO V —me dijo mi guía en tono de orgullo.

—¿Cómo? —inquirí.

—Son las iniciales de Computador Automático de Órbitas de Viaje.

Acto seguido se volvió hacia el operador.

—¿En qué lo tienes ahora? —preguntó.

El otro dio una respuesta que consistía principalmente de fórmulas matemáticas, aunque alcancé a captar la palabra «Venus».

—Bien. Supongamos que quisiéramos partir hacia Venus dentro de cuatro horas —dijo mi guía, y se puso a tocar las perillas del impresionante aparato.

Esperé que CAO V comenzara a zumbiar y gruñir, mas lo único que sucedió fué que unas cuantas de sus luces cambiaron de color. Luego, pasados unos diez

segundos, oí dos campanillazos suaves y por una ranura vi salir una cinta de papel cubierta de cifras impresas.

—Aquí tienes todo lo que se necesita saber. Dirección en que se debe apuntar la nave, elementos orbitales, tiempo de viaje y hora en que ha de comenzarse a frenar. ¡Lo único que te hace falta es un navío sideral!

Me pregunté cuántos centenares de cálculos habría hecho el cerebro electrónico en aquellos breves segundos. Sin duda alguna, el viajar por el espacio era algo muy complicado, tanto así que a veces me deprimía pensar en ello. Al ocurrírseme esta idea recordé que aquellos hombres no parecían ser mucho más inteligentes que yo; la única diferencia que había era que poseían muchos más conocimientos. Si uno trabajaba duro y estudiaba mucho, podría aprender tanto como ellos.

Mi estada en la Estación Interior se acercaba ya a su fin, aunque no de la manera que era de esperar. Habíame acostumbrado a la rutina tranquila de aquella vida, respecto a la cual me explicaron que allí arriba no ocurría nunca nada, y que si deseaba emociones debería haberme quedado en la Tierra. Esto me resultó un tanto decepcionante, pues abrigaba la esperanza de que sucediera algo fuera de lo común mientras me hallaba yo allí, aunque no podría imaginar qué podría pasar. Empero, resultó que muy pronto se cumplieron mis deseos.

Pero antes de tocar el punto, veo que tendré que decir algo respecto a las otras estaciones espaciales, las que no he mencionado hasta el momento.

La nuestra, situada sólo a ochocientos kilómetros de altura, era la más próxima a la Tierra; pero había otras que cumplían funciones igualmente importantes y estaban a distancias mucho mayores. Cuanto más lejos se hallaban, tanto más tiempo tardaban en completar su rotación alrededor del planeta. Nuestro «día» duraba sólo cien minutos; pero las estaciones más alejadas de todas tardaban veinticuatro horas en circundar su órbita, dando así los curiosos resultados que mencionaré más tarde.

Tal como he explicado, el propósito a que estaba destinada la Estación Interior era el de servir de punto de abastecimiento y empalme para los navíos del espacio que llegaban y salían. Para este fin era necesario que estuviera lo más cerca posible de la Tierra. Más abajo de los ochocientos kilómetros hubiera sido poco práctico, ya que los últimos restos de aire de la atmósfera habrían quitado a la estación parte de su velocidad y terminado por provocar su caída final.

Por otra parte, las estaciones meteorológicas debían estar situadas lo bastante lejos como para que desde ellas se pudiera ver la mayor parte posible del planeta. Había dos de ellas a diez mil kilómetros de altura, y ambas daban la vuelta al mundo en seis horas y media. A semejanza de la nuestra, viajaban sobre el Ecuador. Por este motivo, aunque podían ver mucho más hacia el norte y el sur, las regiones polares presentábanse para ellas muy distorsionadas o fuera del radio visual. Por esto existía la Estación Meteorológica Polar, la que, a diferencia de todas las otras, recorría una

órbita que pasaba sobre los polos. Estas tres estaciones podían así observar el tiempo constantemente en todo el planeta.

También se llevaban a cabo en ellas cuidadosas observaciones astronómicas. Habíanse construido grandes telescopios que flotaban en una órbita libre en la que su peso no sería obstáculo alguno.

Más allá de las Estaciones Meteorológicas, a veinticinco mil kilómetros de altura, se hallaban los laboratorios biológicos y el famoso Hospital del Espacio. En ellos se efectuaban investigaciones sobre los efectos de la gravedad cero y podía tratarse allí muchas enfermedades que eran incurables en la Tierra. Por ejemplo, el corazón no necesitaba esforzarse tanto para gobernar la circulación de la sangre, de modo que descansaba de una manera imposible de lograr en la Tierra.

Finalmente, a treinta y cinco mil kilómetros de altura, estaban las grandes Estaciones Electrónicas, las que tardaban un día exacto en dar una vuelta completa a su órbita. Por consiguiente, parecían estar siempre fijas sobre los mismos puntos del planeta. Unidas por ondas radiales, proveían servicios de televisión a toda la Tierra, así como también radio y teléfono.

Una estación que servía a las Américas, estaba en la latitud 90° Oeste. Otra, en 30° Este, cubría Europa y África. La tercera, en 150° Este, servía toda el área del Pacífico. No había lugar alguno de la Tierra donde no se pudiera sintonizar una u otra de estas emisoras. Y una vez que dirigía uno su antena correctamente, no volvía a presentarse la necesidad de cambiarla de nuevo. El sol, la Luna y los planetas podían elevarse y ponerse, pero las tres Estaciones Electrónicas jamás se movían de sus posiciones en el cielo.

Las diversas órbitas estaban unidas por un servicio especial de cohetes pequeños que efectuaban viajes a intervalos poco frecuentes. En total había poco tráfico entre ellas, ya que la mayor parte de sus negocios se hacían directamente con la Tierra. Al principio abrigué la esperanza de visitar algunos de nuestros vecinos, pero no tardé en comprender que esto sería imposible. Estaba destinado a regresar a casa al cabo de la semana y en ese lapso no había espacio disponible en ninguno de los transportes. Aunque lo hubiera habido, se me señaló que existían cargas mucho más valiosas para transportar.

Me hallaba en el *Estrella Matutina*, observando a Ronnie Jordan dar los últimos toques a un hermoso modelito de nave espacial, cuando llamaron por radio. Era Tim Benton, de servicio en la estación, y parecía muy alterado.

—¿Eres tú, Ron? ¿Alguien más allí? ¿Sólo tú? Bueno, no importa; escucha esto que es muy importante.

—Habla —contestó Ron.

Ambos nos sentimos muy sorprendidos, pues era la primera vez que Tim perdía su calma proverbial.

—Tenemos que usar el *Estrella Matutina*. He prometido al comandante que estará lista en tres horas.

—¿Qué? —exclamó Ronnie—. ¡No lo creo!

—No hay tiempo para discutir; ya te lo explicaré después. Los otros irán en seguida en sus trajes espaciales, ya que ustedes tienen allí al *Alondra*. Ahora bien, haz una lista de lo que voy a dictarte y pon manos a la obra.

Durante los veinte minutos siguientes estuvimos ocupadísimos constatando el funcionamiento de los mandos. No imaginábamos lo que había sucedido, pero el trájín no nos permitió pensar mucho en ello. Por fortuna conocía yo tan bien el interior del *Estrella Matutina* que pude ayudar bastante a Ronnie, dictándole la lectura de los medidores y haciendo otras cosas igualmente útiles.

Poco después oímos un golpe y en seguida entraron tres de nuestros amigos cargados con baterías y herramientas eléctricas. Habían hecho el viaje en uno de los cohetes tractores que se emplean para trasladar naves y mercaderías de un lado a otro de la estación. Con ellos llevaban dos tambores llenos del combustible necesario para llenar los tanques auxiliares. Ellos nos contaron cuál era la novedad.

Tratábase de un caso de urgencia. Uno de los pasajeros del navío que efectuaba el servicio entre Marte y la Tierra acababa de enfermar repentinamente y era necesario que lo operaran antes de que hubieran transcurrido diez horas más. La única posibilidad de salvarle la vida residía en llevarle al Hospital del Espacio; pero, por desgracia, no había naves disponibles para efectuar el viaje, ya que todas las de la Estación Interior estaban en reparaciones y necesitarían un día entero para poder navegar.

Fué Tim quien convenció al comandante de que nos diera oportunidad de emplear el *Estrella Matutina*, señalándole que el navío estaba bien cuidado y que los requerimientos para un viaje al hospital no eran demasiado exigentes. Sólo se necesitaría una cantidad pequeña de combustible y ni siquiera tendrían que emplear los motores principales; todo el viaje podría hacerse con los cohetes auxiliares.

Como no se le ocurrió otra alternativa, el comandante debió acceder, luego de estipular ciertas condiciones. Tendríamos que llevar al *Estrella Matutina* hasta la estación por nuestros propios medios a fin de que se la abasteciera de combustible. Además, sería él quien lo pilotearía.

Durante el transcurso de la hora siguiente hice todo lo posible para resultar útil y ser aceptado como miembro integrante de la tripulación. Mi ocupación principal era la de recorrer toda la nave y asegurar los objetos sueltos que pudieran saltar de un lado a otro cuando entraran en acción los impulsores.

Fué un momento histórico cuando Norman Powell puso en marcha los motores, efectuando un breve disparo a potencia mínima, mientras todos observábamos los medidores para captar la primera señal de peligro. Como precaución especial, nos

habíamos puesto nuestros trajes espaciales. Si estallaba uno de los motores, no era probable que sufriéramos daño allá arriba en la cabina de mandos, pero se corría el riesgo de que se abriera alguna vía en el casco.

Todo marchó de acuerdo con nuestros planes. La leve aceleración nos impulsó hacia lo que de pronto se convirtió en el piso. Después cesó de nuevo la sensación de peso y volvió todo a la normalidad.

Se efectuó entonces la lectura de los medidores y al fin anunció Norman:

—Los motores parecen andar bien. Partamos.

Fué así cómo inició el *Estrella Matutina* su primer viaje luego de un siglo de inactividad. No fué gran cosa si se lo compara con su gran salto a Venus. En realidad, no fueron más que ocho kilómetros, desde el cementerio hasta la Estación Interior. No obstante, para todos nosotros, fué una gran aventura, pues teníamos mucho afecto al vetusto armatoste.

Llegamos a la estación unos cinco minutos más tarde y Norman detuvo la nave a varios centenares de metros del anillo exterior, ya que Norman no quería correr riesgos en su primera responsabilidad como piloto. Los tractores andaban ya por allí, y poco después aseguraron los cabos para remolcar la nave.

Fué entonces cuando decidí que me convenía ocultarme de la vista de mis compañeros. Detrás del taller que fuera otrora la bodega del *Estrella Matutina* había varias cámaras pequeñas que solían servir de depósito. La mayoría del equipo suelto de a bordo habíase guardado allí y asegurado con cuerdas. Empero, aun quedaba mucho espacio libre.

Ahora bien, desearía aclarar un detalle; aunque se había empleado la palabra «polizón», debo advertir al lector que no me parece propio aplicarla en este caso. Nadie me había ordenado que saliera de la nave y no estaba escondido. De haber pasado alguien por el taller y buscado en el depósito, era seguro que me hubiera visto. Pero nadie lo hizo, de modo que, ¿de quién fué la culpa?

El tiempo pareció transcurrir con gran lentitud mientras aguardaba. Oí muy a lo lejos gritos ahogados y órdenes urgentes, y al cabo de un rato sentí el inconfundible pulsar de las bombas al ser cargados los tanques con el combustible. Sabía que el comandante Doyle debía estar esperando hasta que la nave hubiera llegado al punto preciso de la órbita alrededor de la Tierra antes de poner en marcha los motores. Ignoraba en qué momento se produciría esto, y el suspenso me resultó terrible.

Pero al fin rugieron los cohetes y experimenté de nuevo la sensación de peso, deslizándome por las paredes hasta hallarme realmente de pie sobre el piso. Di unos pocos pasos para ver cómo era aquello y no me agradó la experiencia. En los últimos quince días habíame acostumbrado tanto a la falta de gravedad que su retorno temporario resultábame muy molesto.

El atronar de los motores duró tres o cuatro minutos, y al cabo de ese tiempo

estaba casi ensordecido por el ruido, aunque me había tapado las orejas. Los pasajeros no viajaban nunca tan cerca de los cohetes, y me alegré no poco cuando al fin cesó el impulso y comenzó a ceder el estruendo que me rodeaba. Pronto se hizo el silencio, aunque tardaría yo bastante en volver a oír debidamente. No obstante, esto no me preocupó mucho; lo más importante era que se había iniciado el viaje y nadie podría obligarme a desembarcar.

Decidí aguardar un poco antes de ir hacia la cabina de mandos. El comandante Doyle estaría ocupado en constatar el curso y no quise molestarle mientras tuviera algo tan importante entre manos. Además, tendría que inventar una buena excusa.

Todos se sorprendieron al verme y hubo un silencio absoluto cuando me deslicé por el hueco de la puerta, diciendo:

—¡Hola! Podrían haberme advertido que íbamos a partir.

El comandante me miró con gran fijeza y no supe si iba a mostrarse furioso o no. Después inquirió:

—¿Qué haces a bordo?

—Estaba asegurando el equipo en el depósito.

El comandante volvióse hacia Norman, quien parecía algo preocupado.

—¿Es verdad eso?

—Sí, señor. Yo le dije que lo hiciera, pero creía que había terminado.

Doyle meditó un momento.

—Bueno, ahora no tengo tiempo para hablar de ello —me dijo al fin—. Ya estás aquí y tendremos que soportarte.

Esto no era muy halagador, pero podría haber sido mucho peor, de modo que me conformé.

El resto de la tripulación consistía de Tim Benton, que me miraba con expresión burlona, y de Ronnie Jordan, quien no me prestaba atención aparente. Llevábamos dos pasajeros: el enfermo a quien había atado a una camilla fija a uno de los mamparos, y un joven médico que no hizo otra cosa que mirar su reloj y dar al paciente una inyección de cuando en cuando. No creo que haya dicho más de una docena de palabras en todo el viaje.

Tim me explicó después que el enfermo sufría de un agudo mal del estómago, por fortuna muy poco frecuente, causado por los cambios de gravedad. Era una suerte para él que hubiera logrado llegar a la órbita de la Tierra, pues de haber enfermado durante el viaje de dos meses, no podrían haberlo salvado con los recursos disponibles a bordo de la nave de pasajeros.

Nada podíamos hacer mientras el *Estrella Matutina* deslizábase hacia afuera en la larga curva que habría de llevarnos al cabo de tres horas y media al Hospital del Espacio. Muy lentamente se iba alejando la Tierra a nuestras espaldas; ya no estaba tan cercana como para llenar la mitad del cielo y veíamos una parte mucho mayor de

su superficie de lo que era posible avistar desde la Estación Interior que volaba tan baja sobre el Ecuador. Hacia el norte presentó lentamente el Mediterráneo, luego Japón y Nueva Zelanda, ambos simultáneamente y en horizontes opuestos.

Y la Tierra continuaba empequeñeciéndose allí atrás. Ahora era al fin una esfera pendiente en el espacio, lo bastante pequeña como para que la vista pudiera captarla en su totalidad. Ahora me era posible abarcar tanto hacia el sur que alcancé a atisbar el casquete helado del Antártico reluciendo como una orla blanca más allá del extremo inferior de la Patagonia.

Nos hallábamos a veinticinco mil kilómetros sobre nuestro planeta, entrando ya en la órbita del Hospital del Espacio. Un momento más y tendríamos que emplear los cohetes para entrar en la ruta debida. Empero, esta vez podría pasarlo mucho mejor allí en la cabina a prueba de sonidos.

Una vez más volvió a experimentarse la sensación de peso con el rugir de los cohetes. Hubo un prolongado disparo al que siguió una serie de breves andanadas para corregir la dirección. Finalizado esto se desprendió el comandante del asiento y flotó hacia uno de los ojos de buey. Sus instrumentos decíanle dónde estaba con mucha más certeza de lo que podrían hacerlo sus ojos, pero deseaba tener la satisfacción de verlo por sí mismo. Yo también me dirigí hacia uno de los ojos de buey desocupados.

Flotando en el espacio, junto a nosotros, vi algo que parecía ser una gran flor de cristal con la cara vuelta hacia el Sol. Al principio no encontré método alguno para calcular su verdadero tamaño o juzgar a qué distancia se hallaba; pero avisté luego a través de las paredes transparentes algunas figuras pequeñísimas que andaban de un lado a otro. También alcancé a distinguir el resplandor del sol sobre máquinas y equipos de aspecto muy complicado. Aquella estación debía tener lo menos ciento cincuenta metros de diámetro y el costo de llevar todo aquel material a tal altura de la Tierra debía ser tremendo. Al ocurrírseme esto recordé que no era mucho lo que provenía del planeta. Como las otras estaciones, el Hospital del Espacio había sido construido casi enteramente con materiales que provenían de la Luna.

Al irnos acercando lentamente, pude ver las personas que se agrupaban a las cubiertas de observación y en las salas techadas de cristal para contemplar nuestra llegada. Por primera vez se me ocurrió que este viaje del *Estrella Matutina* era todo un acontecimiento; seguramente lo comentaban todas las emisoras radiales y de televisión, mencionando el detalle de que era una carrera por la vida y un valiente esfuerzo por parte de una nave en desuso durante un siglo.

A poco acercáronse los cohetes tractores para remolcarnos. Unos minutos más tarde nos acoplamos a una de las cámaras de compresión y pudimos pasar por un tubo de conexión al interior del hospital. Aguardamos que pasaran primero el médico y el paciente, avanzando luego para encontrarnos con la multitud que esperaba allí para

recibirnos.

Puedo asegurar que no me habría perdido aquello por nada del mundo, y estoy seguro de que el comandante gozó del momento tanto como nosotros. Nos saludaron efusivamente, tratándonos como a héroes. Aunque yo no había hecho nada y en realidad no tenía derecho a estar allí, me brindaron las mismas atenciones que a los otros.

Resultó que tendríamos que esperar allí dos días antes de poder regresar a la Estación Interior, pues hasta entonces no pasaría ningún navío con rumbo a la Tierra. Naturalmente, podríamos haber efectuado el viaje de regreso en el *Estrella Matutina*, pero el comandante puso el veto a esta idea.

—No me molesta tentar una vez a la providencia, pero no pienso hacerlo nuevamente —declaró—. Antes de que ese armatoste viejo haga otro viaje, tendremos que efectuarle muchas reparaciones y probar los motores. No sé si lo notaron; pero la temperatura de la cámara de combustión comenzó a subir de manera alarmante cuando terminábamos el viaje. Y hay lo menos seis cosas más que no están como debieran estar. No pienso ser héroe dos veces en una semana. ¡La segunda vez podría ser la última!

Supongo que era la suya una actitud muy razonable, pero todos nos sentimos bastante decepcionados. Debido a la cautela del comandante, el *Estrella Matutina* no volvió a su estacionamiento habitual hasta pasado un mes, para gran fastidio de sus jóvenes propietarios.

Por lo general, los hospitales son lugares bastante deprimentes, pero éste en que nos hallábamos no entraba en tal categoría. Eran pocos los pacientes que estaban enfermos de gravedad, aunque en la Tierra ya habrían muerto la mayoría o estarían completamente desvalidos a causa del efecto de la gravedad sobre sus corazones debilitados. Muchos podrían volver con el tiempo al planeta, otros vivirían bien sólo en la Tierra o en Marte, y los casos más severos tendrían que quedar permanentemente en la estación. Era una especie de exilio, pero todos ellos parecían no sentirlo mucho. En aquel inmenso hospital que relucía a los rayos del sol podía hallarse casi todo lo que había en la Tierra... Es decir, casi todo lo que no dependiera de la gravedad.

Sólo la mitad de la estación estaba ocupada por el nosocomio; el resto del espacio lo dedicaban a laboratorios de investigaciones diversas, los que nos invitaron a visitar. En una de aquellas giras ocurrió lo que voy a relatar.

El comandante se hallaba ocupado en la Sección Técnica, pero a nosotros habiánnos invitado a visitar el Departamento de Biología, el que —según dijeron— era muy interesante, afirmación en la que se quedaron cortos.

Nos habían dicho que encontraríamos al doctor Hawkins en el Corredor Nueve, Biología Dos. Ahora bien, resulta muy fácil extraviarse en una estación espacial;

como todos sus ocupantes conocen perfectamente los corredores, nadie se ocupa de poner carteles indicadores. Nos dirigimos hacia lo que supusimos que era el Corredor Nueve, mas no vimos ninguna puerta en la que se indicara cuál era el laboratorio «Biología Dos». Empero, encontramos una en cuyo entrepaño decía «Biofísica Dos», y tras breve vacilación decidimos que allí debía ser. Seguramente encontraríamos dentro a alguien que nos indicara el camino.

Tim Benton estaba adelante y fué él quien abrió la puerta con cierta cautela.

—No veo nada —masculló—. ¡Uf! Esto huele a pescadería.

Miré por sobre su hombro, notando que la luz era muy débil, motivo por el cual no pude más que discernir unas formas muy vagas. La atmósfera era cálida y extraordinariamente húmeda, debido sin duda a numerosos chorros de agua que llovían desde todas partes. El olor imperante me recordó al común en los zoológicos y los invernaderos.

—Aquí no hay nada —exclamó Ronnie Jordan con disgusto—. Probemos en otra parte.

—Un momento —dijo Norman, cuyos ojos debían haberse acostumbrado a la penumbra con más rapidez que los míos—. ¿Qué les parece? ¡Tienen un árbol! Por lo menos eso parece, aunque da la impresión de ser muy raro.

Adelantóse mientras flotábamos tras él, atraídos por la misma curiosidad. Me di cuenta entonces de que mis compañeros no habían visto un árbol o aun una brizna de hierba en muchos meses, por lo que aquello debía ser para ellos una gran novedad.

Ahora podía ver mejor y noté que nos hallábamos en una cámara muy amplia, con frascos y vitrinas por todas partes. El aire estaba lleno de una neblina suave motivada por la llovizna de los chorros, y me sentí como si me encontrara en alguna jungla tropical. A nuestro alrededor había varias lámparas, pero estaban apagadas y no alcanzamos a ver los interruptores.

A unos doce metros de distancia se erguía el árbol que descubriera Norman. Sin duda alguna, era un objeto muy extraño. Su tronco delgado y recto alzábase desde una caja de metal a la que habían conectado numerosos tubos y bombas. No tenía hojas, y sólo vimos una docena de ramas delgadísimas que caían hacia abajo, dándole un aspecto como de desconsuelo. Asemajábase bastante a un sauce llorón al que se ha arrancado todo su follaje. Sobre el mismo caía una continua lluvia de agua proveniente de varias mangueras. Debido a la gran humedad comenzaba yo a experimentar cierta dificultad para respirar.

—No puede ser de la Tierra —dijo Tim—. Y nunca me describieron nada igual que provenga de Marte o Venus.

Nos habíamos acercado ya bastante al extraño objeto, y cuanto más nos aproximábamos tanto menos me agradaba la situación. Así lo expresé, pero Norman se río de mis temores.

De pronto se convirtió su risa en un alarido de terror, pues súbitamente se inclinó hacia nosotros aquel tronco tan delgado y las largas ramas avanzaron velozmente. Una de ellas se enroscó a mi tobillo, mientras que otra me atrapaba por la cintura. Tal fué mi susto que no pude ni gritar. Demasiado tarde me hice cargo de que no se trataba de un árbol y que sus «ramas» eran tentáculos.

7. Mundo de monstruos

Mi reacción fué instintiva y violenta. Aunque estaba flotando en el aire, y por lo tanto incapacitado para asirme de algo sólido, me era posible debatirme con bastante efectividad. Los otros hacían lo mismo, y a poco entré en contacto con el piso, de modo que pude dar un fuerte envi6n. Los delgados tent6culos soltaron su asidero cuando volé hacia el techo. Poco despu6s conseguí tomarme de uno de los artefactos de luz a tiempo para no dar con la cabeza contra el cielo raso, tras de lo cual miré hacia abajo para ver qué les había sucedido a mis amigos.

Todos ellos habíanse apartado, y ahora que cedían mis temores, comprendí cuán débiles eran en realidad aquellos tent6culos. De haber estado sobre el suelo y contado con la fuerza de gravedad para que nos ayudara, podríamos habernos soltado sin la menor dificultad. Aun allí, no habíamos sufrido el menor daño aparte del susto.

—¿Qué diablos es eso? —jadeó Tim cuando hubo recobrado el aliento.

Los demás estaban demasiado aturullados para contestarle e íbamos ya hacia la puerta cuando se encendieron de pronto las luces y alguien dijo:

—¿Qué son esos ruidos?

Abrióse la puerta y entró por ella un hombre ataviado en un guardapolvo blanco.

—Espero que no se hayan puesto a molestar a Cuthbert —nos dijo al cabo de un momento.

—¿Molestarlo? —estalló Norman—. Jamás en la vida me había llevado un susto igual. Estábamos buscando al doctor Hawkins y nos encontramos con este..., este monstruo de Marte o no sé dónde.

El otro rompió a reír mientras daba un envi6n desde la puerta para flotar hacia el monstruo ahora inmovilizado.

—¡Cuidado! —gritó Tim.

Lo observamos fascinados mientras se acercaba. No bien estuvo el individuo a su alcance, los delgados tent6culos adelantáronse de nuevo para enroscarse a su cuerpo. El hombre no hizo más que levantar un brazo para protegerse la cara, aunque sin dar la impresión de que quisiera alejarse.

—Cuthbert no es muy inteligente —comentó—. Cree que todo lo que se le acerca es bueno para comer y en seguida lo agarra. Pero como no somos muy digeribles, nos suelta en seguida..., como ven.

En efecto, los tent6culos se aflojaban ya. Con un movimiento casi desdeñoso, alejaron de sí al cautivo, quien rompió a reír al vernos mirarle con gran sorpresa.

—Tampoco es muy fuerte. Sería muy fácil alejarse de él aunque no estuviera dispuesto a soltar su presa.

—Aun así, no creo que sea aconsejable dejar libre a una bestia de ese tipo —declaró Norman con gran dignidad—. ¿Y se puede saber qué es? ¿De qué planeta lo

trajeron?

—Se sorprenderían... Pero dejaré que la explicación la dé el doctor Hawkins, quien me mandó a buscarlos al ver que no aparecían. Lamento que Cuthbert les haya dado un susto. Esa puerta debió haber estado cerrada con llave, pero alguien debe haberse descuidado.

Ése fué todo el consuelo que tuvimos, y mucho me temo que nuestro accidente nos dejara con pocos deseos de continuar la gira y recibir explicaciones científicas. No obstante el detalle, descubrimos que los laboratorios de Biología eran en extremo interesantes. El doctor Hawkins, que estaba a cargo de las investigaciones, nos habló del trabajo que hacían y mencionó las magníficas perspectivas que ofrecía la baja gravedad al prolongamiento de la vida humana.

—Allá en la Tierra, nuestros corazones tienen que luchar contra la gravedad desde el momento en que nacemos. Continuamente fuerza la sangre por el sistema circulatorio y sólo descansa realmente cuando estamos acostados. Sin embargo, aun para las personas más indolentes los períodos de descanso no ocupan más que una tercera parte de la vida. Pero aquí no es necesario que el corazón trabaje de esa manera.

—¿Entonces por qué no corre a demasiada velocidad, como una locomotora que no arrastra carga? —preguntó Tim.

—No está mal la pregunta. No corre como dices porque la naturaleza nos ha provisto de un maravilloso regulador automático, y aun aquí trabaja bastante contra la fricción que se produce en venas y arterias. Todavía no sabemos hasta qué punto cambiará las cosas la ausencia de gravedad, pues llevamos muy poco tiempo experimentando; pero opinamos que la vida podrá prolongarse hasta mucho más allá de los cien años. Quizá se obtengan los mismos resultados en la Luna. Si podemos probarlo, casi todos los viejos empezarán a huir de la Tierra. Ya lo veremos. Por ahora voy a mostrarles algo que les resultará muy interesante.

Nos condujo a una cámara cuyas paredes consistían casi enteramente de vitrinas llenas de seres que a primera vista no pude identificar. Sin embargo, al cabo de un momento lancé una exclamación de asombro.

—¡Son moscas! ¿De dónde proceden?

En efecto, eran moscas. Lo único raro que veía en ellas era que tenían alas de casi treinta centímetros de longitud y el resto del cuerpo en proporción.

El doctor Hawkins rió entre dientes.

—También esto se debe a la falta de gravedad más algunas hormonas especiales. En la Tierra el peso de cada animal produce un efecto importante en el desarrollo. Una mosca de este tamaño no podría elevarse en el aire. Resulta extraño ver volar a éstas; se ve con toda facilidad el batir de sus alas.

Se me ocurrió que habría ocupaciones más interesantes que el estudio de las

moscas; pero, seguramente, aquellos sabios sabían por qué lo hacían. Sin duda alguna el resultado final era impresionante..., y desagradable. Las moscas no son insectos atrayentes, ni siquiera en su tamaño normal.

—Ahora verán un contraste notable —manifestó el doctor, mientras enfocaba un poderoso microscopio—. Esto pueden verlo apenas a simple vista..., en circunstancias ordinarias, por supuesto.

Tocó un botón y encendiéndose un círculo de luz en la pantalla sobre la que se proyectaba la imagen captada por el instrumento. Vimos entonces una diminuta gota de agua con extraños globos de una sustancia viscosa y pequeños seres vivientes que iban y venían por el campo visual. En el centro de la imagen, agitando lentamente sus tentáculos, se hallaba...

—¡Vamos, si es ese ser extraño que nos apresó! —dijo Ronnie.

—Así es —repuso el sabio—. Se llama hidra, y los más grandes no miden más que una vigésima de centímetro. Ya ven, pues, que Cuthbert no vino de Marte o Venus, sino de la Tierra. Su desarrollo extraordinario es nuestro experimento más importante.

—¿Pero con qué fin lo hacen? —quiso saber Tim.

—Se puede estudiar a estos seres mucho más fácilmente cuando son grandes. Nuestros conocimientos de la materia viviente han adelantado muchísimo desde que podemos hacer estas cosas. Eso sí, debo admitir que con Cuthbert nos excedimos un poco. Se requiere mucho trabajo para mantenerlo vivo, y es difícil que podamos repetir el experimento.

Luego de esto nos llevaron a ver de nuevo a Cuthbert. Esta vez estaban encendidas las luces; al parecer, habíamos entrado en el laboratorio durante uno de los breves períodos de «noche» artificial. Aunque sabíamos que no era peligroso aquel extraño ser, no quisimos acercarnos mucho. No obstante, Tim Benton se dejó persuadir y le ofreció un trozo de carne cruda que de inmediato apresó uno de los tentáculos para llevarlo al extremo superior del largo «tronco».

—Debí haber explicado que las hidras suelen paralizar a sus víctimas inoculándoles una sustancia ponzoñosa —manifestó el doctor Hawkins—. Esos tentáculos están llenos de ventosas venenosas que hemos podido neutralizar. De otro modo Cuthbert sería tan peligroso como una jaula llena de cobras.

Otro momento interesante en nuestra visita al hospital lo pasamos en la Sección de Gravedad. Ya he mencionado que algunas estaciones espaciales producen una especie de gravedad artificial girando lentamente alrededor de su eje. Dentro del nosocomio sideral había un gran tambor o cámara centrífuga que cumplía este propósito. Se nos permitió probarla, en parte para divertirnos y en parte para constatar nuestras reacciones al recobrar nuestro peso normal.

La cámara de gravedad era un cilindro de unos quince metros de diámetro

sostenido sobre un eje e impulsado por motores eléctricos. Entramos por una escotilla del costado y nos encontramos en una habitación reducida que habría parecido perfectamente normal en nuestro planeta. Pendían cuadros de las paredes y hasta vimos colgar una araña eléctrica del «techo». Se había hecho allí todo lo necesario para crear la impresión visual de que de nuevo existían las condiciones usuales en la Tierra.

Nos sentamos en cómodos sillones y nos dispusimos a esperar. A poco hubo una leve vibración a la que siguió la sensación de movimiento; la cámara empezaba a girar. Muy lentamente empecé a sentir cierta pesadez; necesitaba esforzarme para mover brazos y piernas; de nuevo era esclavo de la gravedad, incapaz ya de deslizarme por el aire con la gracia de un pájaro...

De un altavoz oculto nos llegaron instrucciones.

—Ahora mantendremos una velocidad constante. Levántense y caminen un poco..., pero tengan cuidado.

Me levanté de mi asiento y el esfuerzo estuvo a punto de hacerme caer de nuevo.

—¡Diablos! —exclamé—. ¿Cuánto peso nos handado? Me da la impresión de estar en Júpiter.

El operador debió haber oído mis palabras, pues nos llegó una risita proveniente del altavoz.

—No tienen más que la mitad del peso que tenían en la Tierra. Pero les parece demasiado después de no haber pesado nada en varias semanas.

Esta idea me disgustó un poco. Cuando volviera a la Tierra pesaría el doble que ahora...

—No se aflijan —dijo entonces el operador—. Uno se acostumbra en seguida cuando viene, y lo mismo pasará al regreso. Tendrán que tomar las cosas con calma por unos días cuando bajen a la Tierra, y deben recordar que no les es posible saltar desde las ventanas de un tercer piso y flotar poco a poco hasta el suelo.

Dicho así parecía tonto; pero, precisamente, a esto era a lo que me había acostumbrado en el espacio. Me pregunté cuántos serían los navegantes siderales que se desnucaban al volver a la Tierra.

En aquella cámara centrífuga hicimos muchas cosas que era imposible realizar donde no existía la gravedad. Resultaba gracioso ver los líquidos caer en un chorro y quedarse quietos en el fondo de un vaso. Yo salté de un lado a otro para gozar de la novel experiencia de volver a caer en el mismo sitio.

Finalmente se nos ordenó que nos sentáramos de nuevo, aplicaron los frenos y cesó el girar de la cámara. ¡Otra vez volvíamos a carecer de peso y recobrábamos la libertad!

Desearía haber permanecido en el hospital una semana o más a fin de poderlo explorar a mi gusto. Había en él todo lo que faltaba en la Estación Interior, y mis

compañeros, que faltaban de la Tierra desde varios meses atrás, supieron apreciar aquellos lujos mucho más que yo. Resultaba extraño ver tiendas y jardines y hasta ir al teatro. Esto fué una experiencia inolvidable. Gracias a la ausencia de gravedad, era posible acomodar una gran concurrencia en un espacio reducido sin que nadie dejara de ver el espectáculo. Pero esto mismo creaba un problema difícil al director, ya que era necesario dar de algún modo la sensación de gravedad. No estaría bien que los personajes de una obra de Shakespeare anduvieran flotando en el aire. Así, pues, los actores debían usar zapatos con suela magnética, detalle favorito de los antiguos escritores de novelas fantástico-científicas, aunque fué ésta la única vez que los vi emplear en la realidad.

La obra que vimos era *Macbeth*. Por mi parte, no puedo decir que me agraden mucho esas tragedias, y sólo asistí porque nos habían invitado y no pude negarme. Pero me alegré luego de estar allí al ver cuánto se divertían los pacientes. Y no son muchos los que pueden decir que han visto a Lady Macbeth, en la escena de la sonámbula, bajar las escaleras con zapatos magnéticos.

Otra de las razones por las que no tenía gran apuro en regresar a la Estación Interior era que al cabo de tres días tendría que embarcarme en el cohete que habría de llevarme de regreso a casa. Aunque tuve la suerte de llegar hasta el nosocomio, había aún muchas cosas que me faltaba ver. Estaban las Estaciones Meteorológicas, los grandes observatorios con sus inmensos telescopios flotantes y las Estaciones Electrónicas, situadas once mil kilómetros más hacia el espacio. Pero, en fin, tendría que esperar otra ocasión mejor.

Antes de que llegara el ferry-cohete para llevarnos de regreso, tuvimos la satisfacción de saber que nuestra misión había sido exitosa. El paciente estaba ya fuera de peligro y tenía una buena posibilidad de recuperarse por completo. Por desgracia, no podría seguir viaje hacia la Tierra y había recorrido tantos millones de kilómetros inútilmente. Lo más que podría hacer sería observar el planeta por los telescopios del hospital y ver los verdes campos sobre los que no le sería posible posar ya sus plantas. Terminada su convalecencia, tendría que regresar a Marte con su fuerza de gravedad menor que la de la Tierra.

El ferry-cohete que fué a buscarnos habíase desviado de su ruta normal entre las Estaciones de Observación. Cuando subimos a bordo, Tim Benton seguía discutiendo con el comandante y afirmando que era una pena que no pudiéramos volver en el *Estrella Matutina*.

—Espera a ver el informe cuando lo revisen —replicó el comandante con una sonrisa—. Entonces cambiarás de idea. Apuesto que lo menos que necesita es recubrir de nuevo el interior de los tubos de escape. Me siento mucho mejor en una nave cien años más joven.

Sin embargo, según resultaron las cosas, estoy seguro de que el comandante

deseó luego habernos hecho caso...

Era la primera vez que me encontraba a bordo de uno de aquellos ferries de escaso poder dedicados al servicio entre las diversas órbitas, a menos que incluya uno en esta categoría a nuestra *Alondra del Espacio*. La cabina de mandos parecíase mucho a la de cualquier otro navío del espacio, pero el exterior del aparato era de aspecto muy raro. Habíanlo construido en el espacio y, naturalmente, no tenía líneas aerodinámicas ni aletas. La cabina parecía un huevo y estaba conectada a los tanques de combustibles y los motores por medio de un armazón de vigas. La mayor parte de la carga no se llevaba en el interior de la nave, atándoselo simplemente a lo que se llamaba —de manera poco apropiada por cierto— «rejilla de equipajes», o sea una serie de soportes de tejido metálico sostenido por viguetas menores. Para las mercancías que era necesario transportar a presión normal había una bodega pequeña con otra entrada detrás de la cabina de gobierno. La verdad es que la nave habíase construido con miras a un servicio efectivo y no a satisfacer el sentido de lo estético.

El piloto nos estaba esperando cuando subimos a bordo, y el comandante Doyle se puso a conversar con él acerca de la ruta a seguir.

—No es cosa que le incumba —me susurró Norman—, pero el viejo se alegra tanto de estar de nuevo en el espacio que no puede evitarlo.

Estaba por decir que el comandante se pasaba toda la vida en el espacio cuando comprendí que, desde ciertos puntos de vista, su oficina de la Estación Interior no se diferenciaba mucho de cualquier otra de la Tierra.

Disponíamos de casi una hora antes de la partida, tiempo de sobra para los ajustes y constataciones de último momento que fueran necesarios. Me instalé en el camastro más próximo a la ventana de observación a fin de poder contemplar el hospital cuando nos alejáramos de su órbita y cayéramos hacia la Tierra. Resultaba difícil creer que aquel inmenso pimpollo de cristal y plástico —flotando en el espacio a plena luz del sol— giraba en realidad alrededor del mundo a quince mil kilómetros por hora. Mientras aguardaba que se iniciara el viaje, recordé las veces que había intentado explicar a mamá el funcionamiento de las estaciones espaciales. Como mucha gente, jamás podía comprender por qué «no caían».

—Mira, mamá —solía decirle—, se mueven con mucha rapidez y dan la vuelta al mundo en un círculo muy amplio. Cuando se mueve algo así, se produce lo que se llama fuerza centrífuga. Es lo mismo que cuando haces girar una piedra atada al extremo de un cordel.

—Yo no hago girar piedras atadas a cordeles —replicaba—, y espero que no vayas a hacerlo tú, por lo menos dentro de casa...

—No era más que un ejemplo, mamá. Es el que usan siempre en la escuela. Así como la piedra no puede alejarse volando debido a la retención del cordel, también tiene que quedarse la estación donde está debido a la fuerza de gravedad. Una vez

que se le imprime la velocidad correcta, sigue su ruta sin necesidad de apelar a ninguna fuerza motriz. No puede *perder* velocidad porque no hay aire que le oponga resistencia. Naturalmente, la celeridad tiene que calcularse con mucho cuidado. Cerca de la Tierra, donde la atracción es mucho mayor, las estaciones deben moverse a gran velocidad para mantenerse en sus órbitas. Es como cuando se ata la piedra a un cordel corto, al que entonces hay que hacer girar mucho más rápidamente. Pero a mucha distancia, donde la gravedad es menor, las estaciones pueden moverse con lentitud.

—Me pareció que era algo así —replicó ella—. Pero lo que me preocupa es esto: ¿Qué pasaría si una de esas estaciones perdiera un poco de velocidad? ¿No caería a tierra? A mí me parece algo muy peligroso. Si llega a salir algo mal...

No había sabido entonces cómo contestarle, de modo que sólo pude decirle:

—Bueno, la Luna no se cae y está siempre a la misma distancia.

Recién cuando llegué a la Estación Interior supe la respuesta, aunque yo mismo debí haberla hallado por mis propios medios. Si llegaba a aminorar la velocidad de un satélite artificial, el mismo se trasladaría a una órbita más cercana. Sería necesario quitarle gran parte de su impulso para que se acercara demasiado a la Tierra, y se requeriría el empleo de una gran energía para frenarlas y lograr este resultado, de modo que no era posible que sucediera por accidente.

Ahora miré hacia el reloj. Aun faltaban treinta minutos. Me pareció muy raro sentirme tan adormecido, ya que la noche anterior había dormido muy bien. Quizá era la reacción. En fin, me dejaría estar un rato; no había nada que hacer hasta que llegáramos a destino, luego de cuatro horas de viaje. ¿O serían cuatro días? En realidad no podía recordarlo; pero, al fin y al cabo, el detalle no tenía importancia. Nada la tenía, ni siquiera el hecho de que a mi alrededor comenzaba a flotar una neblina rojiza...

Después oí el grito del comandante. Parecía estar a varios kilómetros de distancia, y aunque supuse que sus gritos debían significar algo, no pude captar lo que decía. Cuando perdí el conocimiento seguían resonando vanamente en mis oídos estas palabras:

¡Oxígeno de emergencia!

8. Hacia el abismo

Era uno de esos sueños muy raros durante los cuales sabe uno que está soñando aunque nada puede hacer para despertar. Todo lo que me sucediera en las últimas semanas se presentaba entremezclado ante mi mente. Así como ciertos pantallazos retrospectivos de experiencias pasadas. Me hallaba en la Tierra, aunque carecía de peso y flotaba como una nube sobre valles y montañas. Después me vi en la Estación Interior, aunque debiendo luchar contra la gravedad para hacer cualquier movimiento.

El sueño se convirtió en pesadilla. Ahora estaba pasando por la estación y marchaba por uno de los pasajes prohibidos que me mostrara Norman Powell. La parte central del satélite artificial está unido a las cámaras atmosféricas exteriores por medio de conductos de ventilación lo bastante espaciosos como para dar paso a un hombre. El aire pasa por ellos a bastante velocidad, y hay lugares en los que puede uno introducirse y dejarse llevar volando. Es una experiencia inolvidable, y debe uno saber qué rumbo lleva o correr el riesgo de pasar por alto la salida y tener que luchar contra la corriente de aire para poder regresar. Pues bien, en mi sueño me dejaba llevar yo por el aire y me había extraviado. Frente a mí pude ver las hojas del ventilador que me atraía, ¡y en seguida noté que faltaba la parrilla protectora! Unos segundos más y quedaría cortado en rebanadas...

—Ya está bien —oí que decía alguien—. Sólo fué un desmayo. Acércale el pico otra vez.

Una corriente de aire frío me dio en la cara y traté de apartar la cabeza. Al abrir los ojos me di cuenta de dónde estaba.

—¿Qué pasó? —inquirí, todavía algo atontado.

Tim Benton se hallaba a mi lado con el cilindro de oxígeno en la mano. No parecía muy preocupado.

—No sabemos —repuso—. Pero ya estás bien. Debe haberse atascado la válvula automática de la provisión de oxígeno cuando quedó vacío uno de los tanques. Tú fuiste el único que perdió el sentido, y ya conseguimos solucionar la dificultad golpeando el distribuidor de oxígeno con un martillo. Cuando regresemos habrá que desarmarlo y ver por qué no funcionó la alarma.

Sentíame aún algo aturdido y un poco avergonzado por haber perdido el conocimiento, aunque sé muy bien que esas cosas no se pueden evitar. Y, al fin y al cabo, había servido de conejillo de Indias para advertir a los otros del peligro.

—¿Ocurren a menudo estos accidentes? —inquirí.

—Muy rara vez —repuso Norman con seriedad—. Pero en las naves siderales hay tantos aparatos que es necesario estar alerta en todo momento. En cien años no hemos podido solucionar todos los problemas de los vuelos por el espacio. Siempre hay algo que se descompone.

—No seas tan pesimista, Norman —intervino Tim—. Ya hemos pasado lo nuestro en este viaje. Desde ahora en adelante no ocurrirá nada.

Empero, resultó que este comentario fué el más desacertado que podía haber hecho Tim. Estoy seguro de que los otros jamás le dieron oportunidad de olvidarlo.

Nos hallábamos ya a varios kilómetros del hospital, lo bastante lejos como para que nuestros cohetes no lo dañaran. El piloto había fijado sus controles y esperaba el momento calculado para efectuar los disparos, mientras que todos los demás habíanse instalado en las literas. La aceleración sería demasiado débil para molestarnos; pero debíamos evitar molestias al piloto en el momento de partir y no teníamos otro sitio a dónde ir.

Rugieron los motores durante casi dos minutos. Al cabo de ese lapso era ya el hospital un puntito brillante situado a cincuenta o sesenta kilómetros de distancia. Si el piloto había cumplido bien su misión, ya estábamos deslizándonos en una larga curva que nos llevaría de regreso a la Estación Interior y no nos quedaba más que aguardar tres horas y media mientras la Tierra se fuera agrandando hasta llenar de nuevo casi todo el cielo.

En el trayecto de ida no habíamos podido hablar debido a la presencia del enfermo, pero ahora no había nada que nos lo impidiera. Reinaba en el grupo un entusiasmo desusado que equivalía casi a un estado de semi-ebriedad. De haber pensado en ello, me hubiera dado cuenta de que era muy rara la manera cómo reíamos y bromeábamos todos. Empero, en aquellos momentos me pareció muy natural.

Hasta el comandante se mostró más accesible que nunca, aunque debo advertir que no era en realidad tan formidable como parecía. Eso sí, jamás hablaba de sí mismo, y en la Estación Interior nadie habría soñado con pedirle que contara su participación en la primera expedición a Mercurio. Aunque lo hubieran hecho, jamás habría accedido; sin embargo cedió ahora. Refunfuñó un poco, aunque de manera muy poco efectiva, y al fin comenzó a hablar.

—¿Por dónde comienzo? —dijo a manera de prólogo—. No hay mucho que contar respecto al viaje en sí, ya que se pareció a todos los otros. Nadie había estado tan cerca del Sol hasta esos momentos, pero la cubierta de espejo de nuestra nave funcionó a la perfección y rechazó el ochenta por ciento de los rayos, evitando así que nos asáramos.

«Teníamos instrucciones de no intentar descender a menos que viéramos que era posible hacerlo sin peligro. Por eso nos instalamos en una órbita, a mil quinientos kilómetros de altura, y comenzamos a efectuar un reconocimiento cuidadoso.

»Ya saben que Mercurio muestra siempre al Sol una de sus caras, de modo que no tiene días y noches como hay en la Tierra. Uno de sus lados está en oscuridad perpetua, mientras que el otro está siempre a la luz. Sin embargo, hay entre ambos

hemisferios una zona angosta que podríamos llamar del «crepúsculo», y allí no es tan tremenda la temperatura. Por eso decidimos descender en esa región si lográbamos hallar un sitio conveniente.

»La primera sorpresa nos la llevamos al ver el lado diurno del planeta. No sé por qué, todos habíamos imaginado que se asemejaría mucho a la Luna y estaría cubierto de cráteres y cadenas montañosas. Pero no era así. No hay montañas en la parte de Mercurio que da al Sol; sólo se ven algunas colinas poco elevadas y grandes planicies resquebrajadas. La razón de esto es obvia; la temperatura en esa zona de sol perpetuo sobrepasa los mil grados. No basta para fundir las rocas, pero las ablanda, y la gravedad hace el resto. Con el transcurso de las edades, las montañas que puedan haber existido en el lado diurno de Mercurio se fueron aplastando hasta desaparecer. Sólo las había alrededor del hemisferio nocturno, donde la temperatura es mucho menor.

»La segunda sorpresa nos la causó el hecho de que hubiera lagos en ese infierno ardiente. Claro que no eran lagos de agua, sino de metal derretido. Como hasta ahora no ha podido llegar nadie hasta ellos, no sabemos qué metales son».

El comandante meneó la cabeza en actitud pensativa antes de continuar.

—«Como podrán imaginar, no teníamos el menor interés por descender en el lado diurno. Así, pues, una vez que hubimos completado un mapa fotográfico, fuimos a echar un vistazo al lado nocturno.

»La única manera de hacer esto fué iluminándolo con cohetes luminosos. Nos acercamos lo más posible, hasta menos de ciento cincuenta kilómetros, y disparamos cohetes luminosos de más de mil millones de bujías, tomando fotografías por medio de su luz. Los cohetes avanzaban a la misma velocidad que nosotros hasta consumirse por completo.

»Fué muy extraño el saber que estábamos iluminando una tierra a la que jamás llegaba el sol, una tierra donde la única luz en millones de años debía haber sido la de las estrellas. Si había allí seres vivientes, cosa muy poco probable, debían estarse llevando una gran sorpresa. Por lo menos eso es lo que pensé al ver que nuestros cohetes esparcían su resplandor sobre aquella tierra oculta. Después me dije que los habitantes de las tinieblas serían sin duda ciegos, tal como los peces de las profundidades de nuestros océanos. Empero, todo esto era fantasía; no era posible que existiera vida en esa oscuridad perpetua y a una temperatura de casi quinientos grados bajo cero. Claro que ahora estamos mejor enterados».

Hizo una pausa al tiempo que sonreía levemente.

—«Pasó casi un semana antes de que nos arriesgáramos a descender, y ya para entonces habíamos trazado un mapa bastante completo del planeta. El hemisferio nocturno y gran parte de la zona del crepúsculo son bastante montañosos, pero vimos muchas regiones llanas que nos parecieron promisorias. Al fin elegimos una amplia

hondonada de poca profundidad al borde del hemisferio diurno.

»En Mercurio hay un poco de atmósfera, aunque no la suficiente para poder emplear alas o paracaídas, de modo que debimos aterrizar frenando con los cohetes, tal como se hace en la Luna. Por más que uno lo haya hecho otras veces, el descenso por medio de cohetes resulta siempre un poco duro para los nervios, especialmente en un mundo nuevo, donde no sabe uno si lo que parece roca lo es en realidad.

»En fin, comprobamos que era roca y no una de esas traidoras montañas de polvo que tenemos en la Luna. El tren de aterrizaje absorbió tan bien el impacto que casi no lo notamos en la cabina. Después se desconectaron automáticamente los motores y ya estábamos sobre el planeta los primeros hombres que llegaban a él.

»He dicho que descendimos en los límites del hemisferio diurno. Por ese motivo se nos presentó el Sol como un gran disco cegador situado sobre el horizonte.

»Resultaba extraño verlo allí casi fijo, sin levantarse ni ponerse, aunque, como Mercurio tiene una órbita muy excéntrica, el Sol salta de un lado a otro describiendo un arco bastante considerable. No obstante, en ningún momento lo vimos ocultarse tras el horizonte, y tuve siempre la impresión de que era tarde y muy pronto caería la noche. Costaba trabajo comprender que allí no significaban nada las palabras día y noche...

»Eso de explorar un mundo nuevo parece muy emocionante, y supongo que lo es; pero también es un trabajo arduo y peligroso, especialmente en un planeta como Mercurio. Primeramente debíamos ocuparnos de que la nave no se recalentara, y para este fin llevábamos algunos toldos protectores a los que llamábamos parasoles. Tenían un aspecto muy raro, pero sirvieron perfectamente. Hasta llevábamos unos portátiles, muy similares a tiendas de campaña, que nos protegerían si nos quedábamos demasiado tiempo al aire libre. Eran de nylon blanco y rechazaban casi toda la luz del sol, aunque dejando pasar lo suficiente para proveernos de todo el calor y la luz que pudiéramos necesitar.

»Pasamos varias semanas explorando el hemisferio diurno y llegamos a alejarnos hasta treinta kilómetros del navío. Quizá no les parezca mucho, pero es una distancia apreciable cuando tiene uno puesto el traje espacial y lleva encima todo su equipo. Recogimos centenares de muestras minerales y tomamos millares de lecturas con nuestros instrumentos, mandando todos los resultados por radio de onda ultra corta. Era imposible internarse lo suficiente en el lado diurno como para llegar a los lagos que habíamos visto. El más próximo se hallaba a más de mil doscientos kilómetros de distancia, y no disponíamos de suficiente combustible como para andar saltando de un lado a otro del planeta. De cualquier modo, habría sido demasiado peligroso meterse en ese horno con el equipo que llevábamos».

El comandante hizo una pausa, mirando fijamente hacia el espacio, como si pudiera ver fuera de la cabina y observar los desiertos ardientes de aquel mundo tan

distante.

«—Sí —continuó al fin—, Mercurio es tremendo. Contra el frío se puede luchar, pero el calor es otro problema. Supongo que no debería decirlo yo, pues al fin fué el frío el que me venció...

»Lo que no esperábamos encontrar en Mercurio era vida, aunque la Luna debió habernos servido de lección. Tampoco allí esperó nadie que la hubiera. Y si alguien me hubiera dicho: “Suponiendo que haya vida en Mercurio, ¿dónde irías a buscarla?”, habría respondido de inmediato: “Pues, en la zona crepuscular, naturalmente.” Y en eso me habría equivocado por completo.

»Aunque a ninguno nos agradó la idea, decidimos echar por lo menos un vistazo al hemisferio nocturno. Tuvimos que trasladar la nave unos ciento cincuenta kilómetros para alejarnos de la zona crepuscular, y descendimos sobre una colina baja y chata, a unos kilómetros de una cadena de montañas de aspecto interesante. La roca sobre la que estábamos tenía una temperatura de quinientos grados bajo cero, pero nuestra calefacción nos protegía adecuadamente. Aun sin ella, la temperatura interior bajó muy lentamente, pues había un vacío casi completo a nuestro alrededor, y las paredes plateadas del casco reflejaban casi todo el calor que perdíamos por radiación. En una palabra, vivíamos dentro de un gran termo y nuestros cuerpos también generaban bastante calor.

»Así y todo, nada podíamos averiguar quedándonos dentro de la nave, de modo que tuvimos que ponernos nuestros trajes espaciales y salir de ella. Los trajes que usábamos habían sido probados a fondo en la Luna durante el período nocturno, el que es casi tan frío como en Mercurio, pero ninguna prueba puede igualarse a lo verdadero. Por eso es que salimos tres de nosotros. Si uno se veía en dificultades, los otros dos podrían llevarlo de regreso a la nave.

»Yo formé parte de aquel primer grupo. Anduvimos dando unas vueltas durante treinta minutos, tomando las cosas con calma y comunicándonos por radio con la nave. Gracias a Venus, la oscuridad no era tan absoluta como temíamos. El planeta pendía en el cielo, iluminándolo todo de tal manera que hasta se proyectaban algunas sombras. También eran visibles la Tierra y la Luna que formaban una hermosa estrella doble justo sobre el horizonte y daban bastante luz, de modo que en ese sentido no tuvimos grandes dificultades. Pero ni Venus ni la Tierra prestaban el menor calor a aquella tierra helada.

»Al navío no podíamos perderlo de vista, pues era el objeto más prominente en varios kilómetros a la redonda y, además, habíamos colocado un reflector muy potente en su proa. Con cierta dificultad logramos romper unos pedazos de roca y llevarlos con nosotros. No bien entramos con ellos en la cámara de compresión ocurrió algo muy extraño, pues instantáneamente se cubrieron de escarcha y se formaron sobre ellos unas gotas de líquido que comenzaron a caer al suelo y

evaporarse. Era el aire de la nave que se condensaba sobre los fragmentos helados de roca. Tuvimos que esperar media hora antes de que se calentaran lo suficiente como para tocarlos.

»Una vez seguros de que nuestros trajes podrían soportar la exposición a las condiciones imperantes en el hemisferio nocturno, hicimos viajes más largos, aunque nunca nos alejamos de la nave por más de un par de horas. Aun no habíamos llegado a las montañas, que estaban demasiado lejos. Yo solía pasarme horas observándolas por el telescopio electrónico, ya que había la luz suficiente para ello.

»Un día vi algo que se movía. Tanto me asombró esto que por un momento me quedé completamente inmóvil y con los ojos desorbitados. Después me recobré lo suficiente como para poner en funcionamiento la cámara.

»Ustedes deben haber visto la película. No es muy nítida debido a la poca luz; pero muestra la ladera de la colina con una especie de alud en primer plano y algo grande y blanco rebuscando entre las rocas. Cuando lo vi por primera vez parecía un espectro y puedo asegurarles que me asusté bastante. Después me sobrepuse con el entusiasmo de aquel descubrimiento y me dediqué a observarlo. No vi mucho, pero tuve la impresión general de un cuerpo más o menos esférico con cuatro patas por lo menos. Al fin desapareció y no volví a avistarlo.

»Naturalmente, dejamos todo lo demás y sostuvimos una conferencia urgente. Por suerte para mí, se me había ocurrido filmar la película, pues de otro modo me habrían acusado de embustero. Todos concordamos en que debíamos tratar de acercarnos a aquel ser; sólo faltaba saber si sería peligroso.

»No disponíamos de armas de ninguna clase, pero en la nave había una pistola de señales con la que por lo menos podríamos asustar a cualquier bestia que nos atacara. Yo llevé la pistola y mis dos acompañantes, que eran el navegante Borrell y el telegrafista Glynne, se munieron de un par de barrotes pesados. También llevábamos cámaras y equipos de luces por si podíamos obtener algunas fotos buenas. Calculamos que el número acertado de expedicionarios sería el de tres. No convendría mandar menos, y si el extraño ser era realmente peligroso, ni con toda la tripulación podríamos haberlo contenido.

»Tardamos más o menos una hora en cubrir el trayecto de ocho kilómetros que había hasta las montañas. Los de la nave constataron nuestro derrotero por medio de la radio y uno de los tripulantes estudiaba los alrededores con el telescopio a fin de advertirnos si se presentaba algún ser viviente. No creo que nos sintiéramos en peligro; estábamos demasiado entusiasmados para ello, y no creíamos posible que pudiera dañarnos ningún animal mientras lleváramos puestos los trajes espaciales. La poca gravedad y la fuerza extra que nos daba este detalle nos hizo ganar confianza.

»Al fin llegamos al deslizamiento de rocas e hicimos un descubrimiento muy raro. Por allí había estado alguien reuniendo piedras y rompiéndolas, ya que había

varias pilas de fragmentos rotos por los alrededores. Resultaba difícil interpretar el significado de esto, a menos que la criatura que buscábamos hallara su alimento entre las piedras.

»Recogí algunas muestras para analizarlas, mientras que Glynne fotografiaba nuestro descubrimiento y daba parte a la nave. Después comenzamos a recorrer los alrededores, manteniéndonos juntos por si acaso. La parte en que había ocurrido el deslizamiento de las rocas tenía un kilómetro y medio de anchura, y parecía como si hubiera cedido toda la ladera y se hubiese deslizado hacia abajo. Nos preguntamos qué sería lo que había causado aquello, pues no hay allí cambios climáticos. Además, como no hay erosión, no podíamos calcular en qué época se había producido la avalancha.

»Imagínense ahora el aspecto que presentaríamos al saltar por entre aquella maraña de rocas destrozadas, con la Tierra y Venus destacándose en el cielo como dos estrellas de primerísima magnitud y las luces de nuestra nave ardiendo en el horizonte. Ya para entonces estaba convencido de que nuestra presa debía ser un comedor de rocas, pues no parecía haber ninguna clase de alimentos en aquel planeta tan desolado.

»De pronto resonó en mi receptor el grito de Glynne que exclamaba: “¡Allí está! ¡Miren hacia aquel farallón!”.

»Nos volvimos para mirar y entonces pude ver bien al mercuriano. Se parecía más que nada a una araña gigantesca o quizás a uno de esos cangrejos de patas largas y delgadas. Su cuerpo era una esfera de un metro de diámetro y tenía un color blanco plateado. Al principio creíamos que contaba con cuatro patas, pero después descubrimos que eran en realidad ocho, cuatro de las cuales las llevaba de reserva bien pegadas al cuerpo. Las ponía en uso cuando el increíble frío de las rocas comenzaba a traspasar las capas de uñas aisladoras que formaban sus pies o cascos. Cuando se le enfriaban las patas, las subía y bajaba las de reserva.

»También tenía dos miembros delanteros, los que usaba en ese momento en rebuscar entre las rocas. Ambos terminaban en garras o pinzas córneas que daban la impresión de ser peligrosas. No había cabeza, sino sólo una protuberancia pequeña sobre la esfera que formaba el cuerpo. Después descubrimos que allí tenía dos ojos muy grandes para ver a la luz leve de las estrellas en el hemisferio nocturno, y dos pequeños para sus excursiones por la zona crepuscular más iluminada. Los ojos grandes, más sensitivos que los otros, los cerraba al andar por la luz.

»Lo observamos fascinados mientras pasaba por entre las rocas, deteniéndose aquí y allá para tomar una y hacerla polvo entre sus pinzas. Después aparecía algo similar a una lengua y con ella engullía el polvo.

»Borrell preguntó: “¿Qué estará buscando? Esas rocas parecen muy blandas. ¿No serán de tiza?” Luego de mirar un momento, le respondí: “Lo dudo. Su color no es el

de la tiza y ésta se forma sólo en el fondo de los mares. En Mercurio nunca ha habido grandes volúmenes de agua”.

»Glynne propuso que nos acercáramos más. “Desde aquí no puedo fotografiarlo bien. Tiene aspecto imponente, pero no creo que nos haga daño; lo más probable es que eche a correr no bien nos vea”.

»Empuñé la pistola de señales con más firmeza y le dije que podíamos avanzar, aunque advertí que debíamos hacerlo con lentitud y detenernos en cuanto nos descubriera el animal. Estábamos a unos treinta metros antes de que la bestia diera señales de interesarse en nosotros. Entonces giró sobre sus patas y pude ver sus grandes ojos que nos miraban al resplandor de Venus. Glynne pidió permiso para usar la lámpara relámpago, pues la luz no era suficiente para tomar una foto bien nítida. Tras un momento de vacilación le dije que lo hiciera. El animal hizo un movimiento brusco al relucir la luz de magnesio, y oí que Glynne exhalaba un suspiro de alivio al tiempo que comentaba: “Bueno, por lo menos ya tenemos una foto. ¿No podría tomar otra desde más cerca?”.

»Le contesté que no, agregando: “Podrías asustarlo o fastidiarlo, lo cual sería peor. No me gustan esas pinzas. Probemos de demostrarle que somos amigos. Quédense aquí mientras me adelanto; así no pensará que queremos atacarle todos”.

»Bueno, todavía sigo opinando que la idea no era mala; pero en aquellos días ignoraba yo las costumbres de los mercurianos. Cuando comencé a avanzar con lentitud, el animal pareció ponerse rígido, como un perro que defiende un hueso..., y por la misma razón, según calculé. Se irguió en toda su estatura, que llegaba casi a los dos metros y medio, y luego comenzó a mecerse de atrás hacia adelante, muy a semejanza de un globo cautivo movido por la brisa.

»Borrell me gritó que me volviera, que no debía arriesgarme tanto. “No pienso arriesgarme”, repuse. “No es fácil caminar hacia atrás estando dentro de un traje espacial, pero voy a intentarlo”.

»Había logrado retroceder unos metros cuando movió la bestia uno de sus miembros y asió una piedra. Su actitud era tan humana que comprendí lo que iba a pasar e instintivamente cubrí mi visor con el brazo. Un momento más tarde sentí que algo golpeaba la parte inferior de mi traje espacial con fuerza terrible. No me hizo daño, pero vibró todo el traje durante varios segundos, tiempo durante el cual contuve el aliento, esperando el zumbido fatal del aire que escapara por alguna abertura. Pero el traje resistió el impacto, aunque pude ver una abolladura bastante profunda en la parte correspondiente al muslo izquierdo. Seguro de que tal vez no sería tan afortunado si ocurría un nuevo ataque, decidí usar mi arma para distraer a la bestia.

»El cohete luminoso flotó muy lentamente en dirección a las estrellas, inundando el paisaje con una luz potente que hizo perder brillo a la de Venus. Entonces sucedió algo que no íbamos a entender hasta mucho después. Ya había visto yo un par de

bultos a cada lado del cuerpo del mercuriano, y mientras lo estábamos observando vimos abrirse esas protuberancias como la cubierta que tienen los escarabajos para las alas y de debajo de ellas aparecieron un par de alas negras y muy anchas. Tanto me asombró ver algo así en un mundo casi sin aire que me detuve de pronto. Después se extinguió la luz del cohete y al mismo tiempo se plegaron las alas para ser cubiertas nuevamente por sus protectores córneos.

»El animal no pareció dispuesto a seguirnos y no encontramos otros en aquella ocasión. Como han de imaginar, nos sentimos muy intrigados, y nuestros compañeros del navío casi no pudieron creernos cuando les contamos lo sucedido. Naturalmente, ahora que conocemos la respuesta del misterio, nos parece muy sencillo.

»Aquello que vimos desplegarse no eran realmente alas, aunque lo habían sido millones de años atrás, cuando Mercurio tenía su atmósfera. La bestia que habíamos descubierto era uno de los casos de adaptación más maravillosos que existen en el sistema solar. Su vivienda normal es la zona crepuscular; pero como los minerales de que se alimenta se han agotado en esos lugares, tiene que internarse a buscarlos en el hemisferio nocturno. Todo su cuerpo ha cambiado para resistir ese frío increíble, y ésa es la razón de que sea de color blanco plateado, pues este color deja escapar la menor cantidad posible de calor. Aun así, no puede permanecer indefinidamente en la zona nocturna, y debe volver cada tanto a la crepuscular, lo mismo como las ballenas de la tierra que tienen que subir a la superficie a aspirar aire. Cuando ve de nuevo el sol, despliega esas alas negras que son en realidad absorbentes de calor. Supongo que el cohete luminoso habrá provocado en él esa reacción, o quizá quiso absorber el poco calor que irradiaba.

»La carencia de alimentos debía *ser* tremenda para que la naturaleza hubiera tomado medidas tan drásticas. Los mercurianos no son realmente salvajes, pero tienen que luchar entre sí para sobrevivir. Como la cubierta córnea de sus cuerpos es casi invulnerable, atacan a las piernas. Una vez que queda impedido en la zona nocturna está condenado a morir, pues no puede llegar a la crepuscular antes de que se le agoten las reservas de calor. Por eso han aprendido a arrojar piedras a las patas de sus congéneres con puntería extraordinaria. Mi traje espacial debe haber intrigado al ejemplar que encontramos, no obstante lo cual hizo todo lo posible por dejarme impedido. Como me enteré poco después, había cumplido su propósito demasiado bien.

»Todavía no sabemos mucho respecto a esos seres, a pesar de los esfuerzos que se han hecho para estudiarlos. La verdad es que tengo una teoría que me gustaría se investigara. Me parece que, tal como algunos mercurianos se han adaptado de manera de poder recorrer la zona nocturna, puede haber otra variedad que haya entrado en el hemisferio diurno. Mucho me gustaría saber qué aspecto tendrán esos otros».

El comandante hizo un alto y tuve la impresión de que no deseaba continuar. Pero

nuestras miradas interrogantes le obligaron a hacerlo y prosiguió a poco:

«—Regresamos lentamente hacia la nave, todavía hablando sobre la bestia que acabábamos de ver, cuando comprendí de pronto que algo andaba mal, pues se me estaban enfriando mucho los pies. A poco noté que descendía la temperatura de mi traje espacial, absorbida por las rocas heladas que pisaba.

»De inmediato me hice cargo de lo sucedido. El golpe de la piedra debía haber interrumpido los circuitos de la calefacción de las piernas y nada podría hacer hasta llegar a la nave..., que estaba a seis kilómetros de distancia.

»Dije a los otros lo que había pasado y apretamos la marcha lo más posible. Cada vez que tocaba el suelo con los pies sentía ese frío que se tornaba cada vez más irresistible. Al cabo de un tiempo perdí por completo la sensibilidad, lo que por lo menos fué una pequeña ventaja. Mis piernas no eran ya más que dos trozos de materia insensible y aun me hallaba a tres kilómetros del navío cuando me fué imposible seguir moviéndolas. El frío había inmovilizado la articulación del traje espacial.

»Después tuvieron que llevarme mis compañeros, y debo haber perdido el conocimiento durante un tiempo. Lo recobré una vez cuando estábamos todavía en camino y por un momento creí que era presa del delirio, pues a mi alrededor reinaba una luz extraordinaria. En el cielo se veían notables llamas coloreadas que parecían llegar hasta las estrellas. Atontado como estaba, pasó un tiempo antes de que comprendiera de qué se trataba. La aurora, que es mucho más brillante en Mercurio que en la Tierra, había decidido efectuar una de sus exhibiciones. Esto fué muy irónico, aunque en esos momentos no pude apreciarlo. Aunque el planeta parecía arder a mi alrededor, yo estaba por morir helado.

»Pues bien, al fin llegamos, aunque no recuerdo cómo entramos en la nave. Cuando recobré el conocimiento, ya habíamos emprendido el regreso hacia la Tierra..., pero mis piernas habían quedado en Mercurio».

Durante largo rato estuvimos todos silenciosos. Después miró el piloto su cronómetro y exclamó:

—¡Diablos! ¡Debí haber constatado el curso hace ya diez minutos!

Esto terminó con el suspenso y todos volvimos a la realidad.

Durante los diez minutos siguientes estuvo ocupado el piloto en la consulta de sus instrumentos. Los primeros astronautas sólo tuvieron las estrellas para guiarse, pero ahora se dispone de toda clase de guías entre las que se cuenta la radio y el radar. Sólo se apelaba a los tediosos métodos astronómicos a gran distancia de la Tierra, ya fuera del alcance de las estaciones de nuestro planeta.

Me puse a observar los dedos del piloto que volaban sobre las teclas del calculador y vi de pronto que se quedaba rígido. Un momento más tarde volvía a tocar las teclas y repetía sus cálculos. Al salir la respuesta en el registro comprendí

que pasaba algo malo. Por un momento contempló el piloto aquellas cifras como si no pudiera creer en el testimonio de sus sentidos. Después soltóse las correas que lo sujetaban al asiento y deslizóse con rapidez hacia el ojo de buey más cercano.

Fui yo el único que se hizo cargo del detalle. Los otros estaban leyendo tranquilamente en sus literas o tratando de dormir un rato. Me dirigí entonces hacia uno de los ojos de buey y vi en el espacio al planeta hacia el que debíamos caer. De pronto sentí como si una mano helada me oprimiera el corazón y por un instante dejé de respirar. Ya para esa hora debía presentarse la Tierra de mucho más tamaño al caer nosotros desde la órbita del hospital. Sin embargo, a menos que me engañaran los ojos, era más pequeña que la última vez que la viera. Volví a mirar al piloto y su expresión confirmó mis temores.

¡Nos estábamos alejando hacia el espacio infinito!

9. El disparo de la Luna

—Comandante Doyle —llamó el piloto con voz queda—. ¿Quiere venir un momento?

El aludido se movió en su litera.

—¡Maldición, estaba casi dormido!

—Lo siento, pero... ha ocurrido un accidente. Nos hallamos en una órbita de alejamiento.

—¿Qué?

El rugido de Doyle despertó a todos los demás. De un violento enviñón saltó el comandante de la litera para flotar hacia el tablero de instrumentos. Siguió una rápida conferencia con el atribulado piloto y luego ordenó nuestro mentor:

—Comuníqueme con la Estación Electrónica más cercana. Me haré cargo de la nave.

—¿Qué pasó? —susurré a Tim.

—Creo que lo sé —repuso—, pero espera un momento antes de hacernos ideas demasiado sombrías.

Pasó casi un cuarto de hora antes de que se molestara nadie en explicarme lo sucedido. Durante ese lapso hubo una actividad febril: llamadas por radio, constatación de ruta y rápidos cálculos. Norman Powell, que estaba tan inactivo como yo, se compadeció al fin de mi ignorancia.

—Este ferry está maldito —gruñó en tono de disgusto—. El piloto ha cometido el único error de navegación que se podría considerar imposible. Debió haber aminorado la velocidad al llegar a los quince kilómetros por segundo. En cambio aplicó el impulso en dirección opuesta y hemos ganado velocidad en la misma proporción. Por eso, en lugar de caer hacia la Tierra, estamos saliendo al espacio.

Aun a mí me resultó difícil aceptar que alguien cometiera un error de tal naturaleza. Después supe que era una de esas aberraciones que no son tan raras como parecen. A bordo de una nave sideral que recorre una órbita libre, no hay manera de saber en qué dirección y a qué velocidad avanza uno. Todo debe hacerse por medio de los instrumentos y los cálculos, y si a cierta altura de las cosas se toma un signo de menos por uno de más, entonces es muy fácil desviar la nave en dirección opuesta a la que uno quiere en el momento de accionar los impulsores.

Naturalmente, se supone que el responsable de una nave efectúe otras comprobaciones para evitar errores; pero el caso es que esta vez no dieron resultado o el piloto no las hizo. Mucho tiempo después supimos la razón: La culpa no era del pobre piloto, sino de la válvula de oxígeno que se había atascado. Yo fui el único que perdió el conocimiento, pero todos los otros sufrieron también la falta de oxígeno. Es un mal muy serio, pues la víctima no se da cuenta de que le ocurre nada y comete

toda clase de equivocaciones estúpidas creyendo en todo momento que hace las cosas a la perfección.

Empero, lo importante no era saber cómo había ocurrido el accidente, sino buscarle solución al problema.

La velocidad extra que se imprimiera al ferry era suficiente para colocarnos en una órbita de escape. En otras palabras, viajábamos a tal celeridad que la Tierra no podría volver a atraernos. Íbamos hacia el espacio, a una región situada más allá de la órbita de la Luna, y no conoceríamos nuestra ruta exacta hasta que CAO V nos diera los cálculos necesarios. El comandante Doyle había dado por radio nuestra posición y velocidad, y ahora debíamos esperar nuevas instrucciones.

La situación era seria, aunque no desesperada; aun teníamos una cantidad apreciable de combustible. Claro que si lo usábamos ahora podríamos evitar alejarnos de la Tierra; pero entonces nos encontraríamos en una nueva órbita que podría no llevarnos cerca de una de las estaciones espaciales. Ocurriera lo que ocurriese, era necesario que obtuviéramos más combustible lo antes posible. La nave de corto alcance en la que nos hallábamos no había sido construida para excursiones muy largas en el espacio y llevaba una reserva limitada de oxígeno, de la que nos quedaba lo suficiente para cien horas más. Si no nos auxiliaban dentro de ese lapso, perderíamos la vida.

Parecerá raro; pero aunque ahora estaba realmente en peligro, no me sentí tan atemorizado como cuando me atrapó Cuthbert o cuando se introdujo el «meteorito» en la sala de clase. No sé por qué, esto parecía otra cosa. Disponíamos de varios días antes de que llegara la crisis, y todos confiábamos en que el comandante Doyle nos sacaría del aprieto.

Aunque no pudimos apreciarlo debidamente en esos momentos, había algo irónico en el hecho de que hubiéramos estado perfectamente a salvo si hubiésemos regresado en el *Estrella Matutina* en lugar de haber tomado la cuidadosa precaución de volver en otra nave.

Tuvimos que esperar casi quince minutos antes de que el personal de la Estación Interior calculara nuestra nueva órbita y nos la comunicara por radio. El comandante trazó entonces el rumbo y todos miramos por sobre su hombro para ver qué derrotero seguiría el ferry.

—Vamos hacia la Luna —dijo, trazando una línea con el índice—. Cruzaremos su órbita dentro de cuarenta horas y estaremos lo bastante cerca para que nos afecte bastante su campo de atracción. Si frenamos con los cohetes podemos dejar que nos capture.

—¿No sería una buena idea? Por lo menos dejaríamos de alejarnos hacia el espacio.

El comandante se rascó la barbilla con aire pensativo.

—No sé —confesó—. Todo depende de que haya en la Luna algunas naves que puedan subir a buscarnos.

—¿Y no podemos descender nosotros mismos cerca de una de las colonias lunares? —preguntó Norman.

—No. No tenemos suficiente combustible para el descenso. De todos modos, los motores no son lo bastante potentes... Ya deberías saberlo.

Calló Norman y se hizo un silencio que comenzó a afectarme los nervios. Me hubiera gustado contribuir con alguna idea brillante, mas no creí que las mías fueran mejores que las de Norman.

—Lo malo es que hay tantos factores en juego —declaró al fin el comandante—. Tenemos varias soluciones posibles para nuestro problema, pero lo que deseamos es hallar la más económica. Costará una fortuna si tenemos que llamar un navío de la Luna para que se ajuste a nuestra velocidad y nos pase algunas toneladas de combustible. Ésa es la solución más obvia y la menos conveniente.

Resultaba consolador saber que existía una solución, y fué eso todo lo que quise saber. Ya se ocuparía alguien de pagar la cuenta.

De pronto se iluminó el rostro del piloto, quien había estado sumido hasta entonces en la más profunda melancolía.

—¡Ya sé! —exclamó—. Deberíamos haberlo pensado antes. ¿Por qué no han de usar el lanzador que hay en Hiparco? Así podrían dispararnos combustible sin la menor dificultad, según puede verse en esta carta.

La conversación se tornó entonces muy animada y llena de términos técnicos de los que no entendí ninguno. Diez minutos después comenzó a desvanecerse la tristeza general, por lo que adiviné que habían llegado a una conclusión satisfactoria. Cuando hubo finalizado la discusión y se hubieron hecho todas las llamadas por radio, me llevé a Tim a un rincón y le amenacé con no dejarle en paz hasta que me hubiera explicado lo que pasaba.

—¿No conoces el lanzador de Hiparco? —me preguntó.

—¿Te refieres a ese aparato magnético que dispara tanques de combustible a los cohetes que ocupan órbitas alrededor de la Luna?

—Eso mismo. Es un doble riel magnético de ocho kilómetros de largo que corre de este a oeste a través del cráter de Hiparco. Eligieron ese lugar porque está cerca del centro del disco de la Luna y se hallaba próximo a las refinerías de combustible. Las naves que desean ser abastecidas se colocan en una órbita alrededor del satélite. Llegado el momento oportuno, los encargados del lanzador les disparan los recipientes hacia la órbita. La nave tiene que hacer ciertas maniobras por medio de disparos de cohetes para dar con el tanque, pero esto resulta mucho más barato que emplear un navío especial para trasladar el combustible.

—¿Y qué pasa con los tanques vacíos?

—Eso depende de la velocidad con que los lanzan. A veces vuelven a caer en la Luna; al fin y al cabo, allí hay lugar de sobra para que desciendan sin hacer daño a nadie. Pero por lo general se les imprime un impulso suficiente para que escapen de la atracción del satélite y se pierdan en el espacio.

—Comprendo. Así que vamos a acercarnos a la Luna para que nos disparen un tanque de combustible.

—Sí; ya están haciendo los cálculos necesarios. Nuestra órbita nos llevará detrás del satélite, a unos ocho mil kilómetros de altura. Ellos harán concordar la velocidad lo más exactamente posible al lanzar el tanque y nosotros tendremos que hacer el resto por nuestros propios medios. Claro que será necesario gastar un poco de combustible, pero valdrá la pena hacer esa inversión.

—¿Y cuándo sucederá todo esto?

—Dentro de cuarenta horas. Ahora estamos esperando las cifras correctas.

Probablemente era yo el único que se sintió complacido ante aquella perspectiva ahora que me sabía más o menos a salvo. Para los otros, esto era una desagradable pérdida de tiempo, pero a mí me daría el accidente una oportunidad de ver la Luna desde cerca, cosa que no hubiera soñado siquiera cuando salí de la Tierra.

Hora tras hora se fué achicando la Tierra y agrandando la Luna. Había poco que hacer, aparte de constatar la marcha de los instrumentos y efectuar llamadas regulares a las diversas estaciones espaciales y la base lunar. La mayor parte del tiempo la pasamos durmiendo y conversando, aunque en una oportunidad se me permitió hablar con mis padres por radio. Ambos parecían un poco afligidos, y por primera vez me hice cargo de que nuestra aventura sería de interés para todo el mundo. Empero, creo que logré convencerlos de que me estaba divirtiendo y que no había necesidad de alarmarse.

Ya se habían tomado todas las precauciones del caso y no había nada que hacer, salvo esperar hasta que hubiéramos pasado sobre la Luna y encontrado el recipiente. Aunque he observado el satélite con gran frecuencia por medio del telescopio, tanto desde la Tierra como desde la Estación Interior, era algo muy diferente estudiar las grandes llanuras y montañas a simple vista. Estábamos ya tan cerca que resultaba fácil ver los cráteres mayores a lo largo de la banda que separaba el día de la noche. La línea del amanecer acababa de pasar el centro del disco y ya amanecía en el cráter de Hiparco, donde estaban preparándose para auxiliarnos. Pedí permiso para usar el telescopio de la nave y miré hacia el profundo cuenco.

En seguida tuve la impresión de estar colgado en el espacio a unos ochenta kilómetros de altura. Hiparco llenaba completamente el campo visual y era imposible abarcarlo todo de una mirada. La luz del sol daba de manera oblicua sobre las derruidas paredes del cráter, proyectando larguísimas lagunas de sombras muy negras. Aquí y allá tocaba el alba los picos más altos, haciéndolos flamear como faros

en las tinieblas circundantes.

Entre las sombras del cráter había otras luces dispuestas en diminutas figuras geométricas que señalaban la ubicación de una de las colonias lunares. Ocultas a mi vista a causa de la oscuridad, estaban las grandes fábricas de productos químicos, las bóvedas dotadas de atmósfera propia, los aeropuertos y las estaciones de fuerza motriz que daban potencia al riel lanzador. Dentro de pocas horas serían claramente visibles al elevarse el Sol por sobre las montañas; pero ya para entonces habríamos pasado detrás del satélite y la cara que daba a la Tierra estaría oculta a nuestra vista.

Vi entonces un delgado trazo luminoso que se extendía en línea recta a través del llano oscurecido. Lo producían los reflectores del riel lanzador que estaban dispuestos a manera de lámparas a lo largo de un camino. Con ayuda de su luz, los ingenieros vestidos con trajes espaciales estarían revisando los grandes electromagnetos y constatando el buen funcionamiento del carro sobre las guías. El tanque de combustible estaría esperando en el arranque del riel, ya cargado y listo para ser colocado sobre el carro en el momento preciso. De haber sido de día allá abajo, quizá hubiera visto la operación en el momento en que un puntito diminuto corría velozmente por el riel, acrecentando cada vez más su impulso a medida que los generadores infundían más potencia a los magnetos. El puntito partiría desde el extremo del lanzador a una velocidad de más de ocho mil kilómetros por minuto, liberándose así de la atracción de la Luna. Al viajar en línea casi horizontal, la superficie del satélite se curvaría debajo del tanque, alejándose del mismo, mientras que éste seguiría hacia el espacio para ir a nuestro encuentro al cabo de tres horas de viaje.

Creo que el momento más impresionante de todas mis aventuras llegó cuando pasamos al otro lado de la Luna y pude ver con mis propios ojos el terreno que estuviera oculto a los ojos humanos hasta la época del cohete. Es verdad que había visto muchas películas y fotografías de aquella región, y es verdad también que no se diferenciaba casi en nada de la otra cara. Sin embarco me resultó emocionante. Pensé en todos los astrónomos que pasaran sus vidas trazando mapas del satélite sin haber visto jamás esa parte por la que estaba pasando yo ahora, ¡Qué no hubieran dado a cambio de la oportunidad que se me presentaba ahora por pura coincidencia!

Había olvidado casi la Tierra cuando Tim me llamó la atención hacia ella. La vi hundirse con rapidez hacia el horizonte lunar; la Luna se elevaba para eclipsarla al describir nosotros una amplia curva. Un arco cegador, azul-verdoso, el casquete del Polo Sur brillando en el cielo, el reflejo del Sol que formaba un laso de fuego en el Océano Pacífico, tal era mi hogar, situado ahora a cuatrocientos mil kilómetros de distancia. Lo vi descender tras los hostiles picos lunares hasta que sólo quedó visible un borde brumoso que desapareció a poco. El Sol seguía con nosotros, pero la Tierra habíase desvanecido. Hasta ese momento estuvo siempre en el cielo, formando parte

integrante de nuestro mundo. Ahora no nos quedaban más que el Sol, la Luna y las estrellas.

El recipiente de combustible marchaba ya a nuestro encuentro. Habíanlo lanzado una hora antes, avisándonos por radio que seguía la órbita calculada. El campo gravitacional de la Luna curvaría su rumbo, haciéndolo pasar a pocos centenares de kilómetros del nuestro. Así, pues, no nos quedaba otro trabajo que hacer concordar nuestra velocidad con la del tanque por medio de algunos disparos de cohetes, y una vez que hubiéramos establecido contacto, conectarlo y succionar su contenido. Después podríamos volvernos a casa, mientras que el recipiente vacío seguiría vagando por el espacio con el resto de la basura que circula actualmente por el sistema solar.

—¿Pero y si llegara a tocarnos directamente? —pregunté ansiosamente a Norman—. Al fin y al cabo, esto es lo mismo que disparar un cañón contra un blanco..., y el blanco somos nosotros.

Mi amigo rompió a reír.

—Se estará moviendo muy lentamente cuando llegue hasta nosotros, y lo ubicaremos con el radar cuando esté aún muy lejos, de modo que no hay peligro de chocar. Para el momento en que esté realmente cerca, ya habremos hecho concordar las dos velocidades, y si nos tocamos, será un choque tan leve como el de dos copos de nieve que se encuentran.

Esto me resultó tranquilizador, aunque en realidad no me agradaba la idea de que el proyectil proveniente de la Luna se acercara hacia nosotros por el espacio...

Vimos las señales del tanque cuando se hallaba éste a mil quinientos kilómetros de distancia, y no lo ubicamos por medio del radar, sino gracias al aparato radial que llevan todos esos proyectiles para que se los pueda descubrir a tiempo. Luego de esto me mantuve apartado mientras el comandante y el piloto se ocupaban de efectuar la maniobra necesaria. Fué una operación delicada esto de guiar la nave hasta que concordara su curso con el del proyectil todavía invisible. Nuestra reserva de combustible era demasiado escasa para permitir más errores, y todos lanzamos un suspiro de alivio cuando el reluciente cilindro quedó pegado a nuestro casco.

El trabajo de cargar el combustible insumió unos diez minutos, y cuando se hubieron detenido nuestras bombas ya había reaparecido la Tierra de detrás del satélite, lo cual nos pareció una señal de buen augurio. Una vez más éramos dueños de la situación y de nuevo teníamos nuestro hogar a la vista.

Cuando se pusieron en marcha los motores me puse yo a observar la pantalla del radar. El recipiente vacío, ya había sido desconectado, parecía caer con lentitud hacia popa. En realidad éramos nosotros los que caíamos, conteniendo nuestra marcha para volver hacia tierra. El tanque seguiría viajando hacia el espacio ahora que había cumplido su función.

El alcance máximo de nuestro radar era de ochocientos kilómetros, y me puse a observar el puntito brillante que representaba el tanque vacío mientras se alejaba con lentitud hacia el borde de la pantalla. Era el único objeto lo bastante cercano como para producir un eco. Probablemente, el sector del espacio que recorrían las ondas del radar debía contener un número apreciable de meteoros, pero éstos eran demasiado pequeños para provocar una señal visible. Sin embargo resultaba fascinador observar aquella pantalla casi vacía, y al mirarla parecíame ver el globo de mil quinientos kilómetros de diámetro en cuyo centro nos hallábamos viajando. Nada voluminoso podía entrar en aquel sector sin que nuestras ondas invisibles lo descubriesen y dieran la alarma.

Ya estábamos de nuevo en ruta y no nos alejábamos hacia el espacio. El comandante Doyle había decidido no regresar directamente a la Estación Interior, pues nuestra reserva de oxígeno estaba menguando constantemente. En cambio, haríamos alto en una de las tres Estaciones Electrónicas situadas a tres mil quinientos kilómetros de altura sobre la Tierra. Allí reaprovisionaríamos el ferry antes de cubrir la última etapa del viaje.

Estaba por desconectar el radar cuando vi una chispa débil en su alcance máximo. Desapareció un segundo más tarde al moverse la onda a otro sector del espacio, y esperé hasta que la misma hubo dado una vuelta completa, preguntándome mientras tanto si me habría equivocado. ¿Habría otras naves siderales por los alrededores? Naturalmente, esto era muy posible.

Lo comprobé casi en seguida, pues la chispa apareció en la misma posición. Ya sabía cómo se manejaba el buscador y detuve la onda a fin de fijarla en el eco distante. El objeto se hallaba casi a ochocientos kilómetros de distancia, avanzando muy lentamente en relación con nosotros. Lo estuve observando unos segundos y llamé luego a Tim. Probablemente no era nada lo bastante importante como para molestar al comandante. Empero, existía la posibilidad de que se tratara de un meteoro realmente grande, en cuyo caso valdría la pena investigar. Uno que produjera un eco tan prominente debía ser demasiado voluminoso para llevar a la estación, pero quizá podríamos romperle algunos pedazos para llevárnoslos como recuerdo..., siempre que hiciéramos concordar nuestra velocidad con la del vagabundo del espacio.

Tim se hizo cargo del aparato inmediatamente. Creyó que había ubicado de nuevo al tanque de combustible vacío, lo cual me fastidió no poco, ya que con ello demostraba tener muy poca fe en mi sentido común. Pero se convenció muy pronto de que el objeto se hallaba en otra parte del espacio y en seguida desvaneciéndose su escepticismo.

—Debe ser una nave sideral, aunque el eco no es lo bastante visible —musitó—. Pronto lo sabremos. Si es una nave, irá emitiendo una cadencia radial.

Sintonizó el receptor sin resultado alguno. Había algunos navíos en otras partes del espacio, pero ninguno tan próximo como para hallarse al alcance de nuestro radar.

Norman habíase unido a nosotros y estaba mirando por sobre el hombro de Tim.

—Si es un meteoro, esperemos que tenga platino u otro metal valioso —dijo—. En tal caso podríamos vivir de renta.

—¡Ba! —protesté—. ¡Fui yo el que lo encontré!

—Eso no cuenta. No perteneces a la tripulación y no deberías estar aquí.

—No te aflijas —me dijo Tim—, nadie ha hallado otra cosa que hierro en los meteoros. Lo más que se puede esperar es un pedazo de níquel demasiado duro para romperlo.

Ya habíamos calculado el rumbo del objeto y descubierto que pasaría a unos veinticinco kilómetros del nuestro. Si deseábamos tomar contacto, tendríamos que cambiar nuestra velocidad en unos trescientos kilómetros de hora, lo cual no era mucho, aunque consumiría una parte importante del combustible tan duramente ganado, cosa que no permitiría el comandante sólo para satisfacer nuestra curiosidad.

—¿De qué tamaño tendría que ser para producir un eco tan brillante? —pregunté.

—No se sabe —repuso Tim—. Depende de las materias que lo compongan y del punto hacia el que mira. Hasta un navío sideral podría producir un eco así si estuviera de proa o de popa hacia nosotros.

—Me parece que lo veo —declaró Norman de pronto—. Y no es un meteoro. Miren ustedes.

Había estado observando con el telescopio del ferry, y de inmediato fui yo a mirar, adelantándome a Tim. Contra el fondo de las estrellas veíase girar con lentitud en el espacio a un objeto cilíndrico brillantemente iluminado por el sol. Aun a primera vista noté que era artificial. Cuando lo hube observado dar una vuelta completa, noté que tenía líneas aerodinámicas y una proa puntiaguda. Parecíase mucho más a las antiguas balas de cañones que a un cohete moderno. Su construcción aerodinámica indicaba que no podía ser un tanque vacío proveniente del lanzador de Hiparco, ya que los recipientes que partían de allí eran cilindros gruesos y cortos que no debían vencer la resistencia de ninguna atmósfera.

El comandante Doyle se quedó mirando largo rato por el telescopio después que lo hubimos llamado. Finalmente declaró:

—Sea lo que fuere, conviene que le echemos un vistazo y demos el informe. Tenemos combustible suficiente para desviarnos unos minutos.

El ferry giró en el espacio cuando comenzamos a corregir la dirección. Los cohetes dispararon unos segundos, se constató el nuevo rumbo y de nuevo hubo otros disparos. Luego de varios impulsos más breves, llegamos a menos de un kilómetro y medio del misterioso objeto y empezamos a acercarnos a él bajo el impulso de los cohetes direccionales. Durante todas aquellas maniobras fué imposible usar el

telescopio, de modo que cuando volví a ver a aquel vagabundo del espacio, noté que se hallaba apenas a cien metros a estribor de nuestra nave y se aproximaba con gran lentitud.

En seguida descubrí que era un cohete de especie desconocida para mí. Ignorábamos qué hacía tan cerca de la Luna, pero se ofrecieron varias teorías. Como no medía más de tres metros de largo, bien podía ser uno de los proyectiles automáticos de reconocimiento que se lanzaron al espacio en la primera época de los viajes siderales. El comandante no creyó probable esto, pues estaba seguro de que se habían recogido todos. Además, no parecía llevar los aparatos de radio y televisión que eran parte integrante de aquellos proyectiles.

Estaba pintado de rojo vivo, color muy raro para algo que viaje por el espacio. Vi algunas letras a un costado, aunque no me fué posible interpretar las palabras que formaban. Al rotar lentamente el proyectil apareció a la vista un dibujo negro sobre un fondo blanco, pero desapareció antes de que me fuera posible estudiarlo bien. Aguardé hasta que volviera a aparecer, y ya para entonces se había acercado más el cohete y se hallaba apenas a cincuenta metros de distancia.

—No me gusta su aspecto —masculló Tim Benton, casi para sí—. El color rojo es señal de peligro.

—No seas miedoso —gruñó Norman—. Si fuera una bomba o algo por el estilo, no tendría señales que lo indicaran.

Entonces volvió a aparecer el dibujo que atisbara poco antes. Aun a primera vista habíale notado algo familiar y ahora ya no me cupo duda de lo que era.

Claramente pintado sobre el casco del proyectil veíase el símbolo de la muerte representado por la clásica calavera y los huesos cruzados.

10. La Estación Electrónica

El comandante debió haber visto el ominoso aviso tan rápidamente como nosotros, pues un instante más tarde rugieron los cohetes de manera fugaz. El proyectil rojo viró con lentitud hacia un costado y empezó a alejarse del ferry. En el momento en que llegó a estar más próximo pude leer las palabras trazadas debajo de la calavera con los huesos cruzados y comprendí la razón de la brusca maniobra. El aviso decía:

¡CUIDADO!
¡DESECHOS RADIATIVOS!
COMISIÓN DE LA ENERGÍA ATÓMICA

—Ojalá tuviéramos a bordo un contador Geiger —murmuró el comandante en tono reflexivo—. Sin embargo, después de tanto tiempo no puede ser muy peligroso y no creo que hayamos recibido una dosis seria.

Así y todo, pediremos un recuento de glóbulos rojos no bien regresemos a la base.

—¿Cuánto tiempo le parece que ha andado por aquí? —preguntó Norman.

—Veamos; creo que empezaron a librarse de los desechos peligrosos de esta manera en 1970. No lo hicieron mucho tiempo, pues las corporaciones espaciales se ocuparon de ponerle punto final al sistema. Naturalmente, en la actualidad sabemos cómo deshacernos de los subproductos de las pilas atómicas; pero en aquella época había muchos isótopos con los que no sabían qué hacer. ¡Vaya una manera drástica de librarse de ellos!

—Ya había oído hablar de estos recipientes de desechos —comentó Tim—, pero creía que los habían recogido todos y enterrado en alguna parte de la Luna.

—Al parecer se les pasó éste por alto, pero lo liquidarán no bien pasemos nuestro informe. ¡Muy bien. Malcom! Has contribuido a que el espacio sea un lugar más seguro.

Me complació el cumplido, aunque continuaba preocupado por si habíamos recibido una dosis peligrosa de radiaciones de los viejísimos isótopos contenidos en aquel ataúd celestial. Por suerte resultaron infundados mis temores, pues nos habíamos alejado con demasiada rapidez para sufrir ningún daño.

Tiempo después conocimos la historia del proyectil extraviado. La Comisión de Energía Atómica se avergüenza todavía de aquel episodio, y pasaron varias semanas antes de que dieran detalles al respecto. Finalmente admitieron haber despachado el recipiente de desechos en 1981. Lo lanzaron con la intención de que se estrellara en la Luna, mas no llegó nunca a ella. Los astrónomos se entretuvieron bastante buscando la causa de que el objeto se hubiera colocado en la órbita en que lo hallamos y su informe fué una complicada historia en cuya factura entraba la

influencia gravitacional de la Tierra, el Sol y la Luna.

Nuestro desvío no nos había costado mucho tiempo, y sólo llevábamos unos minutos de retraso cuando entramos en la órbita de la Estación Electrónica Dos, la que se encuentra sobre la Latitud 30° Este, sobre el centro de África. Ya para entonces estaba acostumbrado a ver objetos extraños en el espacio, de modo que la estación no me asombró en lo más mínimo cuando la avisté por primera vez. El satélite artificial consistía de una reja delgada y rectangular con uno de sus lados de frente a la Tierra. Cubrían este lado centenares de reflectores cóncavos de pequeño tamaño que formaban el sistema de enfoque destinado a lanzar las ondas de radio al planeta o captarlas cuando llegaban desde el mismo.

Nos aproximamos cuidadosamente, tomando contacto con la parte posterior de la estación. Cualquier piloto que pasara con su nave frente a la misma perdía toda su popularidad, ya que con ello podría causar la falla temporaria de millares de circuitos y el bloqueo de las ondas hertzianas. Se debe esto a que todos los servicios de comunicación de larga distancia del planeta, así como la mayoría de los de radio y televisión, pasan por las Estaciones Electrónicas.

Al mirar con más atención descubrí que había otros dos sistemas reflectores de ondas que apuntaban, no hacia la Tierra, sino en las dos direcciones situadas a sesenta grados del planeta. Estos reflectores proyectaban las ondas hacia las otras dos estaciones, de modo que las tres juntas formaban un vasto triángulo que giraba con la rotación de la Tierra.

No pasamos más que doce horas en aquella base, mientras que se revisaba y aprovisionaba nuestra nave. Al piloto no volví a verlo, aunque supe después que lo habían exonerado en parte de su responsabilidad en el accidente. Cuando continuamos nuestro viaje interrumpido, fué bajo la dirección de otro capitán, quien no se mostró dispuesto a hablar de la suerte corrida por su colega. Los pilotos del espacio forman un grupo muy selecto y exclusivo que jamás comenta los errores de sus miembros con la gente ajena al gremio. Supongo que no se les puede censurar por esto, ya que su trabajo es uno de los que más responsabilidad exigen.

La parte residencial en la Estación Electrónica se asemejaba mucho a la que teníamos en la Estación Interior, de modo que no perderé tiempo describiéndola. De cualquier modo, no estuvimos allí el tiempo suficiente para visitarlo todo, y el personal tenía demasiado trabajo para ocuparse de mostrarnos el satélite. Eso sí, los encargados del servicio de televisión nos pidieron que nos presentáramos para describir nuestras aventuras desde el momento en que partimos del hospital. La entrevista se celebró en una sala improvisada y tan pequeña que no daba cabida a todos, de modo que tuvimos que entrar silenciosamente y uno por uno cuando se dio la señal. Parecía raro que no hubiera mayores comodidades allí en el corazón de la red televisora de todo el planeta. Empero, esto era bastante razonable, ya que era

rarísimo que se efectuara una transmisión directa desde la Estación Electrónica.

También pudimos echar un fugaz vistazo a la sala principal de mandos, aunque puedo asegurar que no entendimos mucho de lo que vimos. Había centenares de perillas y luces coloreadas, así como empleados que observaban innumerables pantallas y accionaban palancas de todo tamaño. Por los altavoces llegaban palabras pronunciadas en todos los lenguajes conocidos, y al pasar por detrás de cada operador vimos encuentros de fútbol, cuartetos de cuerdas, carreras de aviones, hockey, exhibiciones de arte, títeres, óperas..., en fin una muestra de todos los espectáculos mundiales, los que dependían para su proyección de aquellas tres balsas de metal que flotaban a treinta y cinco mil kilómetros de altura.

Naturalmente, no todo el trabajo de la Estación Electrónica se centralizaba en la Tierra. Por allí pasaban los circuitos interplanetarios; si Marte deseaba llamar a Venus, a veces era conveniente enviar los mensajes por intermedio de las estaciones de la Tierra. Escuchamos algunos de los mensajes, casi todos en clave telegráfica, de modo que no logramos entenderlos. Como las ondas de radio tardan varios minutos en salvar el abismo entre los planetas, no se suele sostener conversaciones entre un mundo y otro, salvo que sea entre la Tierra y la Luna, y aun en ese caso hay que soportar una fastidiosa demora de casi tres segundos entre pregunta y respuesta.

Aunque estuve allí un tiempo muy breve, noté algo que me impresionó extraordinariamente. Desde todos los otros puntos que había visitado podía uno ver la Tierra «abajo» y verla girar sobre su eje, presentando sus continentes a medida que pasaban las horas. Pero allí no existían tales cambios. La Tierra mantenía siempre la misma cara hacia la estación. Verdad es que se sucedían los días y las noches en el planeta; pero con todos los amaneceres y los crepúsculos estaba siempre la estación en el mismo sitio, flotando eternamente sobre un punto de Uganda, población situada a trescientos kilómetros del Lago Victoria. Debido a esto resultaba difícil creer que el satélite artificial se moviera, aunque en realidad viajaba alrededor de la Tierra a más de diez mil kilómetros por hora. Pero como tardaba un día exacto en completar su recorrido, permanecería siempre fijo sobre África, tal como las otras dos estaciones pendían sobre las costas opuestas del Pacífico.

Éste era sólo uno de los varios detalles que la diferenciaban de la Estación Interior. Los servidores de aquí hacían un trabajo que les mantenía en contacto con todo lo que ocurriera en la Tierra, enterándose de muchas cosas mucho antes de que lo supieran en el planeta. Sin embargo estaban también en las fronteras del espacio, pues no había allí nada que se interpusiera entre ellos y la órbita de la Luna. Era aquélla una situación extraña que me hizo desear permanecer en el lugar un poco más. A menos que sucedieran otros accidentes imprevistos, mis vacaciones en el espacio llegaban ya a su fin. Había perdido la nave que debía llevarme a casa, mas esto no me ayudó tanto como esperaba. Supe que se proyectaba enviarme a la

Estación Residencial y mandarme desde allí por el ferry del servicio regular, de modo que descendiera a la Tierra con los pasajeros provenientes de Marte y Venus.

Nuestro viaje de regreso a la Estación Interior estuvo desprovisto de incidentes y resultó algo tedioso. No pudimos persuadir al comandante que nos contara más anécdotas, y creo que estaba un poco avergonzado por haber sido tan hablador en el viaje de salida. Además, esta vez no quería dejar de vigilar al piloto.

Tuve la impresión de regresar al hogar cuando se presentó a mi vista el caos familiar de la Estación Interior. No había cambiado allí casi nada. Faltaban algunas naves, pero había otras que ocupaban sus puestos y eso era todo. Los otros aprendices nos aguardaban en la cámara de compresión y recibieron al comandante con un prolongado hurra, aunque después nos tomaron un poco el pelo por nuestras diversas aventuras. El hecho de que el *Estrella Matutina* siguiera en el hospital motivó muchas quejas y nunca conseguimos que el comandante cargara con toda la responsabilidad de que así fuera.

Pasé casi todo el último día de estada en la estación reuniendo autógrafos y recuerdos. Los muchachos me dieron una sorpresa al regalarme un hermoso modelito de la estación hecho por ellos en material plástico. Tanto me emocionó el regalo que me quedé mudo y no supe cómo agradecerles la atención.

Al fin tuve todo preparado y pedí al cielo que mi equipaje no sobrepasara el límite de peso establecido. Me quedó entonces una sola despedida que hacer.

El comandante se hallaba sentado a su escritorio, tal como lo viera la primera vez que entré en la estación. Pero ahora no me resultaba tan aterrador, pues había llegado a conocerle y admirarle. Esperaba no haber causado demasiadas molestias con mi estada y así traté de expresarlo. Doyle sonrió al oírme.

—Podría haber sido peor —manifestó—. En general supiste portarte muy bien, aunque lograste aparecer en... los lugares más inesperados. No sé si enviar a la World Airways una cuenta por el combustible extra que nos hiciste gastar en nuestro viaje. Debe sumar una suma considerable de dinero.

Me pareció mejor no decir nada, y a poco siguió hablando, luego de haber revuelto un poco sus papeles.

—Amigo Roy, seguramente te darás cuenta de que son muchos los jóvenes que solicitan puestos aquí y no los consiguen, pues las condiciones que se exigen son bastante difíciles de cumplir. Pues bien, estas últimas semanas me he fijado mucho en ti y he notado cómo te has ido comportando. Si cuando tengas la edad suficiente deseas presentar tu solicitud, tendré mucho gusto en recomendarte.

—¡Gracias, señor!

—Claro que tendrás que estudiar muchísimo. Has visto cómo se divierten y juegan tus compañeros, pero no has tenido que hacer sus trabajos ni que pasarte aquí meses esperando que llegue tu licencia y preguntándote por qué te alejaste de la

Tierra.

Nada podía contestar a esto; probablemente debía ser un detalle que afectaba al comandante más que a ningún otro. Por su parte, se impulsó con la mano izquierda para levantarse del asiento y me tendió la diestra. Cuando nos estrechamos la mano, volví a recordar nuestro primer encuentro. ¿Cuánto tiempo había pasado desde entonces? De pronto me hice cargo de que, a pesar de haberlo visto diariamente, había olvidado que no tenía piernas. Tan bien se adaptaba al medio ambiente que éramos los demás los que parecíamos fenómenos.

Me llevé una sorpresa al llegar a la cámara de compresión por la que debía salir. Aunque no había pensado mucho en ello, supuse que sería uno de los transportes normales el que me llevaría a la Estación Residencial. En cambio, vi allí a la destartada *Alondra del Espacio* amarrada a uno de los parantes. Me pregunté entonces qué pensarían nuestros orgullosos vecinos cuando llegara ese objeto extraño a sus puertas, y me dije que mis amigos hacían aquello con la sola intención de fastidiarme.

La tripulación estaba constituida por Tim Benton y Ronnie Jordan, quienes me ayudaron a pasar el equipaje por la cámara. Luego de mirar dubitativamente la cantidad de maletas y paquetes, me preguntaron si conocía las tarifas espaciales. Por suerte, el viaje de regreso es el más barato, y aunque pasé algunos apuros, logré llegar a casa con todos mis bártulos.

Frente a nosotros se fué agrandando lentamente el gran tambor giratorio de la Estación Residencial, mientras que a popa se empequeñecía la desordenada colección de cámaras y corredores atmosféricos que fuera mi hogar por tanto tiempo. Con gran cuidado guió Tim la *Alondra* hasta el eje de la estación. No vi entonces lo que sucedió, pero salieron a nuestro encuentro dos grandes brazos articulados que nos atrajeron con lentitud hasta que las dos cámaras de compresión quedaron unidas.

—Bueno, hasta la vista —me dijo Ron—. Supongo que volveremos a verte.

—Así lo espero —repuse, sin saber si mencionar la oferta del comandante—. Vengan a verme cuando estén en la Tierra.

—Gracias. Espero que tengas un buen viaje.

Les di la mano a ambos, sintiéndome bastante acongojado al despedirme. Después se cerraron las puertas y entré en el hotel flotante que fuera mi vecino durante tantos días, pero al que no visitara hasta entonces.

La cámara de compresión terminaba en un amplio corredor circular en el que me aguardaba un mozo de uniforme, a quien entregué mi equipaje. Le miré luego con interés cuando colocó todas mis cosas contra la pared del corredor y me dijo que me situara al lado de las maletas. Después hubo una vibración leve y en seguida recordé el experimento que hiciéramos en el tambor de fuerza centrífuga del hospital. Lo mismo estaba ocurriendo aquí. El corredor comenzaba a girar, imitando la rotación

del hotel, y la fuerza centrífuga me dotaba de nuevo de peso. Recién después que igualaran las dos velocidades podría entrar en la estación.

A poco sonó un timbre y me hice cargo de que ya concordaban las dos velocidades. La fuerza que me atraía hacia la pared curvada era muy leve, pero se iría acrecentando a medida que me alejara del centro del hotel, hasta que, ya en el anillo exterior, se igualaría a la atracción de la tierra. No tenía apuro en experimentar esto de nuevo luego de mi largo período de libertad absoluta. El corredor finalizaba en una puerta que daba acceso a un ascensor. Siguió un breve viaje durante el cual sucedió algo curioso con la dirección vertical, tras de lo cual abrióse la puerta para dejar al descubierto un amplio hall. Me resultó difícil creer que no me hallaba en la Tierra, ya que aquello parecía el vestíbulo principal de un hotel de lujo. Vi allí el mostrador de recepción y los clientes que hacían preguntas y presentaban quejas. El personal uniformado andaba de un lado a otro, y de vez en cuando se llamaba a uno de los clientes por el sistema de altavoces. Solamente las largas zancadas con que caminaba la gente indicaba que no era aquello la Tierra. Y sobre el mostrador de recepción vi un cartel que decía:

Gravedad en este piso: 1/3 de la Tierra

Comprendí que aquella gravedad era más apropiada para los colonizadores que regresaban de Marte. Probablemente venían del planeta rojo todas aquellas personas que me rodeaban.

Cuando hube firmado el registro, me destinaron un cuarto diminuto en el que sólo cabía una cama, una silla y un lavatorio. Tan extraño me resultó ver otra vez el agua corriente que lo primero que hice fué abrir la canilla y ponerme a mirar el líquido que se amontonaba en el cuenco del lavatorio. De pronto me di cuenta de que también debía haber baños, y de inmediato salí en busca de uno. Estaba harto de tomar duchas complicadas.

Así fué cómo pasé mi primera noche en la Estación Residencial. A mi alrededor se hallaban los viajeros que regresaban de mundos lejanos y podían relatarme extrañas aventuras, pero todo ello esperarí a mañana. Por el momento aprovecharía una de las satisfacciones que sólo era posible obtener donde existiera la gravedad; me introduciría en una gran masa de agua que no intentaría volar para convertirse en una gigantesca gota de lluvia errabunda.

11. El motel de las estrellas

Estaba ya avanzada la «tarde» cuando llegué a la Estación Residencial. Allí habían ajustado el tiempo al ciclo de noches y días existente en nuestro planeta, de modo que cada veinticuatro horas se amenguaban las luces, descendía el silencio y todos los huéspedes íbanse a la cama. En las paredes exteriores de la estación podría estar brillando el sol o quizás se hallara eclipsado por la tierra; todo ello no importaba aquí en este mundo de amplios corredores curvados, gruesas alfombras, luces suaves y voces murmurantes. Allí reinaba nuestro tiempo particular y nadie prestaba atención al Sol.

No dormí bien aquella primera noche en que experimenté de nuevo la fuerza de gravedad, aunque sólo tenía una tercera parte del peso al que estuviera acostumbrado toda mi vida. Resultábame difícil respirar y tuve sueños desagradables. Una y otra vez me pareció trepar una empinada colina con un gran peso sobre mis espaldas. Me dolían las piernas, mis pulmones parecían a punto de estallar y la colina no terminaba nunca. Por más que me esforzara, jamás llegaba a la cumbre.

Empero, al fin logré dormirme del todo y no recordé nada más hasta que me despertó uno de los mozos con el desayuno, el que comí sobre una bandeja colocada encima de la cama. Aunque estaba ansioso por visitar el hotel, me tomé un tiempo para desayunar con tranquilidad, ya que era aquélla una experiencia nueva que deseaba saborear en toda su extensión. Eso de tomar el desayuno en la cama era ya de por sí bastante lujo, y tomarlo por añadidura en una estación espacial colmaba la medida de todas mis esperanzas.

Cuando me hube vestido salí a explorar mi nuevo alojamiento. Lo primero a lo que me tuve que acostumbrar fué ver todos los pisos curvados. Naturalmente, también debía habituarme a la idea de que *eran* pisos, luego de haberme pasado sin ellos durante tanto tiempo. La razón de esto es muy sencilla; ahora encontrábame viviendo dentro de un gigantesco cilindro que giraba lentamente alrededor de su eje. La fuerza centrífuga, la misma que sostenía a la estación en el espacio, obraba nuevamente, adhiriéndome al costado del tambor giratorio. Si caminaba uno directamente hacia adelante, podía recorrer toda la circunferencia de la estación y volver al punto de partida. En cualquier punto, la parte de «arriba» sería hacia el eje central del cilindro, lo cual significaba que alguien que se hallara a unos metros de distancia, en un punto algo alejado de la curva de la estación, parecería estar ligeramente inclinado hacia uno. Sin embargo, para el otro sería todo perfectamente normal y uno mismo sería el que estaría inclinado. Al principio resultaba esto muy extraño; pero, como ocurre con todo, al final terminaba uno por acostumbrarse. Los proyectistas de la estación habían apelado a muchos ardides de decoración a fin de ocultar estos detalles, y en las habitaciones más pequeñas la curva del piso era

demasiado leve para que se notara.

La estación no estaba compuesta de un solo cilindro, sino de tres, uno dentro del otro. La sensación de peso iba aumentando a medida que se alejaba uno del centro. El cilindro interior era el piso correspondiente a «Un tercio de la gravedad terrestre», y debido a que era el más próximo a las cámaras de entrada en el eje de la estación, estaba destinado principalmente al tránsito de pasajeros y su equipaje. Decíase que si se quedaba uno el tiempo suficiente junto al pupitre de recepción, podría ver a todas las personas importantes de los cuatro planetas conocidos.

Alrededor de este cilindro central estaba el piso más espacioso correspondiente a «Dos tercios de la gravedad terrestre». Se pasaba de un piso a otro por los ascensores o por escaleras curiosamente curvadas, y resultaba algo muy curioso descender por una de aquellas escaleras. Al principio descubrí que se requería mucha fuerza de voluntad para hacerlo, pues aun no me había acostumbrado ni siquiera a la tercera parte de mi peso terrestre. Al descender con lentitud por los escalones, tomándome de la barandilla con gran firmeza, me pareció que me tornaba cada vez más pesado. Al llegar al piso eran mis movimientos tan lentos y pesados que creí que me miraría todo el mundo. Empero, pronto me acostumbré a aquello; así tenía que ser si alguna vez habría de regresar a la Tierra.

La mayor parte de los pasajeros se hallaban en el piso de los «Dos tercios». Casi todos ellos provenían de Marte, y aunque habían estado experimentando el peso normal de la Tierra durante las últimas semanas de su viaje —debido al movimiento rotatorio de la nave— era evidente que todavía no les agradaba aquello. Caminaban con gran cuidado y en todo momento hallaban excusas para «subir» al piso superior, donde la gravedad era igual a la de Marte.

Hasta entonces no había conocido colonizadores marcianos, y al verlos me resultaron fascinadores. Sus ropas, su manera de hablar y todo en ellos me eran muy extraños, aunque a menudo resultaba difícil saber en qué residía su rareza. Todos parecían conocerse muy bien y se llamaban por sus nombres de pila. Tal vez esto no era sorprendente luego de su largo viaje, pero después descubrí que así era siempre en Marte. Las aldeas eran todavía lo bastante pequeñas como para que se conocieran todos.

Me sentí algo solitario entre todos aquellos desconocidos, y pasó un tiempo antes de que trabara amistad con alguien. En aquel piso había algunas tiendas donde podía uno adquirir artículos de tocador y recuerdos, y estaba visitándolas cuando entraron en una de ellas tres de los colonizadores. El mayor era un muchacho de más o menos mi edad; las dos jóvenes que lo acompañaban debían ser sus hermanas.

—Hola —me saludó el joven—. Tú no estabas en el navío.

—No —repuse—. Acabo de llegar de la otra estación.

—¿Cómo te llamas?

En la tierra habría parecido algo brusca aquella pregunta tan directa, pero ya para entonces sabía yo que los colonizadores eran todos muy francos y sinceros y poco amigos de malgastar palabras. Decidí entonces conducirme de la misma manera que ellos.

—Soy Roy Malcom. ¿Y tú?

—¡Oh! —exclamó una de las jóvenes—. Leímos algo respecto a ti en el diario de la nave. Has andado volando alrededor de la Luna y corriendo otras aventuras.

Me sentí muy halagado al descubrir que me conocían, pero no hice más que encogerme de hombros, como si el detalle no tuviera importancia. De cualquier modo, no quise pasar por vanidoso ante personas que habían viajado mucho más que yo.

—Soy John Moore —se presentó el muchacho—. Y mis hermanas se llaman Ruby y May. Es la primera vez que vamos a la Tierra.

—¿Quieres decir que nacieron en Marte?

—Eso es. Vamos a casa para asistir a la universidad.

Me resultó extraño oír decir «vamos a casa» a una persona que jamás había posado los pies en la Tierra. A punto estuve de preguntar si no era posible estudiar en Marte, pero por suerte me contuve a tiempo. Los colonizadores recibían con desagrado la crítica que se hiciera de su planeta, aun cuando el responsable las formulara sin ánimo de ofender. También sé resentían cuando les llamaban «colonizadores», y uno debía evitar el empleo del término en presencia de ellos. Sin embargo, no era posible llamarlos «marcianos», pues el adjetivo correspondía sólo a los habitantes originales del planeta rojo.

—Andamos buscando algunos recuerdos para llevarnos —manifestó Ruby—. ¿No te parece que ese mapa astronómico de plástico es muy bonito?

—A mí me gustó más el meteoro cincelado —repuse—. Pero cuesta demasiado.

—¿Cuánto tienes? —preguntó John.

Volví hacia afuera mis bolsillos e hice un rápido cálculo. Para mi gran asombro dijo John:

—Yo puedo prestarte lo que te falta y me lo devolverás cuando llegemos a la Tierra.

Fué aquél mi primer contacto con la extraordinaria generosidad que era perfectamente natural en Marte. Claro que no podía aceptar el ofrecimiento, aunque no deseaba ofender a John. Por suerte tenía una buena excusa.

—Te lo agradezco mucho —le dije—, pero acabo de recordar que he llegado ya al límite del peso que puedo llevar. No me será posible agregar nada más a mi equipaje.

Esperé ansioso durante un momento, por si uno de ellos se ofrecía a cederme parte de su cuota de espacio disponible; pero, afortunadamente, no ocurrió así, ya que también ellos debían tener completo ya su equipaje.

Después de esto fué inevitable que me llevaran a presentarme a sus padres, a los que hallamos en el salón principal, leyendo los diarios de la Tierra. No bien me hubo visto, exclamó la señora Moore:

—¿Qué le ha pasado a sus ropas?

Por primera vez me di cuenta de que mi estada en la Estación Interior había arruinado mi único traje. Antes de darme cuenta de lo que sucedía, me hicieron poner uno de John que era muy llamativo. Me sentaba bien, aunque el corte resultaba muy raro, por lo menos según las normas imperantes en la Tierra, aunque por cierto que en el hotel no llamaba en absoluto la atención.

Tuvimos tanto de qué hablar que las horas de espera pasaron con gran rapidez. La vida en Marte era para mí tan novedosa como la de la Tierra lo era para los Moore. John poseía una magnífica colección de fotografías tomadas por él mismo y en las que se veían las grandes ciudades construidas por bóvedas dotadas de atmósfera propia. El muchacho había viajado bastante y me mostró numerosas fotos de panoramas marcianos. Tan buenas eran que le sugerí las vendiera a alguna revista, y me respondió con cierta sequedad:

—Ya lo he hecho.

La fotografía que más me interesó fué una vista de una de las grandes áreas de vegetación: el Syrtis Major, según me dijo John. Habíala tomado desde una altura considerable, sobre la ladera de un ancho valle. Millones de años atrás, los efímeros mares marcianos habían cubierto aquella tierra, y en las rocas seguían aún incrustados los huesos de extraños animales marinos. Ahora volvía a reinar una nueva vida en el planeta. En el valle funcionaban grandes máquinas que removían el suelo rojizo para abrir paso a los colonizadores de la Tierra. A la distancia vi grandes extensiones plantadas con la «Hierba del Aire». Al ir creciendo, esta extraña planta rompía los minerales del terreno y dejaba en libertad el oxígeno, de modo que algún día podrían vivir allí los hombres sin usar sus máscaras respiratorias.

En primer plano se hallaba el señor Moore con un diminuto marciano a cada lado. Aquellos seres asían sus dedos con manos pequeñas similares a garras y miraban la cámara con sus grandes ojos casi desprovistos de color. La escena resultaba emocionante, pues parecía indicar el contacto amistoso de las dos razas.

—¡Ea! —exclamé de pronto—. ¡Tu padre no tiene puesta la máscara respiratoria!

John rompió a reír.

—Estaba esperando que te dieras cuenta. Pasará mucho tiempo antes de que haya en la atmósfera oxígeno suficiente para nosotros; pero algunos podemos arreglarnos sin la máscara por unos minutos..., siempre que no estemos realizando ningún esfuerzo.

—¿Cómo se llevan con los marcianos? —inquirí—. ¿Te parece que alguna vez estuvieron civilizados?

—De eso no sé nada. Cada tanto se comenta que se han hallado ruinas de ciudades en los desiertos, pero siempre resulta ser una mentira o alguna broma. No hay evidencia de que los marcianos hayan sido nunca diferentes de lo que son hoy. No son amistosos, salvo cuando muy jóvenes, pero no nos dan ningún trabajo. Los adultos nos ignoran si no nos interponemos en su camino. Tienen muy poca curiosidad.

—He leído en alguna parte que se conducen de manera muy similar a los caballos inteligentes que tenemos en la Tierra —comenté.

—No sabría decirlo —repuso John—. Nunca he visto un caballo.

Esto me hizo dar un respingo. Después comprendí que John no podía haber visto muchos animales de la Tierra.

—¿Qué piensan hacer cuando lleguen a la Tierra? —le pregunté entonces—. Es decir, aparte de estudiar.

—Al principio viajaremos un poco para conocer el planeta. Hemos visto muchas películas, de modo que tenemos una idea aproximada de lo que es.

Hice todo lo posible por no sonreír. Aunque había vivido en muchos países, no había visto gran parte del planeta, y me pregunté si los Moore sabrían realmente lo grande que era la Tierra. Marte es un planeta pequeño, en el que sólo hay regiones limitadas donde es posible la vida. Todas las áreas plantadas unidas en un solo sector no cubrirían un país mediano de la Tierra. Y, naturalmente, los espacios cubiertos por las bóvedas atmosféricas de las escasas ciudades eran aún más reducidos.

Decidí entonces averiguar qué era lo que sabían realmente mis nuevos amigos.

—Pero debe haber algunos lugares que desean visitar con preferencia —manifesté.

—¡Oh, sí! —dijo Ruby—. Yo quiero ver algunas selvas. En Marte no hay árboles como los de aquí. Debe ser maravilloso caminar debajo de sus ramas y ver volar los pájaros.

—Tampoco tenemos pájaros —terció May con cierta pena—. La atmósfera es demasiado tenue para ellos.

—Y yo quiero ver el océano —dijo John—. Me gustaría salir a navegar y pescar. ¿Es verdad que se puede internar uno tanto en el mar que no se sabe dónde está la tierra?

—Por cierto que sí —contesté.

Ruby se estremeció ligeramente.

—¡Tanta agua! Me parece que se perdería uno en ella..., y he leído que no son pocos los que se marean al viajar en barcos.

—Uno se acostumbra a ello —declaré con suficiencia—. Claro que ahora no hay muchas embarcaciones, salvo las que se usan para deporte y paseos. Hace unos centenares de años casi todo el comercio de la tierra se efectuaba por mar. Después se

comenzó a emplear aviones y se abandonaron las rutas marinas. Ahora se pueden alquilar embarcaciones en las ciudades costeras, pero sólo para pasear.

—¿Pero no es peligroso? —insistió Ruby—. He leído que los mares están llenos de monstruos horribles, que suelen salir a la superficie y tragarse a los viajeros.

Esta vez no pude contener una sonrisa.

—No hay por qué afligirse —le dije—. Rara vez ocurre eso en esta época.

—¿Y los animales terrestres? —inquirió May—. Hay algunos muy grandes, ¿verdad? He leído mucho respecto a los tigres y leones, y sé que son peligrosos. No me gustaría encontrarme con uno de ellos.

Me dije entonces: «Espero saber un poco más sobre Marte de lo que saben ustedes respecto a la Tierra». Estaba por explicar que no hay tigres en nuestras ciudades cuando sorprendí a Ruby que hacía un guiño a su hermano, y caí en la cuenta de que me habían estado tomando el pelo desde el principio.

Después nos fuimos a almorzar todos juntos en el gran salón comedor, donde me sentí algo incómodo. Luego empeoré aún más las cosas olvidándome de la fuerza de gravedad y dejando caer un vaso de agua al suelo. Empero, se rieron todos con tal simpatía que en seguida me repuse del mal momento. El único fastidiado fué el mozo que tuvo que limpiar el piso.

Durante el resto de mi breve permanencia en la Estación Residencial pasé casi todo mi tiempo con los Moore. Por sorprendente que parezca, fué allí donde vi algo que pasara por alto en mis otros viajes. Aunque había visitado varias estaciones espaciales, no había tenido oportunidad de ver cómo se construían. Ahora pudimos presenciar esta operación, y sin molestarnos en vestir trajes espaciales. Estaban ampliando el hotel, y desde las ventanas del piso de «Dos tercios», pudimos observar todo el trabajo. Aquí teníamos algo que podría explicar a mis nuevos amigos. Eso sí, no les dije que, dos semanas atrás, el espectáculo habría sido tan extraño para mí como lo era ahora para ellos.

Al principio nos aturdió un poco el hecho de que diéramos una vuelta completa cada diez segundos, y las chicas se marearon un poco al ver las estrellas pasar con rapidez frente a los ventanales. Empero, la ausencia absoluta de vibraciones permitió hacer de cuenta —tal como ocurre en la Tierra— que éramos nosotros los que estábamos inmóviles y las estrellas las que giraban.

La futura ampliación era todavía una masa de vigas cubiertas parcialmente por las hojas de metal. Aun no la habían puesto a girar, pues esto habría dificultado muchísimo la construcción. En aquellos momentos flotaba a unos ochocientos metros de nosotros y había junto a la misma un par de naves-cohetes de carga. Cuando estuviera terminada, la acercarían a la estación y la harían girar sobre su eje por medio de pequeños motores de cohete. No bien concordaran con exactitud las dos velocidades giratorias, se unirían ambas partes y la Estación Residencial habría

doblado su longitud.

Una cuadrilla de obreros especializados retiraba en ese momento una viga enorme de la bodega de un navío-cohete. La viga medía unos doce metros de largo, y aunque no pesaba nada allí en el espacio, su masa o inercia era la misma que sobre la tierra. Requería de un esfuerzo considerable ponerla en movimiento, y un esfuerzo similar el detenerla. Los obreros trabajaban dentro de lo que en realidad eran naves espaciales diminutas, cilindros delgados de tres metros de largo munidos de cohetes de baja potencia y escapes direccionales. Maniobraban con éstos de manera habilísima, avanzando o desplazándose y deteniéndose con la máxima exactitud. Los ingeniosos mecanismos de manejo y los brazos metálicos articulados de que estaban provistos les permitían efectuar sus tareas con tanta facilidad como si emplearan sus propias manos.

Dirigía el equipo un capataz instalado en una cabina atmosférica fijada a las vigas de la parte ya terminada. Al moverse de un lado a otro al conjuro de sus órdenes, manteniendo un ritmo perfecto, aquellos hombres me recordaron un cardumen de pececillos dorados en una pecera. En verdad, bajo los reflejos del sol y encerrados como estaban en sus cilindros, parecían extraños habitantes del fondo del mar.

La viga habíase alejado ya de la nave que la llevara desde la Luna, y dos de los obreros se apoderaron de ella para remolcarla con lentitud hacia la estación. Me pareció que aplicaron los frenos demasiado tarde; pero quedó un espacio libre de quince centímetros entre la viga y el armazón cuando hubieron completado la maniobra. Después regresó uno de ellos para ayudar a sus colegas con la descarga, mientras que el otro seguía empujando la viga hasta que tocó ésta el resto de la estructura. Después colocó los pernos y se puso a ajustarlos. Tan ágiles eran sus movimientos que de inmediato me di cuenta de la tremenda pericia que debían poseer aquellos hombres.

Antes de seguir viaje a la Tierra era necesario pasar un período de doce horas en el piso «Gravedad completa», o sea el cilindro exterior de la estación. Así, pues, una vez más descendí por una de aquellas raras escaleras, sintiendo que mi peso se acrecentaba con cada paso. Cuando hube llegado abajo, se me aflojaron por completo las piernas y me resultó difícil creer que era ésta la gravedad normal que soportara toda mi vida.

Los Moore me habían acompañado, y sintieron el cambio aún más que yo. La atracción era tres veces mayor que la de Marte, y dos veces tuve que sostener a John para que no cayera. La tercera vez no logré hacerlo y los dos fuimos a parar al suelo. Tan cariacontecidos nos quedamos que tras un minuto de silencio rompimos a reír al ver nuestras respectivas expresiones.

Durante un momento permanecimos sentados sobre el piso de goma, cobrando fuerzas para una nueva tentativa, con la que tuvimos mejor suerte. Para gran disgusto

de John, el resto de su familia lo pasó mucho mejor que él.

No podíamos irnos del hotel sin ver uno de sus detalles más importantes. El piso «Gravedad completa» contaba con una piscina de natación cuya fama había cundido por todo el sistema solar.

Era famosa por no ser recta su superficie. Como he explicado, debido a que la «gravedad» de la estación era causada por su movimiento giratorio, la vertical de cualquier punto señalaba hacia el eje central. Por lo tanto, cualquier masa de agua libre tenía una superficie cóncava que imitaba la forma de un cilindro hueco.

No pudimos resistir a la tentación de meternos en la piscina, y no sólo porque al flotar soportaríamos mejor nuestro peso. Aunque me había acostumbrado a ver muchas cosas raras en el espacio, me resultó extraordinario estar con la cabeza sobre la superficie del agua y mirar a lo largo de la superficie. En una dirección, paralela al eje de la estación, la superficie era perfectamente recta; pero en la otra se curvaba hacia arriba en ambos lados. Más aun, al borde de la piscina, el nivel del agua estaba mas alto que mi cabeza, de modo que tuve la impresión de flotar dentro de una gran ola inmovilizada y temí que en cualquier momento descendiera el líquido al allanarse la superficie. Mas no sucedió así, pues la situación era normal en aquel extraño campo gravitacional.

No pudimos quedarnos en la piscina todo lo que hubiéramos querido, pues poco después comenzaron a llamarnos por los altavoces y me hice cargo de que llegaba el momento de partir. Se pedía a los pasajeros que prepararan su equipaje y se reunieran en el vestíbulo principal de la estación. Sabía yo que los colonizadores proyectaban una especie de fiesta de despedida, y aunque la misma no me concernía, me interesó el hecho lo bastante como para participar de la reunión. Luego de hablar con los Moore, había comenzado a tenerles mucho afecto y a comprender mejor sus puntos de vista.

Fué algo melancólica la reunión que se efectuó unos minutos después, y sus asistentes no eran ya los colonizadores arrojados que exploraran un nuevo mundo. Comprendían que muy pronto estarían divididos en un planeta extraño, entre millones de otros seres humanos que vivían de manera muy diferente a la de ellos. Toda su charla de «volver al hogar» parecía no tener objeto, y ahora sentían nostalgia por el planeta Marte.

Al escuchar sus despedidas y conversaciones, tuve que compadecerlos un poco..., y también me compadecí a mí mismo, pues en pocas horas me despediría yo también del espacio infinito.

12. La vuelta al hogar

Había viajado solo desde la Tierra, pero regresaba ahora muy bien acompañado, ya que eran casi cincuenta los pasajeros que esperaban la partida hacia el planeta. Tal era el pasaje del primer cohete: el resto de los colonizadores bajaría en los viajes siguientes.

Antes de salir del hotel nos entregaron una serie de librillos llenos de instrucciones y advertencias acerca de las condiciones imperantes en la Tierra. Supuse que no tendría necesidad de leer todo esto, pero me alegré de obtener otro recuerdo de mi visita. No hay duda de que era una buena idea aquello de entregar los librillos a esta altura del viaje, ya que los pasajeros se entretuvieron tanto leyendo que no pensaron en otra cosa hasta haber desembarcado.

La cámara de compresión no daba cabida más que a una docena de personas a la vez, de modo que tardamos bastante en pasar todos. A medida que cada grupo salía de la estación, se hacía girar la cámara en sentido contrario a su movimiento de rotación normal; después era necesario conectarla a la nave que aguardaba, desconectarla de nuevo cuando hubieran pasado los pasajeros y reanudar toda la operación por segunda vez.

El ferry de la Tierra era la nave sideral más espaciosa que había visitado. Tenía una gran cabina para los pasajeros y varias hileras de asientos en los que debíamos permanecer amarrados durante el viaje. Como tuve la suerte de ser uno de los primeros en subir a bordo, pude ocupar un asiento próximo a uno de los ojos de buey. La mayoría de mis compañeros no tenía otra cosa que mirar que las caras de sus vecinos y los librillos que les dieran para leer.

Aguardamos casi una hora hasta que se completó el pasaje y se hubieron ubicado los bultos. Después anunciaron los altavoces que partiríamos al cabo de cinco minutos. La nave habíase desconectado ya de la estación y se había apartado de ella un centenar de metros.

Siempre tuve la idea de que el regreso a la Tierra sería una desilusión luego de lo emocionante del primer viaje. Es verdad que la sensación fué diferente, mas no por ello menos atractiva. Hasta el momento habíamos estado, si no más allá de la atracción del planeta, por lo menos situados en una órbita tan veloz que la Tierra no podría capturarnos con sus garras invisibles. Pero ahora íbamos a perder aquella velocidad dentro de la que nos sentíamos tan seguros y descenderíamos hasta entrar de nuevo en la atmósfera para ir describiendo una larga espiral que terminaría sobre la superficie terráquea. Si bajábamos de manera demasiado empinada, la nave podría cruzar el cielo a la manera de un meteoro y hallar el mismo fin al arder con la fricción.

Miré a los rostros de mis compañeros. Quizá los colonizadores abrigaban los

mismos pensamientos que yo. Tal vez se preguntaban qué encontrarían en el planeta que tan pocos de ellos habían visto. Esperé que ninguno se sintiera desilusionado.

Finalmente oímos tres notas musicales que advertían el momento de la partida. Cinco segundos más tarde comenzaron a funcionar los motores con suavidad, acrecentando su rugir hasta llegar al punto máximo. Vi a la Estación Residencial que se iba quedando atrás, destacándose su gigantesco cilindro sobre el fondo de las estrellas. Después se me formó un nudo en la garganta cuando vi el laberinto de vigas y cámaras atmosféricas en que se hallaban tantos de mis amigos. Aunque era inútil hacerlo, no pude menos que agitar la mano en señal de despedida. Al fin y al cabo, sabían que me hallaba a bordo de la nave y quizá me vieran a través de la ventanilla.

Ahora iban quedándose atrás los dos componentes de la Estación Interior y muy pronto quedaron fuera de la vista al pasar por debajo de la gran ala del ferry. Resultaba difícil comprender que en realidad éramos nosotros los que perdíamos velocidad, mientras que la estación continuaba su marcha invariable. A medida que nos fuéramos quedando atrás, empezaríamos a caer hacia Tierra en una larga curva que nos llevaría al otro lado del planeta antes de haber entrado en la atmósfera.

Luego de un período sorprendentemente breve se detuvieron de nuevo los motores. Ya nos habíamos librado de la velocidad necesaria; el resto lo haría la fuerza de gravedad. La mayor parte de los pasajeros estaban absortos en la lectura, pero yo decidí lanzar mi última mirada hacia las estrellas desprovistas del velo eterno de nuestra atmósfera.

La nave apuntaba ahora en dirección opuesta a la que llevaba la órbita y era necesario hacerla girar a fin de que entrara de proa en la atmósfera. Había tiempo de sobra para efectuar esta maniobra, y el piloto la realizó despaciosamente por medio de los cohetes direccionales colocados al extremo de las alas. Desde mi asiento pude ver las breves columnas de neblina que partían de los escapes, mientras que las estrellas giraban a nuestro alrededor con gran lentitud. Pasaron diez minutos antes de que nos detuviéramos de nuevo, ahora con la proa de la nave apuntando directamente hacia el este.

Todavía nos hallábamos a unos ochocientos kilómetros de altura sobre el Ecuador, avanzando a casi treinta mil kilómetros por hora, aunque ahora descendíamos lentamente hacia Tierra. Al cabo de treinta minutos habríamos entrado en la capa atmosférica.

Como John era mi vecino, tuve oportunidad de demostrar mis conocimientos de geografía.

—Allí abajo está el Océano Pacífico —le dije, y algo me impulsó a agregar con muy poco tacto—: Se podría meter en él a Marte sin tocar ninguna de las costas.

Empero, mi amigo estaba tan fascinado por la gran extensión de agua que no se acordó de ofenderse. Aquél debe haber sido un espectáculo impresionante para

alguien que había pasado su vida en un planeta sin mares. En Marte no hay siquiera lagos, y sólo se cuenta con algunas lagunas de muy poca profundidad que se forman alrededor de los casquetes del polo durante el verano. Y ahora veía John un océano que se extendía en todas direcciones hasta perderse de vista en los cuatro puntos cardinales.

—Mira allá —le dije—. Aquello que ves es la costa de Sud América. Es difícil que estemos a más de trescientos kilómetros de altura.

Siempre en el silencio más completo continuó la nave cayendo hacia Tierra y pasando por sobre el océano. Los que podían mirar por las ventanillas habían abandonado la lectura, y compadecí a los pasajeros situados en el centro de la cabina, desde donde no podían observar el paisaje de abajo.

En pocos segundos dejamos atrás la costa de Sud América y avistamos al frente las grandes selvas del Amazonas. Allí existía la vida en una escala que jamás pudo haber igualado el planeta Marte, ni siquiera en sus primeras épocas. Miles de kilómetros cuadrados de atestadas junglas, incontables arroyos y grandes ríos pasaban por debajo de nosotros con tal rapidez que se perdían de vista de inmediato.

Vimos ensancharse el caudaloso río al pasar sobre su curso. Nos acercábamos al Atlántico, que debía haber sido visible ya, pero que estaba oculto por una bruma espesa. Al pasar sobre la desembocadura del Amazonas noté la furiosa tormenta que se descargaba allá abajo. De vez en cuando brillaban relámpagos entre las nubes y era fascinador ver suceder todo aquello en el más completo silencio.

—Una tormenta tropical —dije a mi amigo—. ¿Tienen algo parecido en Marte?

—Sin lluvias, por supuesto. Pero a veces tenemos tormentas de arena muy fuertes en los desiertos, y una o dos veces he visto relámpagos.

—¿Sin nubes de lluvia? —exclamé.

—Sí; se electrifica la arena. No ocurre muy a menudo, pero suele suceder.

La tormenta había quedado muy atrás y el Atlántico presentóse ante nosotros bañado en el sol del atardecer. Empero, no pudimos seguir viéndolo mucho más, pues más adelante se extendía la noche. Nos aproximábamos al hemisferio nocturno del planeta, y a poco observé una franja de sombras que se acercaba al avanzar nosotros hacia oriente. Tuve una fugaz impresión de terror al ver que nos introducíamos con derechura en aquella cortina tenebrosa, pero me repuse en seguida. En mitad del Atlántico perdimos el sol y casi en el mismo momento alcanzamos a oír el leve susurro del aire al rozar el casco.

Era un sonido fantástico que me puso los pelos de punta, ya que luego del silencio reinante en el espacio cualquier ruido parecía fuera de lugar. Fué acrecentándose poco a poco a medida que transcurrían los minutos, y recorrió toda la escala sonora, desde algo similar a un susurro lejano, hasta un alarido penetrante. Todavía estábamos a más de ochenta kilómetros de altura; mas, a la velocidad que llevábamos, hasta la

atmósfera extraordinariamente tenue de aquellas regiones protestaba contra la intrusión de la nave.

Además, oponía no poca resistencia, obligándole a aminorar la marcha, mientras que los pasajeros notamos que nos echábamos algo hacia adelante, pues la deceleración nos sacaba de nuestros asientos. Aquello era lo mismo que estar sentado en un automóvil cuando se aplican los frenos con lentitud. Claro que en este caso la frenada se prolongaría durante dos horas, y daríamos una vuelta más al mundo antes de detenernos por completo.

Ya no estábamos en un navío sideral, sino en un avión. Como no había luna cruzamos África y el Océano Indico en la más completa oscuridad. La protesta del aire superior habíase convertido en un fiel acompañante de nuestro vuelo y no cambió de tono hasta que no aminoramos por completo la marcha.

Estaba mirando hacia la oscuridad exterior cuando vi debajo de mí un leve resplandor rojo. Como no tenía sentido de la perspectiva o la distancia, me pareció al principio que se hallaba a gran profundidad, y no pude imaginar qué podría ser. Tal vez se trataba de un incendio de grandes proporciones, pero deseché esta idea al hacerme cargo de que estábamos de nuevo sobre el mar. Luego di un tremendo respingo al darme cuenta de que el impresionante resplandor rojizo provenía del ala de la nave. El calor producido por el paso a través de la atmósfera la estaba tornando de un vivo color rojo.

Observé el turbador espectáculo durante varios segundos antes de convencerme de que todo marchaba bien. La tremenda energía producida por nuestro desplazamiento se convertía en calor, aunque hasta entonces jamás había imaginado que fuera tal la temperatura producida. En efecto, el resplandor acrecentábase cada vez más. Cuando acerqué la cara al vidrio, pude ver parte del borde del ala y noté que en algunos puntos tenía un tono amarillo vivo. Me pregunté si lo habrían notado los otros pasajeros o si los librillos, que yo no me molestara en leer, habíanles indicado que no debían preocuparse por el detalle.

Me alegré cuando salimos una vez más a la luz del día, encontrándonos con el amanecer sobre el Pacífico. El resplandor de las alas no era ya visible, de modo que dejó de preocuparme. Además, el esplendor del amanecer hacia el que avanzábamos a casi quince mil kilómetros por hora, me hizo olvidar todas mis otras impresiones. Desde la Estación Interior había observado el nacimiento de muchos días; pero allá arriba me hallaba alejado y no formaba parte integrante de la escena. Ahora me encontraba una vez más dentro de la atmósfera y aquellos maravillosos colores me rodeaban por completo.

Acabábamos de dar una vuelta completa a la Tierra, perdiendo más de la mitad de nuestra celeridad. Esta vez tardamos mucho más en avistar las selvas brasileñas, las que ahora pasaron por debajo con lentitud mucho mayor. Sobre la desembocadura del

Amazonas continuaba descargándose la tormenta, ahora a poca distancia de nosotros, y la dejamos atrás al iniciar el último cruce del Atlántico Sur.

Después volvió a caer la noche y de nuevo vi relucir el ala incandescente en la oscuridad que circundaba la nave. Ahora parecía mucho más caliente, pero ya me había acostumbrado a aquel detalle, pues el espectáculo no me preocupó como antes. Nos hallábamos al fin en la última etapa del viaje. Ya para entonces habíamos perdido tanta velocidad que seguramente no avanzábamos con más rapidez que cualquier avión normal.

Un grupo de luces a lo largo de la costa africana nos indicó que otra vez íbamos a pasar por sobre el Océano Índico. Me hubiera gustado estar en la cabina de mandos, contemplando los preparativos para el descenso al aeropuerto. El piloto habría captado ya las ondas hertzianas de guía y bajaría siguiéndolas. Cuando llegáramos a Nueva Guinea habríamos aminorado por completo la marcha y la nave no sería otra cosa que un enorme planeador que volaría por el cielo nocturno con los últimos restos de su impulso inicial.

El aviso proveniente de los altavoces interrumpió mis meditaciones.

—Piloto a pasajeros. Desembarcaremos dentro de veinte minutos.

Aun sin esta advertencia me di cuenta de que el viaje tocaba a su fin. El aullar del viento contra el casco había aminorado mucho y se notó un cambio muy perceptible de dirección al inclinarse la nave hacia abajo. Además, el resplandor rojizo del ala se apagaba rápidamente. A poco no quedaron más que unos manchones cerca del borde del ala y aun éstos desaparecieron al cabo de pocos minutos.

Todavía era de noche cuando pasamos sobre Sumatra y Borneo. De tanto en tanto pasaban de largo las luces de naves y ciudades, perdiéndose lentamente hacia el lado de proa. A intervalos frecuentes se anunciaba por el altavoz la velocidad y posición del navío. Viajábamos a menos de mil quinientos kilómetros por hora cuando pasamos por la línea oscura que era la costa de Nueva Guinea.

—¡Allí está! —susurré a John.

La nave habíase inclinado levemente, y debajo del ala vimos una gran constelación de luces muy brillantes. Con lentitud se alzó de tierra un cohete luminoso que describió un gran arco para estallar en una lluvia de chispas muy blancas. En el resplandor momentáneo alcancé a atisbar los blancos picos de las montañas que rodeaban el espaciopuerto, y me pregunté qué margen de altura nos quedaba. Sería irónico encontrar el desastre en los últimos kilómetros luego de haber viajado tanto.

Tan perfecto fué el aterrizaje que no me di cuenta del momento exacto en que tocamos tierra. En un momento dado estábamos todavía en el aire; el siguiente corrían a nuestros costados las luces de la pista. Al detenerse la nave me quedé inmóvil en mi asiento, esforzándome por hacerme a la idea de que me hallaba de

nuevo en la Tierra. Después miré a mi amigo; a juzgar por su expresión, también a él le resultaba increíble la realidad.

El mozo se presentó entonces para ayudar a la gente a desprender las correas y para dar consejos de último momento. Al mirar a los atribulados pasajeros, no pude menos que experimentar cierta sensación de superioridad. Yo conocía la Tierra, pero para ellos sería todo muy extraño. Además, ya debían estar dándose cuenta de que estaban ahora en las garras de la atracción de la Tierra, que nada podrían hacer para liberarse hasta que volvieran a saltar hacia el espacio.

Como habíamos sido los primeros en entrar, fuimos ahora los últimos en salir. Ayudé a John a acarrear parte de su equipaje personal, pues le vi poco animado y deseoso de tener por lo menos una mano libre con la cual sostenerse si le fallaban las piernas.

—¡Anímate! —le dije—. Pronto andarás saltando tanto como lo hacías en Marte.

—Espero que así sea —respondió en tono melancólico—. Por el momento me siento como un inválido que ha perdido sus muletas.

Noté entonces que el señor y la señora Moore estaban muy serios al marchar cuidadosamente hacia la salida. Pero si deseaban estar de regreso en Marte, supieron ocultar muy bien sus sentimientos. Lo mismo podría decir de las chicas, las que, no sé por qué razón, parecían estar menos afectadas que nosotros.

Salimos bajo la sombra del ala, sintiendo el aire tenue de la montaña que nos daba en la cara. La temperatura era sorprendentemente elevada para ser de noche y estar a tal altitud. Después me di cuenta de que el ala seguía estando muy caliente aunque no era ya visible el resplandor.

Nos alejamos con lentitud hacia los vehículos que esperaban, y antes de entrar en el autobús que nos llevaría a los edificios del espaciopuerto, miré una vez más hacia el cielo estrellado que fuera mi hogar durante tan breve tiempo y el que, según decidí entonces, volvería a alojarme nuevamente. Allí arriba, a la sombra de la Tierra, gobernando el tránsito que iba de un mundo a otro, se hallaban el comandante Doyle, Tira Benton, Ronnie Jordan, Norman Powell y todos los otros amigos que ganara en mi visita a la Estación Interior. Recordé la promesa del comandante y me pregunté cuándo podría ir a recordársela...

John Moore esperaba pacientemente a mi lado, asido de la manija de la puerta del autobús. Al ver que contemplaba yo el cielo, siguió la dirección de mi mirada.

—No podrás ver la estación —le advertí—. Está en eclipse.

No me respondió, y vi entonces que miraba hacia el este, donde se esbozaba ya el alba en el horizonte. Muy alto entre aquellas estrellas del hemisferio sur se destacaba un lucero rojizo brillante que reconocí de inmediato.

—Mi patria —murmuró John.

Miré con fijeza aquella lucecilla roja y recordé las fotos que me mostrara John y

las anécdotas que me contara. Allá arriba estaban los extensos desiertos coloreados, los antiguos lechos del mar en los que el hombre creaba nueva vida, los diminutos marcianos que quizá pertenecieran a una raza más antigua que la nuestra.

Supe entonces que no respondería a la invitación del comandante Doyle. Las estaciones espaciales se hallaban demasiado cerca de la Tierra para satisfacer mis anhelos. Aquel mundo rojo que lucía entre las estrellas había capturado por entero mi imaginación. Cuando volviera a saltar al espacio, la Estación Interior sería sólo el primer escalón de mi camino hacia los planetas.



ARTHUR C. CLARKE, (Arthur Charles Clarke; Minehead, Inglaterra 1917 - Colombo, Sri Lanka 2008). Escritor británico, autor de notables novelas y relatos de ciencia ficción en las que destaca la presencia de una cierta reflexión de talante filosófico. Interesado por la ciencia desde niño, no dispuso de recursos para seguir una carrera universitaria. Su participación en la Segunda Guerra Mundial, alistado en la Royal Air Force, le permitió sin embargo entrar en contacto con la nueva tecnología del radar.

Durante la contienda publicó sus primeros relatos sobre la conquista del espacio y, en un artículo aparecido en 1945 y acogido con escepticismo por los especialistas, predijo detalladamente el uso de un sistema de satélites para las telecomunicaciones. En estos primeros años como escritor usó el seudónimo de Charles Willis en tres ocasiones, y una vez el de E. G. O'Brien. Es especialmente conocido por obras como *Claro de Tierra* (*Earthlight*, 1955), *Nafragio en el mar selenita* (*A Fall of Moondust*, 1961) y *Las fuentes del paraíso* (*The Fountains of Paradise*, 1979).

Sobre la base de uno de sus cuentos cortos, *El centinela* (*The Sentinel*, 1951), preparó junto con S. Kubrick el guión para el filme de este último *2001: una odisea del espacio*, que apareció también como libro en 1968 y del que luego publicó dos secuelas en 1983 y 1988. El relato de Clarke insistía en la aparición de unas mentes superiores que, desde fuera de nuestra galaxia, se hacían indirectamente presentes en la Historia humana.

A la vez que empezó a ser reconocido como autor de ciencia ficción, desarrolló un considerable interés por la exploración submarina en Ceilán (la actual Sri Lanka),

y relató sus experiencias en este campo en una serie de libros de los que el primero fue *La costa de coral* (*The Coast of Coral*, 1956). En 1980 ganó el premio Hugo de novela por *Las fuentes del paraíso*. Poco después, una enfermedad degenerativa del sistema nervioso lo incapacitó para la escritura. Sin embargo, en 1989 publicó *Días increíbles*: una autobiografía de ciencia-ficción.

Clarke representa, como R. Bradbury, una corriente trascendentalista de la ciencia-ficción, en la que se expresa una visible nostalgia de la presencia divina en el cosmos. Otras obras del autor son *Odisea tres*, *Cánticos de la lejana Tierra*, *3001: odisea final*, *Cuentos del planeta Tierra*, *El león de Comarre*, *Tras la caída de la noche* y *Cita con Rama*.

Notas

[1] El autor se refiere a la nave «*Skylark*», de E. E. 'Doc' Smith. Esta nave, que aparece en las cuatro novelas conocidas como la serie de «*La Alondra del Espacio*», es una especie de planetoide similar al «orbimotor» de Ignotus o el «*Valera*» de G. H. White. <<